

Resistencia pacífica y Poder ciudadano / Entre el viejo y el nuevo mundo / Democracia política y transformación social / ¿Qué es un intelectual crítico? / Dos visiones sobre la perestroika / La aldea, un país, el mundo.

Macchi, Godio, Portantiero, Aricó, Podetti, Qués, Sagol, Bufano, Arato, Cerroni, Mercader, Terán, Bozza, Paramio, Pereyra, Bobbio

La Ciudad Futura

Revista de Cultura Socialista

Directores: José Aricó, Juan Carlos Portantiero y Jorge Tula

Número 15, febrero-marzo 1989 ₦ 40.-



De animales fabulosos

Carlos Macchi

A fines del siglo pasado se publicó *La isla del doctor Moreau*, una de las primeras novelas de ciencia ficción. En ella Wells narra la historia de un náufrago, llamado Edward Prendick. Prendick llega accidentalmente a una isla en donde un "genio loco" —nace así el estereotipo— realiza manipulaciones quirúrgicas entre hombres y animales. El autor de *Una utopía moderna* decreta de este modo la muerte del animal fabuloso, reduciendo las ricas combinaciones del imaginario a una burda mesa de operaciones, animado, quizás, por el positivismo científico del momento —había estudiado biología con Hurley en la Universidad de Londres.

Es acertada, entonces, la aplicación del binomio ciencia/ficción; el primero de los términos indica el desplazamiento de lo fantástico, lo fabuloso, a lo extraño, terreno en donde el suceso más inverosímil posee finalmente una explicación "racional" (científica). Pero también al romper el hechizo de lo fantástico en la narración se esboza una explicación —juego intertextual— para toda la fauna fabulosa que puebla leyendas y poesías, templos y catedrales.

Las primeras imágenes de animales fabulosos son patrimonio de las grandes civilizaciones. El hombre primitivo, curiosamente, se vale en sus pinturas rupestres de un realismo que sólo se recuperará después de milenios. El componente mágico-religioso, todavía no escindido y estructurado en una religión, sustenta el principio de empatía (el signo posee las propiedades del objeto representado). Podríamos hablar de una "mímisis ritual".

Posteriormente se pasará a un estudio de realismo intelectual. Pero el hombre no sólo pinta lo que sabe; intenta asimismo representar lo que imagina. Una sociedad en estrecho contacto con la naturaleza como la egipcia, supeditada a los vaivenes climáticos y la regular creciente del Nilo, organiza su pantano privilegiando lo cíclico. Los dioses —Anubis, Horus, Hator— se nos presentan como seres híbridos con cuerpo de hombre y cabeza de chacal, halcón y vaca. Atributos como la astucia, la fuerza, el sigilo o la crueza son asociados a diferentes animales, luego se combinan metonímicamente para formar seres fabulosos como la esfinge y el grifo. El

mito de Gilgamesh parece tener su origen en Sumeria. En la epopeya de Gilgamesh se lo describe como un ser mitad hombre, mitad toro, cubierto de largos pelos, que pasta junto a las gacelas y abreva con los bueyes. *Enkidu*. La esfinge, también conocida por los egipcios, tiene su versión babilónica en los *Lamassu*, criaturas alasadas con cuerpo de león y cabeza humana.

Estas esfinges formaban parte de una serie de divinidades protectoras llamadas *kerum* —*karabu*, en acadio— de donde provienen los querubines de la iconografía cristiana. De hecho, la riquísima iconografía del romántico y el gótico que molestaba tanto a San Bernardo se nutre de una secular herencia de animales fabulosos que, de Elam a Egipto y de allí a Grecia, son adoptados y adaptados por el fabulario occidental. Representativo de esta transición es *El fisiólogo*, obra que gozó de gran popularidad hasta el siglo XIII, cuando se redifunde la estructura social del feudo a la urbe. Se trata de un bestiario que agrupa descripciones de animales reales e imaginarios, vegetales y piedras. El bestiario cancela la diferencia entre ambas clases de animales, los dos conviven en el mismo espacio. *Unicoros* y *Autolopos* (antílopes) son igualmente ajenos y exteriores al hombre del primer milenio. De esta forma simbólicos y creencias paganas son transformados por el cristianismo en alegorías moralizantes, demostrando su movilidad, su capacidad de reformularse hasta nuestros días.

Hoy los animales fabulosos habitan los terrenos contiguos pero distintos. La "naturalización" de la tecnología ha polarizado su aparipción. Por un lado se desplaza hacia una reserva mítico-ritual, reserva que la sociedad post-industrial requiere para su misma super-

vivencia. Por el otro, se ritualiza la tecnología, y las reglas combinatorias que ayer resultaban en hipóritos y quimeras, hoy dan a luz híbridos biométricos. Mientras estos personajes "libran la eterna lucha entre el bien y el mal", el chamán prehistórico de las cuevas de Trois Frères nos contempla con mirada impasible.

Grobianus!

*Von groben Fischen und ungeschickten
Fischen. Crónicas de Latón. Dedicadas a
sus amigos M. Pederick Dadekendam y/o
Hans Wissel. Ilustraciones de Grobianus.
Sobres de vos Wissel.
Muy difícil poder, en resumen, morir,
Porque no se pierde la vida.*



Portada: Grobianus

El material gráfico de este número fue tomado del libro de Heinz Mode, *Animales fabulosos y demonios*, México, Fondo de Cultura Económica, 1980.

Sumario

- | | | |
|---|---|---|
| 2 Carlos Macchi: De animales fabulosos | 8 Sergio Bufano: La resistencia pacífica | 22 Marta Mercader: Mediaciones entre el viejo y el nuevo mundo |
| 3 La Ciudad Futura: Esta batalla es también la nuestra | 10 Mariana Podetti, María Elena Qués y Cecilia Sagol: Los hilos invisibles de la coherencia | 24 Alberto Bozza: ¿Un asalto a la razón en la historiografía argentina? |
| 4 Julio Godío: ¿Por qué la mezcla entre terroristas y estafados? | 13 Andrew Arato: Artículo sobre Gorbachov | 26 Ludolfo Paramio: Carlos Pereyra |
| 6 Juan Carlos Portantiero: La distancia entre la política y el terror | 18 Umberto Cerroni: La Unión Soviética replantea las palabras clave | 29 Carlos Pereyra: Democracia política y transformación social |
| 7 José Aricó: Contra la lógica de la guerra | 32 Norberto Bobbio: Si cede la ley | Ne de Registro de la Propiedad intelectual: 107.629
Suscripción en el exterior (seis números) que incluye flete aéreo: u\$s 30.- Cheques y giros a la orden de Arnaldo Martín Jáuregu. |

Contra la violencia no importa de donde venga

Esta pelea es también la nuestra

Los trágicos sucesos de La Tablada sólo pueden merecer de nosotros y de todos los que se definen como pertenecientes a la izquierda democrática y socialista, la condición vital y sin reserva. La tristeza que provocó entre nosotros, el desprecio por los sentimientos y los deseos de la gente, la mentira como justificación de lo que ninguna consideración ética y política puede justificar, conviven a colocarnos frente al peligro de una degradación incontenible de la vida ciudadana y hasta de la interrupción de este débil democracia que nos hemos propuesto preservar y fortalecer. Apenas apagados los eos de la última rebelión militar, y cuando no habían desaparecido aún los temores por la eventualidad de una próxima, la insensata e irresponsable aventura protagonizada por un comando terrorista de ultraziquierda proyecta violentamente a la superficie la resaca de una parte de la sociedad irreductible al imperio del principio democrático.

La agresión cometida contra una unidad militar, que por las circunstancias presentes es en realidad una agresión contra toda la sociedad, ha vuelto a poner de manifiesto la perduración de un pasado cargado de una furia destructiva que se niega a desaparecer del presente. De un presente en el que, después de más de medio siglo, nuestro país vive en la plena vigencia del estado de derecho. Pero se niega a desaparecer no sólo en las mentes crispadas de quienes consideran inaceptable una vida civil abierta, moderna y pacífica, sino también en la de aquellas que intentan vallarse de lo ocurrido para legitimar la superación de valores y convicciones que sostienen la lucha por una sociedad más justa y tolerante. Así, la intolerancia terrorista norte y estima otra oculta en la de quienes se presentan ante la opinión pública como sensatas, responsables y pluralistas. Es posible entonces que tengan razón James Neilson cuando advierte que la verdadera batalla por los derechos del hombre en la Argentina sólo está por comenzar. Porque es evidente que uno de los efectos resultantes de la reaparición del terrorismo es la pretensión de algunos de sentir en el banquillo de los acusados no únicamente a los que violaron la ley y asesinaron a sus iguales, poseídos, como estaban, por el sueño de una utopía esencialmente inhumana, sino también a las ideas de izquierda que supuestamente los inspiraron. El combate contra el "gramscismo", esa suerte de nueva sinarquía inventada por Camps —pero no sólo por él si recordamos el acuerdo recientemente firmado entre las fuerzas armadas de varios países sudamericanos— y contra la que intenta infructuosamente organizar una cruzada, es una evidencia clara del propósito reaccionario de penalizar ideas y movimientos cuya peligrosidad reside, según estas mentes cavernícolas, en aceptar y reconocer como único terreno de la acción política el sistema democrático.

Por esta razón no podemos menos de expresar nuestra profunda preocupación por la situación que se presenta frente a los desgraciados hechos de La Tablada, para el candidato a presidente del justicialismo y su entorno. Y aclararlos lo del entorno porque en modo alguno podríamos comprometer en las irresponsables actitudes de tal grupo a una buena parte de esa corriente política que de distintos modos no se han solidarizado con las actitudes y palabras de su candidato.

Para esta derecha argentina, y poco importa para el caso que su filiación ideológica sea intelectual o corporativo-liberal o popular, la senda del terrorismo de izquierda debe ser entendida como ideología de izquierda. Correspondentes o cómplices del terrorismo de estado, aspiran a retrotraer la situación del país a octubre de 1983. Con golpe de estado o sin él, porque a nadie puede cabrer duda alguna que es eso lo que se trama cuando se debilita a un gobierno que hizo del respeto al estado de derecho su razón de ser. Hasta se podría exagerar

el asalto terrorista a la unidad militar de La Tablada está provocando una clara delimitación de campos. Una línea divisoria tajante y excluyente comienza a separar a quienes suponen extraer las lecciones de la tragedia que sumió al país en una orgía de sangre y destrucción cuando el proceso militar, de quienes se niegan a aceptar la democracia y el estado de derecho. Como se dijo en los días que siguieron a los hechos, una nueva frontera de quienes defienden la democracia, los derechos humanos y la no violencia, cruza todos los

tratar a confundirnos con quienes embartan visiones y prácticas completamente opuestas. Debemos hacernos cargo del desastre que nos imponen estos hechos desgraciados. Para que la izquierda pueda volver a ser en el país esa gran fuerza civilizatoria e innovadora que por muchos años aspiró a ser, es preciso provocar en su interior una profunda reconversión ideológica y cultural. Con las ideas que buena parte de ella todavía sigue sustentando, el resultado no puede ser otro que el que la condujo a su crisis. Una crisis de la que no evidencia capacidad de salida, y que la condena a debatirse en el círculo vicioso del discurso retórico o de la aventura. Si no logra liberarse y superar el vacío de una hipótesis revolucionaria que le impide entender el fenómeno democrático, estaría siempre proclive a sustituir con la violencia una incapacidad para la acción política sobre la que, en cambio, debería reflexionar.



rar diciendo *su única razón de ser*. En realidad, esa dobleza no estuvo verdaderamente preocupada por el patético, sencillo, peligroso, mecanismo terrorista de izquierda. Más aún, si no existiera haría todo lo posible porque surja, como en tantos otros lugares donde el jaque a la democracia los une y hasta interpenetra. Ni siquiera sabemos si algo de esto pudo ocurrir aquí. Poco importa para el problema planteado, aunque sea necesario para reconstruir la historia de este hecho desdichado y repudiable. Lo que esa derecha teme no es un terrorismo de izquierda al que está dispuesta a extirpar de la misma manera en que lo hizo en los años del proceso: declarándole la guerra a toda la sociedad. A quien verdaderamente teme es a un gobierno democrático, que demuestra sensibilidad a los cambios que esta sociedad debe emprender para conquistar su estabilidad política y avanzar hacia formas más justas de distribución de su riqueza probable y de su pobreza presente.

Es evidente que ese nuevo diálogo sólo es posible con el mantenimiento del orden democrático. Y por esto debe garantizar fundamentalmente en torno a la necesidad de lograr un consenso, que en las condiciones de nuestro país deberá ser explícito, sobre una definición mínima de democracia, en el sentido que el filósofo italiano Norberto Bobbio ha dado a esta expresión. La democracia puede ser aceptada por todos, independientemente de la orientación que cada uno quiera dar a la sociedad en un sentido económico o social, si se la entiende como un conjunto de reglas que establecen quién está autorizado a tomar decisiones colectivas y bajo qué procedimientos. Si se admite este mínimo común denominador, es lógico que lo admita quien dice aceptar a la democracia como régimen, de haber tenido sentido cualquier sustancialismo que divida a la democracia en "formal" o "real". La democracia se convierte así en un escenario sometido a reglas que deben ser comprendidas a respuesta de lo que el régimen se considera autorizado a hacer. La violencia y la guerra civil. Sólo de este modo puede disiparse en una sociedad heterogénea y compleja como la nuestra, el espectro de una guerra civil larvada o desatada. Es un compromiso, un contrato o un pacto —para utilizar

T al vez los trágicos sucesos ocurridos apresuran una discusión en la izquierda que aún no ha sido hecha y que es mérito de algunos pocos, pero de *La Ciudad Futura* en particular, haber intentado encarar. En ese caso quedaría en la memoria de los que vendrán después de nosotros, como un hecho doloroso sí, pero que posibilitó que se abriera en el país, entre todas aquellas fuerzas animadas de un propósito de transformación de la sociedad, un *nuevo diálogo* acerca de nuestro pasado, nuestro presente y nuestro futuro.

Es evidente que ese nuevo diálogo sólo es posible con el mantenimiento del orden democrático. Y por esto debe garantizar fundamentalmente en torno a la necesidad de lograr un consenso, que en las condiciones de nuestro país deberá ser explícito, sobre una definición mínima de democracia, en el sentido que el filósofo italiano Norberto Bobbio ha dado a esta expresión. La democracia puede ser aceptada por todos, independientemente de la orientación que cada uno quiera dar a la sociedad en un sentido económico o social, si se la entiende como un conjunto de reglas que establecen quién está autorizado a tomar decisiones colectivas y bajo qué procedimientos. Si se admite este mínimo común denominador, es lógico que lo admita quien dice aceptar a la democracia como régimen, de haber tenido sentido cualquier sustancialismo que divida a la democracia en "formal" o "real". La democracia se convierte así en un escenario sometido a reglas que deben ser comprendidas a respuesta de lo que el régimen se considera autorizado a hacer. La violencia y la guerra civil. Sólo de este modo puede disiparse en una sociedad heterogénea y compleja como la nuestra, el espectro de una guerra civil larvada o desatada. Es un compromiso, un contrato o un pacto —para utilizar

la expresión— donde el régimen se considera autorizado a hacer. La violencia y la guerra civil. Sólo de este modo puede disiparse en una sociedad heterogénea y compleja como la nuestra, el espectro de una guerra civil larvada o desatada. Es un compromiso, un contrato o un pacto —para utilizar

una palabra que a la izquierda repugnaba—asumido por todos de que no se apelaba a las armas para resolver los conflictos.

Es verdad que una definición de este tipo supone la aceptación de una concepción de la sociedad y de la historia refiriada con la idea mesiánica de un fin de la historia, de un paraíso terrenal que espera a los hombres en un recodo de su futuro. Supone, en realidad, una visión profundamente laica de los avatares de un mundo donde el conflicto entre individuos y grupos no es inevitable e insuperable, sino que es *beneficosa*, porque es el único camino que tenemos los humanos para modificar lo que rechazamos, para construir un mundo mejor. Y algunos de nosotros, miembros de esta revista, queremos pensar que es ésta la idea que nutre el principio marxista del conflicto social, despojado de su parafilia teleológica. Si así fuera, Marx sería un continuador y no un negador de un pensamiento liberal que, precisamente, del conflicto social el motor del progreso de las sociedades. Aunque los liberales argentinos, en relativos conservadores o reaccionarios encubiertos, ni siquiera lo quieren.

S i se aceptan estas ideas será posible vivir en una civilización democrática donde por principio se ex-

cluya la persecución de las ideas, sean éstas liberales, marxistas o integristas. Porque penalizando al terrorismo, de derecha o de izquierda poco importa si en definitiva es lo mismo, no se puede penalizar a los hombres por lo que piensan, no se puede identificar a sus ideas —por más improbables que en su momento aparezcan— con actos delictuosos para los cuales la sociedad crea los medios para reprimerlos. Este es el desafío que plantea la democracia y todos deberíamos asumirlo. Pero asumirlo supone reconocer como válido, como soporte inquietudante o de circunstancias, sino por razones de principio. Sencillamente porque reconoce el valor históricamente universal de la democracia y porque afirma que es únicamente sobre ella que se puede fundar una sociedad socialista.

Si es así, lo que sostengamos es un patrimonio ideal comparado al que no queremos renunciar por ningún motivo, por más generoso y solidario con los dolores del mundo que pretenda ser, nadie que intente erosionar y destruir la democracia con actos terroristas o que lo justifique puede reclamar para sí el nombre de izquierda que consideramos nuestro. No pertenece a nuestras filas ni lo reconocemos como compañero. Pero tampoco admitemos que bajo ningún concepto se pretenda negar, de hecho o de derecho, a los que cometen tales actos su condi-

ción de humanos, de hombres a los que nuestra democracia, débil como es pero democrática al fin, debe juzgar como corresponde, preservando sus vidas y sus derechos. Y si esto es lo que hoy ocurre, si el gobierno y la justicia muestran una conducta irreprochable al respecto, hay aquí otra prueba más, tal vez la principal, de por qué la democracia y la plena vigencia de la ley son la única posibilidad que nos queda a los argentinos de alejar de nuestro horizonte el espectro terrible y degradante de la guerra civil.

R efflexionar sobre la tragedia que acaba de suceder y acerca de los caminos que conducían a evitar que se reiteren, preservando la democracia, debe obligarnos a los integrantes de la izquierda argentina a admitir la caducidad de una parte de su tradición, la que es imprescindible que quede superada para siempre. Pero junto con ella debieramos desprendernos de ese pasado lastre de intolerancia y desprecio por los hombres concretos, los hombres de carne y hueso, que nos está vedando la posibilidad de medirnos con el presente para construir un futuro.

2 de febrero de 1989
La Ciudad Futura

Sobre la experiencia del MTP

¿Por qué la mezcla entre terroristas y estafados?

Julio Godio

D esde el mismo día en que el pueblo argentino recuperó la democracia en 1983, era previsible esperar que dos corrientes o conglomerados ideológicos comenzaran a trabajar para impedir su consolidación. Esas dos corrientes no tenían aun por entonces siglas identificativas, pero existían como tradiciones políticas, y contaban con sustentación institucional, recursos y jefes militarmente experimentados. Comenzó a así a movilizarse, por un lado, el antiguo bloque conservador-autoritario que ha adoptado desde 1930 un principio político preciso: la sociedad argentina es “ingobernable” en la democracia pluralista, y el único orden político posible requiere del control absoluto del estado por una minoría cívico-militar. Para esta concepción —en la cual convergen diversas corrientes ideológicas conservadoras y las fuerzas militares constituyentes el núcleo de cohesión del estado—, ella se inspira en la anterior actitud de dirigentes políticos como Alvear y Fronzoni; altos jerarcas militares retirados y en actividad; algunos obispos y periodistas adictos al Proceso, etc., orientada a acusar al presidente Alfonsín y a la Junta Coordinadora de “marxistas”; mediante una campaña que tuvo y tiene un objetivo central: impedir que el gobierno constitucional haga funcionar al estado según las prácticas de la democracia pluralista.

E ste conglomerado político-militar, instalado en el eje del poder económico, y con una larga experiencia en el control y manejo de los medios de comunicación, resulta los juicios a las Juntas y oficiales

por violaciones a los derechos humanos, protegió a culpables de negociados durante el Proceso, y concentró en centros de estudios a los “intelectuales opositivos” —derechistas y autoritarios. Esta “derecha no civilizada” se decidió a liberar la balalla en todos los frentes, incluido el parlamentario, en el cual cuenta con cier-
tos diputados y senadores, algunos de ellos localizados, lamentablemente por las propias bancadas justicialistas.

La estrategia global de la “derecha no civilizada” autoriza dos aspectos: a) conservar la iniciativa política para impedir la cristalización en el pueblo de una cultura política democrática y pluralista; y b) lograr que el estado como institución sea incontrolable por el gobernante radical, y por cualquier otra even-

tual alternativa popular. Dentro de esta estrategia desestabilizadora, deben ser computados los diversos levantamientos que sectores del ejército vienen protagonizando desde comienzos del año pasado. Para esta fracción se denominaría “derecha no civilizada”, se trata de obstaculizar y impedir hoy la consolidación de un sistema político democrático para estar en condiciones de recuperar mañana, en la eventualidad de una crisis política global, el poder del estado. Esta es la línea histórica que la “derecha no civilizada” niega a abandonar.

L a otra corriente político-militar que no existía en 1983 como organización, pero sí como voluntad política, es el elitismo violento en el

“estadio judicialista”. Este tipo de estado desvela la sociedad política plural (“demoliberal”) y la sustituye por lo que denomina la comunidad organizada. El estado se articula esencialmente sobre dos fuerzas que “garantizan” la revolución judicialista: las fuerzas armadas y los sindicatos.

La teoría del foco guerrillero rural o urbano, introducida a principios de la década del sesenta y que posteriormente fue adaptada por el PRT-ERP y Montoneros. Esta teoría parte de la premisa de la existencia entre estado (“dictadura de la clase dominante”), y sociedad civil (pueblo “inerte”, “descrito” del sistema político, y potencialmente dispuesto a apoyar al grupo guerrillero). En su desarrollo, esta teoría foquista se mezcla con una primitiva versión local de la teoría maosista de la “guerra prolongada”. El objetivo sería la instauración, por la vía armada, de un gobierno revolucionario de tipo no parlamentario (basado en “comités populares”, o “unidades básicas”), apoyado en un ejército también revolucionario y popular. Esta “nueva poder” procedería a decretar la marcha hacia un “socialismo nacional”.

L a articulación de esas cuatro teorías ha cristalizado en la cultura de la izquierda argentina, un estilo político que tiene un denominador común: la militarización de la política. Militarización que no implica necesariamente la práctica de la lucha armada, pero sí la práctica del desprecio por la democracia política, y la persistencia en construir organizaciones elitistas, que se autodujan la misión de “dirigir” al pueblo a la conquista del poder.

Para la izquierda primaria, la revolución es siempre un acto político que desemboca en la constitución de un estado “no previsto” y “ejeno” a las tradiciones liberales y democráticas argentinas. Se trata, por el contrario, de un modelo de estado más cercano a países sin tradición liberal constitucional como Rusia zarista, China, Vietnam o Nicaragua. Esta estrategia de pensar la política ha desembocado también en ciertos momentos en propuestas de revoluciones al estilo africano, “a la peruviana”, es decir, a través de una eventual convergencia del pueblo con las fuerzas armadas (teoría del fallecido líder del comunismo argentino Víctor Codovilla sobre la “revolución nasserista”; identificación del peronismo revolucionario con el camino del velasquismo peruano, etcétera).

La derecha conservadora y autoritaria conoce a fondo la debilidad “blanquista” o putchista de la izquierda tradicional argentina. Debilidad que deviene de su respuesta elemental y elitista, a imagen y semajanza de la periódica recurrencia al golpe de estado por parte de la derecha autoritaria. Los frecuentes estados de excepción que flagelaron la vida institucional argentina a partir de 1930 tuvieron, entre otros efectos, el de excluir, por largos períodos, a los partidos de izquierda, de la posibilidad de “aprender” a valorar la democracia como el único marco apto para permitir al pueblo organizar una cultura política pluralista y transformadora de la sociedad nacional.

De modo que el estilo autoritario de la derecha de conservar su hegemonía a través de dictaduras cívico-militares o simplemente militares y el autoritarismo de izquierda insitituyente, se circunscriben a la práctica argentina. Se trata, en esencia, de las pecas de una misma moneda. Con la peculiaridad que la cara perteneciente al bloque cívico-militar derrotista siempre queda para arriba, en tanto que a

representa a la izquierda le toca, inevitablemente, quedar siempre para abajo.

E l operativo de guerrilla urbana llevado a cabo el día 23 de enero por el Movimiento Todos por la Patria (MTP), al ocupar militarmente el cuartel de La Tablada, causó sorpresa en la sociedad política, en la medida en que no se esperaba que surgiera “tan pronto” un nuevo grupo guerrillero mesiánico. Pero, en realidad, esa aparición se corresponde con lo que venimos sosteniendo en torno a la lógica autoritaria del pensamiento político de la izquierda tradicional y los sindicatos.

En el operativo del foco guerrillero rural o urbano, introducida a principios de la década del sesento y que posteriormente fue adaptada por el PRT-ERP y Montoneros. Esta teoría parte de la premisa de la existencia entre estado (“dictadura de la clase dominante”), y sociedad civil (pueblo “inerte”, “descrito” del sistema político, y potencialmente dispuesto a apoyar al grupo guerrillero). En su desarrollo, esta teoría foquista se mezcla con una primitiva versión local de la teoría maosista de la “guerra prolongada”. El objetivo sería la instauración, por la vía armada, de un gobierno revolucionario de tipo no parlamentario (basado en “comités populares”, o “unidades básicas”), apoyado en un ejército también revolucionario y popular. Esta “nueva poder” procedería a decretar la marcha hacia un “socialismo nacional”.

Es evidente por la composición política de su dirección el MTP expresa, a segmentos del antiguo núcleo dirigente del PRT-ERP, a los cuales han sumado algunos jóvenes dirigentes provenientes de los movimientos barriales y de defensa de los derechos humanos. Este núcleo ha reproducido con exactitud el antiguo estilo de pensar “lo político” del PRT-ERP que consistía, en esencia, en construir un partido de élite politicomilitar encarnado en las “fuerzas populares”. Solo ha cambiado, en apariencia, la táctica: entre 1971-1976 atacaban cuarteles para despertar la “voluntad revolucionaria” en las masas trabajadoras, organizadas y construyendo el ejército, toman el poder y edificar el socialismo. Ahora, en 1989, el objetivo es más modesto: “defender la democracia”, frente a los carpinteros y un gobierno supuestamente impotente. Pero el objetivo sigue siendo el mismo: producir un héroe militar, convocar a un pueblo socialmente descontento, y generar algo así como un “bogotazo”. El carácter rudimentario de esta teoría debe haber facilitado enormemente la tarea del aparato que se encarga de transmitirles el dato

falso del “día, hora y lugar” de la próxima avenida de Seinfeld.

Es necesario subrayar los graves costos que la aventura terrorista ha tenido para el sistema político democrático. Entre otros:

a) Otorgó un inesperado aval a los núcleos de las fuerzas armadas que exigen la replantación de la doctrina de la seguridad nacional, y la reivindicación de la “guerra sucia”.

b) Incentivó e impulsó a nuevos niveles la tendencia a una confrontación estéril entre el gobierno radical y la oposición peronista. Desde esta perspectiva, las secuelas del acto terrorista de La Tablada han obrado en el sentido de distanciar, es de esperar que temporalmente, a los sectores políticos claves para lograr la consolidación de la democracia (coordinadora radical y renovación peronista), en tanto son propios a lograr acuerdos políticos de larga duración.

Es de lamentar, al respecto, que el candidato justicialista Carlos Menem se haya sumado a la provocación de algunos medios de información que acusan a personalidades del gobierno de tener contactos en el MTP. La prensa independiente y progresista también ha sido objeto de una burda provocación por parte de algunos de los “doce apóstoles” menemistas, que la acusan de ser algo así como la base de apoyo logístico del MTP. Los ataques del menemismo al gobierno acusándolo de “complicidad” con la guerra agreden, en realidad, al sistema político pluralista al pretender sacralizar, con mezquino afán electoralista, a la UCR, que constituye una de sus fuerzas políticas centrales. Las desmases menemistas contribuyen así, a caer la propia tumba de un eventual

gobierno peronista luego del 14 de mayo, dado que el futuro gobierno solo podrá sobrevivir (cuálquier sea su signo político), a la lógica de la violencia cara-pintada-terrorista de izquierda acoplada a la crisis económica, si se apoya en un sistema político bipartidista, que brinde solidez al régimen político democrático previsto en la Constitución Nacional.

En circuitos políticos de izquierda se piensa que el costo de la aventura de La Tablada afectará a la Izquierda Unida, que hace denodados esfuerzos para lograr un pequeño espacio electoral. Tal especulación debe, sin embargo, ser relativizada a poco que se recuerde que la izquierda argentina está prácticamente excluida de la cultura política de los sectores populares. Ello conduce a pensar que su caudal electoral no habrá de modificarse sustancialmente por efectos del “síndrome Tablada”.

La derecha conservadora y autoritaria argentina tiene hoy un objetivo central: impedir que la sociedad civil y el estado se reconozcan en sus objetivos comunes hacia la construcción de un sistema político democrático y pluralista. Para impedir este objetivo, la “derecha no civilizada” necesita bloquear tres procesos:

a) El funcionamiento pleno del estado de derecho, lo cual incluye como un aspecto sustancial, el de detener el proceso de cristalización de un estilo de negociación política entre radicales y peronistas en las instituciones del estado;

b) El lento y contradictorio proceso de acercamiento entre la sociedad política y la sociedad militar, estimulando el reflejo de viejos reflejos de autodefensa de la oficialidad que la conducen a recluirse en los casinos, colegios y otros ámbitos militares, y aislarla de la sociedad civil; y

c) Por último, el tenaz esfuerzo de amplios sectores de la población de apoyar la consolidación de la democracia política, y transformarla en una democracia participativa. Este último proceso se intenta obstaculizar a través de diferentes medios, pero el principal de ellos es introducir la idea que la democracia es sinónimo de caos, retorno de la violencia de los años setenta, inseguridad personal, etc. En esta tercera táctica de bloques, inscribe la actual campaña contra los Movimientos de Derechos Humanos, y las iniciativas provinciales, municipales y barriales, de estimular la autoorganización popular para difundir prácticas de cultura democrática.



Para integrar a los docentes nacionales:

UN MEDIO DE COMUNICACION

Desde octubre de 1987 venimos editando el periódico **ESPACIO PÚBLICO**, destinado a brindar a los docentes nacionales la información necesaria para su tarea, artículos sobre cuestiones educativas y de interés general, así como servicios y otros servicios que brinda el Ministerio de Educación y otras instituciones.

Si usted lo desea no lo reciba, pídale a Pizzurno 935, 2do. piso, (1020) Capital Federal. Se lo enviaremos gratuitamente a su domicilio.

ESPACIO PÚBLICO

EDITADO POR EL MONITOR DE LA EDUCACIÓN CÓDIGO

Educación de la Nación

Existen todavía dos Argentinas: una que pretende salir del pantano del autoritarismo y de la decadencia, y otra que persiste en mantenernos en él, porque ello beneficia económicamente a un minúsculo grupo de privilegiados. La opción es, así, muy clara. Y después de los sucesos de La Tablada no hay posibilidades de persistir en los estériles desencuentros entre las fuerzas políticas populares. Las naves han sido quedadas, y no hay retroceso para quienes están dispuestos a navegar simultáneamente y con la misma decisión a carpintadas o insumisiones anarcosocialistas.

Ejemplo Pablo Díaz, ex militante del MTP y jinete sobreviviente de “la noche de los lágrimas”, ha manifestado haber sido estafado por la dirección de ese movimiento. Es bueno que sepa que en la Argentina, inmediata quedará poco espacio para tales autoritarios. Sería, por ello, deseable que no sólo él, sino también y fundamentalmente la izquierda tradicional, aquella que las correspondientes conclusiones

El retorno a la muerte

La distancia entre la política y el terror

Juán Carlos Portantiero

Por qué reaparece la violencia en la sociedad argentina? ¿Siempre estuvo presente pero oculta tras el proceso de transición? ¿Hay un retorno inevitable de la muerte?

Es un problema global de una cultura política que está instalada desde hace mucho tiempo en la violencia y que, o sale de esta forma irracional o va a dar lugar recurrentemente a una sucesión de masacres. Las transiciones democráticas son procesos muy complicados. Desde 1983 en adelante la sociedad en su conjunto priorizó ciertos valores que anteriormente aparecían como secundarios: la democracia, la tolerancia, la necesidad de pluralismo y la expulsión de la violencia de la vida política y social. La transición democrática posibilitó que esta nueva forma de ver las cosas se encuadrara en un marco creciente de juridicidad y respeto al derecho.

Esta es una sociedad que sale de años trágicos y que no quiere repetir lo vivido hace una década. Ese sigue siendo un deseo vigente en sus fuerzas políticas más lúcidas y responsables. Pero conserva dentro suyo bolsones de irracionalidad y violencia que aparecen de manera más o menos errática desde los polos extremos de la sociedad. Primeros nos pareció que estaban instalados sólo del lado de la derecha, a la que percibíamos como elemento primordial de resistencia a la transición. Ahora nos damos cuenta trágicamente de que esos bolsones siguen presentes en la ultrquierda. Son minoritarios, no expresan la voluntad de casi nadie. Pero colocan a la Argentina en la perspectiva del reingreso al horror.

La gran pregunta es si habrá fuerza suficiente para recomponer la moral colectiva alrededor de la idea del valor de la democracia y su fuerza para terminar con la irracionalidad, la violencia y el terror. Este es el desafío planteado. Si esto no se resuelve por vía democrática, entonces los argentinos viviremos una noche muy negra. Hace falta mucha responsabilidad, medida y muchísima firmeza para llevar hasta el fin el castigo que dentro de la ley se debe dar a los protagonistas de estas aberraciones.

¿Cómo evitar la sospecha generalizada? Algunos intentan involucrar en esto a toda la izquierda y los organismos de derechos humanos...

Es algo muy preocupante. El ataque terrorista del lunes de alimento a la prensa antidemocrática en general, a la difusión de las sospechas sobre todo libre-pensador, a la posibilidad del regreso de la represión indiscriminada, a que se instale nuevamente la caza de brujas en la Argentina.

Período querido algo. No se puede condonar este hecho solamente por sus consecuencias políticas; el fortalecimiento de los militares, el debilitamiento de los organismos de derechos humanos, el rétiro que obtienen los sectores interesados en iniciar la caza de brujas. Es una derivación que se debe computar.

Reproducimos la entrevista que el periódico *Página/12* hizo recientemente a nuestro codirector (domingo 29 de enero de 1989). Se expresan aquí opiniones que todos los miembros de la revista compartimos y que amplian o particularizan las consideraciones hechas en nuestro editorial.

Pero debemos condonar fundamentalmente la utilización de la violencia para dirigir los procesos políticos en cualquier situación y más aun en una situación democrática. Buena parte de la sociedad —a derecha y a izquierda— no hizo la verdadera reflexión sobre el pasado. Nunca fue más allá de preguntarse si convino, si se cometieron errores metodológicos, si la utilización de la violencia era prematura o no. No se asumió el problema de fondo que es el de la condena y el repudio absoluto a toda forma de violencia, crimen y asesinato en la lucha política. La distancia entre la política y la guerra no debe ser franqueada.

¿Con quién está debatiendo? La inmensa mayoría de la izquierda repudió el ataque a La Tablada sin ambigüedades. Es verdad que desde el punto de vista de desigualdad de esta locura, la izquierda fue nítida y clara. El grupo que atacó La Tablada es marginal y está absolutamente alejado del resto del espectro político argentino. Eso es importante porque muestra la dificultad que podría tener para ramificarse, crecer o desarrollarse. Pero igualmente creo que, con excepciones, se hace hincapié en analizar si esto será o no utilizado por el macartismo. Es un punto derivado. Esto se debe rechazar aunque el macartismo ya

utilice. Quienes coparon La Tablada son asesinos, no compañeros equivocados. Todavía no se ha hecho un debate a fondo sobre la cultura de la violencia en la Argentina, tomando cada uno la parte que le corresponde. Claro que esto no vale solo para la izquierda. Tampoco lo ha hecho la derecha, para la cual Seinfeld es solo un hombre que se equivoca de metodología. Es un problema global de una cultura política que está instalada desde hace mucho en la violencia.

Yo me considero un hombre de la izquierda democrática y creo que es la única manera de ser de izquierda hoy.

Pero no puedo dejar de reconocer que esta gente, la que atacó La Tablada, también se cree de izquierda. Mi diferencia respectivo de ellos es tan absoluta que o bien la izquierda no es lo que ellos dicen o yo no soy más de izquierda. Todo aquél que se considera de izquierda debe rechazar el terrorismo como cualquier forma de irracionalidad, de violencia, del mesianismo, de fundamentalismo, entre otras razones para que estos lunáticos no tengan siquiera la posibilidad de llamarse "de izquierda" para camuflar sus intenciones.

Hasta qué punto se puede comparar esto con lo sucedido en la década pasada?

Quisiera que no se pudiera comparar porque de lo contrario este país no tiene salida y su destino es la libanización, la destrucción total. Pero hay diferencias objetivas. Este es un grupo aislado, sin capacidad de penetración, ampliación o desarrollo que se va a encontrar —esto es uno de los logros del proceso de transición— con una respuesta masiva de parte de la sociedad. Es muy difícil que pueda seguir actuando en medio del vacío social. Es discutible la comparación con los setenta.

El desencanto con la frivolidad de la clase política, la falta de utopías y de referentes, la enorme dificultad para cambiar un orden social injusto, contribuyen al desarrollo de grupos como el que atacó La Tablada?

Es un absurdo. Un grupo mesiánico va a encontrar siempre cualquier pretexto para poner en marcha su dispositivo de acción.

La excusa puede ser la injusticia social, la desesperanza de la juventud, lo rutinario de la democracia. Son pretextos para dotar su acción de una visión redentora. Una de las características del mesianismo es su utopía. Si piensan que no hay utopías en una sociedad donde la expresión de las fuerzas ideológicas no tiene restricciones en ningún campo, entonces que funden las utopías. Yo sé de dónde viene la frustración que lleva a un grupo de gente a tomar estas actitudes. Pero las causas no están fuera de ellos mismos. Después de la aparición del terrorismo en sociedades democráticas y con alto nivel de consumo como las europeas, hay mucha literatura escrita sobre eso. La decisión de implantar el terror es siempre voluntaria.

Se la puede considerar oportuna o no, legítima si es masiva o popular, o ilegítima si es un grupo mesiánico, pero la idea de la violencia está implícita en el discurso revolucionario. No apareció aún en la sociedad argentina un movimiento claramente de izquierda, partidario de una



Stano C. Corvinus, Frankfurt, 1519

Contra la lógica de la guerra

Conversación con José Arico
por Viviana Gorbato

En *El Ciudadano* del 7 de febrero de 1989 se publicó esta conversación entre nuestro codirector y la periodista Viviana Gorbato. La reprodujimos aquí con la finalidad de completar la explicitación de nuestra actitud frente a los hechos de La Tablada.



Párrafo de censuras. Londres 1520

transformación radical y profunda de la sociedad que defienda, esencialmente, procesos no violentos. Que planteen la no violencia como una forma de acción política.

Usted es un hombre con pasado de izquierda. ¿Se sigue considerando de izquierda?

—Cree que sí. Pero no supongo que un proceso de transformación implique como punto de partida, como elemento interno de construcción de la política, la violencia. Por supuesto, hay situaciones extremas donde ésta no puede ser evitada.

Por ejemplo, la rebelión en el ghetto de Varsavia. Cuando hay otra vía de expresión de la ciudadanía, hasta la Constitución Nacional autoriza a rebelarse contra los gobiernos despiadados.

—Es posible una revisión crítica de lo que ocurrió en el país en los años 70?

—Esto ocurrió y debe ser explicado. Era una sociedad que en esos momentos no tenía recaudo frente a la violencia. Era un discurso generalizado, aun de aquellos grupos que históricamente eran oponentes a la violencia. La poca resistencia, la poca protesta de los partidos políticos frente al terrorismo de Estado demuestra cómo

estábamos en una sociedad inerme a la violencia. No creo en la famosa frase acerca de los excesos militares. Aquí hubo una máquina de matar.

Durante la transición democrática, el rebrote guerrillero parecía una fantasía de la derecha. Estos hechos vuelven a instalar el miedo y la desconfianza. Si Gorriarán Merlo en un libro declara que la democracia es un valor estratégico, ¿cómo se puede confiar en las tantas mentadas autorrecetas?

—La descomposición ética de los movimientos de la década del 60 ha dado lugar a la utilización de la mentira, de la falsedad como un elemento del debate político. Si uno lee con detenimiento cuando Gorriarán Merlo define la democracia como un valor estratégico, lo hace condicionándola a determinadas circunstancias. No tiene un valor de principio excluyente. Puede violentaria tanto hoy como mañana, depende justamente de las circunstancias. Por eso, cuando se discute sobre la oportunidad...

—Los compañeros equivocados, como los Tupamaros...

—Claro, se está diciendo esto es válido,

pero, pero en otro momento. Cuando una discusión se hace así, es imposible excluir el problema de la violencia. Ese discurso no es democrático, porque no se asienta sobre la base de la tolerancia. La tolerancia implica que el otro tiene derecho a pensar lo que quiera. La democracia significa un pacto de civilidad.

¿Cuál es la diferencia entre la violencia de los grupos guerrilleros y la violencia ocurrida durante la dictadura?

—Es distinto. La violencia fue ejercida por el Estado y el Estado no puede declarar la guerra a la sociedad. No es legítimo. Porque lo hizo así, estamos pagando las consecuencias, no sabemos dónde están los muertos, ni si están muertos. No es que hubo una legalidad con la cual operó una fuerza represiva para restaurar el concepto de legitimidad del Estado. Desconocieron todo tipo de límites, como si, aun aceptando el concepto de guerra, en una guerra no hubiera reglamentaciones precisas.

¿Cómo evalúa la reacción de la sociedad frente a los hechos ocurridos en La Tablada?

—Hubo una repulsa unánime. Pero me preocupa la reacción de ciertos sectores que utilizan estos acontecimientos para negar que hubo un terrorismo de Estado, una máquina de matar. Es posible que estos hechos violentos se repitan. Pero lo que no se puede hacer es creer que para que esto no ocurra así se deba acudir a los procedimientos de la dictadura.

Volviendo al tema de la izquierda, ¿cuál es su posibilidad real de inserción democrática?

—Creo que tiene razón el ministro Enrique Noguera cuando dice que lo que hace cristalizar en la izquierda un discurso incomprendible de la democracia, es que está excluida de la política. No porque se la proscribe, sino porque no tiene capacidad de propuestas atractivas para sectores de la población. No tiene capacidad de transformarse en una fuerza verosímil. Entonces, todo se deja para el futuro, un sueño de postergación. Es sintomático que el Partido Comunista haya dejado sus consignas ideológicas para adoptar un discurso populista. Y un discurso populista es siempre un salto al vacío. Porque se apela a una categoría que nunca necesita ser demostrada, como es el "pueblo". Al cual se le debe decir lo que quería quien habla refiriéndose a él. Es terrible, en el momento actual, la declaración del Partido Comunista cuando enfila todos sus cañones contra la represión. Se desolidaiza de este grupo pero pone todo el acento en la represión y en el gobierno. Identifica al gobierno de la dictadura con Alfonsín, como también en cierto modo, desgraciadamente, lo hace Hebe de Bonafini. Estos discursos me preocupan, porque, más allá de la repulsa a estos hechos en particular, no existe un debate sobre la violencia como forma de acción política.

La resistencia pacífica

Sergio Bufano

Afines del año anterior un grupo de personalidades de distintos ámbitos convocó a la creación de un movimiento ciudadano que defendería la democracia, la Constitución y la convivencia civilizada; esta iniciativa surgió durante el levantamiento de los militares fundamentalistas que, al mando de Seineidín, atacaron a las instituciones democráticas. Este movimiento que se llama *Iniciativa Democrática para la Resistencia Civil* propone la organización de mecanismos de defensa pacíficos para evitar un eventual golpe de estado que interrumpe la vigencia de la democracia.

Los firmantes acordaron en cuatro puntos que sintetizan el objetivo de Iniciativa Democrática: 1. La defensa eficaz del orden constitucional, de cuya eventual quiebra la primera víctima es el Pueblo; 2. El rechazo a toda amnistía o corte de juicios; 3. El repudio a la revindicación de los crímenes de la dictadura con que se intenta condicionar la democracia; y 4. La sumisión definitiva de las instituciones castrenses a la soberanía popular.

Apenas se hizo pública la creación de Iniciativa Democrática se produjo un notable flujo de entidades, personalidades y todo ciudadanos que espontáneamente se acercaron para colaborar con la propuesta. Innumerables personas que no pertenecen a ningún partido político acudieron para integrarse a los grupos que se formaron en barrios.

Esta respuesta reveló que existe una masiva preocupación por mantener la vivencia de las instituciones democráticas y, a la vez, la necesidad colectiva de una entidad que organice respuestas pacíficas a la insubordinación de los militares golpistas.

El resultado es que en numerosos barrios de Buenos Aires y en ciudades del interior se han constituido grupos de Iniciativa Democrática que se vinculan con organizaciones sociales, culturales y políticas para resistir en forma no violenta cualquier intento de golpe.

Sería hipócrita ocultar la desazón, pero sobre todo el temorido desconcierto que se produjo el 23 de enero en las filas de Iniciativa Democrática. Cuando todo indicaba que podía producirse un ataque de los fundamentalistas de Seineidín, un grupo terrorista de ultrquierda se lanzó a ocupar el cuartel de La Tablada y, con su aventura, dejó en una muy difícil situación a todos aquellos que espontáneamente se habían sumado a esta propuesta. Mucho más cuando dos días después los firmantes podrían estar involucrados; acerca de esto habrá que esperar la decisión de la justicia antes de abrir juicio sobre su comportamiento.

No obstante, superada la sorpresa inicial convendría abrirla un debate acerca de la actitud que entidades ciudadanas como Iniciativa Democrática deben adoptar frente a hechos de esta naturaleza, además de la condena pública que fue realmente en su oportunidad.

El dilema que puede plantearse es el siguiente: no existe antecedente histórico

La crisis argentina dio motivo para que en 1988 surgieran dos iniciativas de la sociedad. Ambas indican un camino inseparable de efectiva democratización. Para que un sistema político no se convierta en un cuerpo cerrado e impermeable a las demandas de la sociedad es preciso que desde ésta se generen movimientos y experiencias que lo dinamicen.



Sello mendocino

ñado el ojo al verdugo que, ubicado en una franja próxima, le cercenaba la cabeza al otro. Hablamos de partidos que se denominan liberales y partidos que dicen ser izquierdistas.

No son esos los liberales ni los izquierdistas que necesita un territorio en el que hasta escobar unos centímetros para hallar los cadáveres de culpables o inocentes asesinados sumariamente.

El que mata, dice Chandi, debe suponer que los objetivos que desea alcanza mediante ese acto son *absolutamente justos* y que la violencia los realizará *definitivamente*. No puede ser de otra manera, puesto que el acto de matar es irreversible y por lo tanto no admite equivocaciones. La vida no será devuelta.

Acumulando certezas cada vez más absolutas, existen hoy dos bandos que están convencidos de que únicamente la aniquilación del adversario nos conducirá a ese mundo feliz. ¿Cuál es —si no— la diferencia entre Gorriarán Merlo y Seineidín o Río? A ellos les une la certeza de un horizonte al que sólo se accede sobre los cuerpos del enemigo. La guerra, pues, es la ruta señalada.

Que Seineidín tenga más posibilidades de interrumpir la democracia que las tiene los terroristas de La Tablada no debe hacernos olvidar que éstos últimos alimentan a los primeros para que ello suceda. En realidad, se incitan entre ellos. Se retan. No debe haber mucha diferencia entre la alegría que experimentaron los terroristas cuando los militares se alzaron por primera vez —en Semana Santa—, que la sentido por éstos cuando asaltaron La Tablada.

¿Cómo hacerles entender, entonces, que la mayoría de la población, aquella que votó y volverá a hacerlo de acuerdo con sus convicciones, no comparte esas certezas absolutas que nos proponen?

Es probable —y aquí podría comenzar a debatirse la labor de entidad—, que sea a través de organizaciones civiles que se sientre una nueva cultura política que descierte la utilización de la violencia. Estos últimos años han contribuido, sin duda, a un gigantesco avance en ese sentido. Por las experiencias anteriores vividas y por el oxígeno que ha brindado el ejercicio del pluriarismo, la sociedad parece estar atenta a cualquier retorno al pasado. Sin embargo, no basta. Es evidente que los hábitos autoritarios y violentos no se eliminan tan rápidamente como podríamos suponer; y mucho más cuando hay partidos políticos que no condensan con tanta énfasis la muerte del adversario que es el amigo.

Sin olvidar que solo los fundamentalistas uniformados los que podrían hacer correr más riesgos a la democracia, han que iniciar campañas para impedir que la ultrquierda intente —otra vez— transitar un camino que conduce a la sangre. Como si la muerte fuera requisito para la justicia social.

Poder ciudadano

La democracia crea sus propios mecanismos de defensa frente a las amenazas autoritarias. Pero también impulsa embriones que —conscientes de las limitaciones y defectos de todo estado de derecho— intentan profundizarla, perfeccionarla, en una constante búsqueda cuyo objetivo —siempre renovable— será el mayor bienestar humano. Un grupo de ciudadanos entre los que se destacan el fiscal Moreno Ocampo, Marta Oyanarte y Manuel Mora y Araujo han constituido una entidad que se llama Poder Ciudadano. Su objetivo es fomentar "la idea de que los ciudadanos tenemos derechos que podemos ejercer sin pedir permiso. Queremos divulgar esos derechos y mostrar cómo acudir a la justicia para protegerlos".

Reproducimos aquí su declaración de propósitos. En sucesivos artículos informaremos a nuestros lectores sobre esta iniciativa que se suma a otras y que demuestra la inquietud de una sociedad que no parece dispuesta a dejarse arrebatar sus conquistas democráticas.

Somos un grupo de ciudadanos de distinta afiliación política pero unidos para impulsar ciertos valores comunes.

Queremos fomentar la idea de que los ciudadanos tenemos derechos que podemos ejercer sin pedir permiso. Queremos divulgar esos derechos y mostrar cómo acudir a la justicia para protegerlos.

Estamos seguros de que la interacción entre un juez exigido y apoyado y un ciudadano colaborador con la justicia y solidario con su prójimo es un camino hacia un futuro de paz.

Por ello queremos asumir un rol responsable y activo en defensa de la administración de justicia, ayudar a su transparencia y eficacia como una forma de preservar nuestros derechos.

Sabemos que éos no son los únicos problemas. Pero creemos que son de fundamental importancia. Un país en el que la ley no se cumple es un país destinado al subdesarrollo y a la miseria.

Tenemos proyectadas una serie de actividades; sólo contamos con nuestras ideas y nuestro esfuerzo, que van a ser suficientes en la medida que otras personas aporten sus ideas y sus esfuerzos.

MARZO-ABRIL EN LA CULTURA

Algunas actividades coordinadas por organismos dependientes de la Secretaría de Cultura de la Nación

TEATRO Y DANZA

MADRE CORAJE. De Bertolt Brecht. Adaptación: Roberto Cossa y Robert Sturua. Con Cipe Lincovsky, Soledad Silveyra, Alfredo Zemma, Danilo Devizia, Emilio Bardi, Luis Luque, María Ibarreta, Jorge D'Elia, Jean Pierre Reguera, Walter Sobrié, Jorge Chernov, Daniel Szek, Zuni Lemos, Armando Equisá, Ana Maestroni, José Glusman, Gustavo Cerrini. Escenografía y vestuario: Gueorgui Mezhivilli. Ilustraciones musicales: Guila Karcheli. Asistencia de dirección: Ricardo Raconte y Karin Sörvik. Director repositor: Alfredo Zemma. Puesta en escena y Dirección general: Robert Sturua. Funciones: Jueves a domingo 21,30 horas. (En el Teatro Nacional Cervantes, Libertad 815, Cap. Fed. Tel. 45-4224.)

LOS DISFRASADOS. De Carlos Mauricio Pacheco. Intérpretes: Grupo Del Teatrito, Gurpo Libertablas y Cítr (Centro de Investigación Titiritera). Composición Musical: Mariano Cossa. Músicos: Gabriel Rivano y Carlos Bustamante. Diseño, realización, escenografía, vestuario y títeres: Centro de Investigación Titiritera. Asistencia de Dirección: Patricio Corradini. Dirección y Adaptación: Luis Rivera López. Funciones: Jueves a domingo 21,30 horas. Jueves entrada libre y gratuita (en el Teatro Nacional Cervantes, Libertad 815, Cap. Fed. Tel. 45-4224.)

TEATRO PARA NIÑOS: "PUES ENTONCES QUIEN LO TIENE?" - "ZOOLO PARA NIÑOS". Autor: Luis Oliveto. Intérpretes: Cooperativa "El Gran Bonete" (Gerardo Bourre, Silvia Campos, Silvia Plasencia, Rodolfo Ramírez, Jorge Luis Scaramal, Néstor Vacatello). Asistente de Dirección: Ana María Armendariz. Dirección: Luis Oliveto. ESTRENO: 18 de febrero. Funciones: Sábados en las plazas de



SECRETARIA DE CULTURA DE LA NACION

El discurso de Carlos Saúl Menem

Los hilos invisibles de la coherencia

Mariana Podetti, María Elena Qués y Cecilia Sagol

Cuando los analistas políticos y periodistas se refieren al candidato a la presidencia por el justicialismo, Carlos Menem, suelen destacar la falta de coherencia de su discurso. Estos juicios parecen estar basados en la presencia de rasgos que se alejan de la estructura espaciada en un discurso político. Algunas de estas características, a veces objeto de comentarios, son ciertas contradicciones lógicas, la falta de leyes lógico-argumentativas sólidas, una yuxtaposición y coordinación de elementos heterogéneos. Por ejemplo:

—La Argentina está inmersa en el mundo occidental y cristiano. Queremos terminar con todo tipo de fronteras ideológicas, pensando sobre todo en los intereses de nuestro país. Cuando triunfemos en 1989 la cuestión ideológica merecerá para nosotros un trámite realista.

—¿Cómo aplicará la doctrina que su partido denomina de la "tercera posición"?

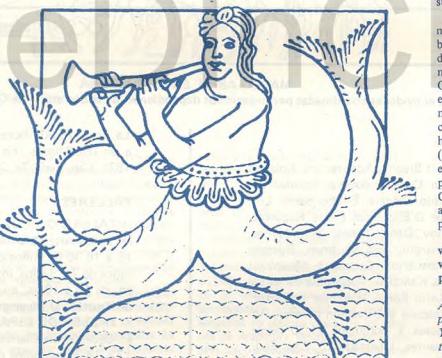
—Es una doctrina que han asumido varios países del mundo. No surgió como decisión propia, sino como respuesta a la acción de las superpotencias. Desde la periferia, con Perón a la cabeza, nos hemos integrado a lo que llama el Tercer Mundo. En esa línea vamos a llevar a cabo nuestra política internacional. (Clarín, 18.7.88, entrevista de François Leport.)

Este texto juxtapone por los menos tres afirmaciones de difícil compatibilización, sin que medie operación articuladora alguna:

No es la primera vez que un político sostiene a la vez que la Argentina es occidental pero pertenece al Tercer Mundo. Lo que ocurre es que, por lo general, el discurso se preocupa por distinguir ámbitos de aplicación, de manera que el enunciado resulte coherente. Por ejemplo, somos occidentales culturalmente pero pertenecemos económicamente al Tercer Mundo, políticamente a los No Aliados. Menem preconde de este tipo de aclaraciones, y esto es justamente lo que llama la atención.

Si embargo, dado que el discurso menemista puede ser leído como un texto, las fisuras que encontramos en el nivel de los contenidos podrían estar suturadas en otros planos. Para intentar explicar estos modos de articulación, es necesario analizar cómo circula un discurso político, no solamente los textos como producto. Desde el punto de vista de la

Las incoherencias del discurso del candidato justicialista a la presidencia de la República ya son conocidas por todos y hasta motivan la burla de sus opositores. ¿Pero hay algo más que incoherencias? Porque si sólo lo fueran resultarían inadmisibles; tan inadmisibles como para afectar irreparablemente la imagen del candidato. Pero si no se trata del producto de la ceguera y de la irresponsabilidad, sino de un discurso que es necesariamente incoherente porque pretende montarse en la suma de resentimientos acumulados en la sociedad por años de crisis y decadencia, resultaría simplemente fascista. Una cultura que hace un uso desprejuiciado y arbitrario de las palabras está negando el principio democrático que afirma sostener. Desmontar en la Argentina el discurso totalitario es una tarea que aún debe ser emprendida. Por eso pretendemos iniciar con este artículo una reflexión continuada sobre el tema. LCF.



Novedad con cuento

producción, trataremos de precisar la manera en que el candidato construye su imagen periodística, imagen que es reforzada, reelaborada o apoyada por otros discursos que circulan socialmente.

Por otra parte, la coherencia textual podría ser explicada por operaciones que efectúan los receptores. Desde este punto de vista, los analistas de medios masivos destacan que los programas de televisión de tipo informativo suelen recibir una atención "flotante" y "fragmentaria",¹ que permite que el receptor seleccione y jerarquice la información que efectivamente escucha, recontextualizándola e incorporándola a sus expectativas. De esta manera, la contradicción no es necesariamente recibida: el receptor puede desecharla; pero, aún si no lo hace, puede asimismo reorganizar los datos de manera que adquieran sentido. Intentaremos rastrear en la producción discursiva de

1. Un galán con patillas

Otros trabajos han intentado explicar la manera en que el liderazgo de Juan Domingo Perón funcionaba como "saturador" de las lagunas y colisiones presentes en su palabra.² La figura del candidato Menem, cuya dimensión carismática está todavía lejos de la del viejo líder, podría sin embargo operar agregando —en recepción— un plus de sentido que permita eludir la respuesta.

—[...] Se habla de un conflicto de Menem con la colectividad judía.

—Somos amigos, nosotros, ¿no? Vos, ¿qué sois?

—Judio.

—Entonces... Y, tengo un montón de amigos judíos. ("La noche del sábado", 13.8.88, entrevista de Gerardo Sofovich.)

Querer no siempre es poder

En forma análoga al deslizamiento del planeta político al personal y viceversa, el deseo se funde en el discurso de Menem con el propósito del "deberoso", con el "humoroso", el componente prescriptivo con el programático.³ Este hecho puede explicar cierto (frecuente) malentendido entre entrevistados y entrevistado. En varias oportunidades el periodista reclama el nivel programático del discurso, a lo que el candidato responde que ya lo ha encendido.⁴

—Entonces, es fundamental para salir de esta situación empezar a producir en la República Argentina, e industrializar la materia prima aquí, en el lugar donde se produce. Ganas mercados a nivel internacional y potencia industrial popular. No hay otra salida para Argentina.

—Vamos a traer un plan de una plataforma económica en tu propuesta?

—Y es ésta. ("La noche del sábado", 13.8.88)

—¿Y cuál va a ser su propuesta?

—Y todo ésto de lo que estamos hablando. ¿Qué pasa? ¡No me oyó! (Cárdenas, 20.3.88.)

“El empezo”

Cuando polemiza, Menem parece recurrir a una lógica no habitual en el discurso político, centrada en las acciones personales de los actores involucrados, en la que resuena el eco de la lógica de las discusiones infantiles. Para responder a críticas de índole política, tales como su asociación con dirigentes de trayectoria escasamente defendible, por su vinculación con grupos terroristas, el candidato responde con una frase perfectamente asimilable a expresiones tales como "Mira quién habla", o inclusive "El que lo dice lo es", que la retórica clasificaria como "metástasis", es decir, respuestas que devuelven la acusación a la fuente original. Por ejemplo:

—Lo que dijo Cafiero es muy triste, es una botoneada [...]. Yo sé que Juan Carlos Rousselot trabajó con López Rega, pero también sé que el pueblo de Morón lo votó. Además, no nos apoyan los montoneros sino el peronismo revolucionario, que es un sector interno del partido que no está en la clandestinidad. ¿Qué les pasa ahora, no se acordaron de ésto cuando De la Sota llevó como candidato a diputado por Córdoba al hijo de Ricardo Oregón Cano, un reconocido montonero? (Página 12, 10.4.88, entrevista de Gabriel Cerruti.)

—Dígale: ¿usted cree que la gente lo ve corre y se dice, por ejemplo, ahí va un hombre audaz...? ¿Es bueno o malo para políticos?

—Y usted que cree que es la audacia? Audacia es tener una dosis de valentía para encarar cualquier misión en la vida. Y en la política, vea, usted necesita de talento, de honestidad y también de audacia. (20.3.88, entrevista de Roberto Fernández Taboada.)

Al poner en contacto el relato de la vida privada con el ámbito político, las descripciones y prescripciones que enuncia tienen un alcance máximo, sin distinción de dominios de aplicación.

La falta de discriminación entre el ámbito público y el privado explica también la superposición de un registro afectivo "extra político" en fundamentaciones de las relaciones políticas, lo cual permite obtener la polémica, ya que el discurso se despliega en un plano no commensurable con criterios políticos. Se produce así un cambio de nivel que permite eludir la respuesta.

—[...] Se habla de un conflicto de Menem con la colectividad judía.

—Somos amigos, nosotros, ¿no? Vos,

¿qué sois?

—Judio.

—Entonces... Y, tengo un montón de amigos judíos. ("La noche del sábado", 13.8.88, entrevista de Gerardo Sofovich.)

El espectáculo de la política

La marcada presencia del "yo privado" en el discurso de Carlos Menem parece inscribirse en el espacio de un planteo más global acerca de la palabra pública en la actualidad. Jürgen Habermas señala como lo propio de la política feudal su carácter de representación pública del poder en la

persona del soberano o los miembros de la corte. Frente a ésto, las revoluciones burguesas habrían instaurado un espacio de lo público ligado a la discursividad racional. Actualmente, bajo el influjo de los medios de comunicación, lo público parece volver a tomar aquel viejo carácter de espectáculo. Así, la palabra política aparece frecuentemente vinculada a convenciones derivadas de la lógica de los medios.⁵

o a la promoción comercial que a los actos políticos clásicos —reproducen ese cruce, presente en otros planos de la producción simbólica del menemismo, de lo tradicional con lo moderno. También admite una lectura en este sentido el affiche —explosión hacia fin de año en las calles de Buenos Aires— en el que se muestra la cara sonriente del candidato junto a la consigna "¡Síganme! No los voy a defraudar". Un extracto:

2. Quien quiere oír que oiga (u oiga lo que usted quiera)

En este sentido, no es desestable el hecho de que haya podido circular, y aún adquirir cierta verosimilitud, la versión de que el candidato planeaba incorporar a su gabinete a la vedette Susana Giménez.

La lectura del discurso de Menem

parece guiada desde su producción, que distribuye sentidos diversos entre distintos destinatarios. Al respecto, Julio Godío ha llamado la atención sobre un discurso menemista que "hacía afuera" (las promesas del salarizazo y la revolución productiva) y otro discurso "hacia adentro", que desmiente el anterior, dirigido a los capitales de la industria. Aunque es centralmente un discurso privado, éste puede filtrarse al público (para el caso es la "City") mediante signos tales como "el beso en Grecia a Amalia Fortabat" o "sus excelentes relaciones con el diario Ambito Financiero".

La amplitud de la destinación es una característica de los partidos de masas occidentales, que la ciencia política denomina "catch-all-parties". Se trata de partidos con gramáticas ideológicas laxas que generan operaciones que neutralizan discursos diferentes y redifunden interacciones para ser escuchados por un amplio espectro social. Lo notable en el discurso de Carlos Menem es la ausencia de estas operaciones de reorganización y rearticulación.

Así, estos múltiples discursos no siempre ocupan espacios tan bien delimitados como sugiere Godío, sino que se yuxtaponen sin compatibilización. Creemos que es posible trazar en su *palabra pública* las líneas que señalan una destinación múltiple.

Redefinir los sentidos

En ocasiones, el candidato lanza proposiciones sintetizadas en términos cuyo efecto sobre la clase política, en particular el adversario, es una inmediata respuesta crítica y/o escarciente. Fue el caso del ataque del "salarizazo", así como el de la "pacificación". En efecto, los dos casos Menem desarrolló la propuesta al anunciarla, de tal manera que lo que se recibió fue la connotación: el "salarizazo" (sobre todo en virtud del sufijo, y por oposición a "tarifazo") fue interpretado como un aumento súbito y masivo de salarios, mientras la "pacificación" se identificó con una Ley de amnistía. Todas las respuestas se orientaron en esas direcciones.

La contrarrepartida de Menem fue definir los términos del "salarizazo" pasado a ser una "recomposición salarial gradual".

Es algo ético, moral, le va a posibilitar al trabajador vivir con dignidad. [...] Recuperar gradualmente el nivel histórico de los argentinos. ("Sin verso", 10.10.88, entrevista de Esteban Peiconich.)

La "pacificación", por su parte, se igualó al "pacto social".

La reconciliación es un estado de ánimo que puede ser incentivado por una ley de pacificación nacional. No con una amnistía, que no solucionaría nada, sino con un llamado a convivir pacíficamente; una suerte de lugar de encuentro para que haya un poco de paz y orden en medio de este enfrentamiento físico y,

jero que visitara la ciudad en esos días podía pensar que se trata de un ídolo de la canción o de un pastor electrónico, ya que no hay en el texto ni en la imagen nada que nos oriente hacia una lógica política del mensaje. Lo único que nos autoriza a recibirlo de esta manera es el conocimiento previo del lugar político que ocupa el enunciador.

Tal vez, sea Carlos Menem el político argentino que, en la actualidad, logra con mayor éxito hacer, de sí mismo "un personaje del ambiente", con una imagen que se proyecta en el espacio público, que es la mostración del candidato; la gente se congrega, no ya para escuchar la palabra del político, sino para asistir al espectáculo de su aparición. Si la discursividad verbal parece proponer un tipo de recepción que no es la discusión pública, la exhibición del cuerpo del candidato postula un contacto más ligado al orden de lo intuitivo, de lo inmediato, de lo "real", como si de desaparecer la mediación de la palabra se abriera un espacio para que otro tipo de "verdad" se manifestase.

En el caso de Carlos Menem, las caravanas condensan algunos de los rasgos de su campaña. El menemovil, vehículo desde el que el candidato justicialista saluda a sus admiradores y los invita a seguirlo, circula rodeado por militantes que gritan consignas. Estos eventos —más cercanos a la procesión religiosa

que a la manifestación política— se realizan en el "punto social".

La reconciliación es un estado de ánimo que puede ser incentivado por una ley de pacificación nacional. No con una amnistía, que no solucionaría nada, sino con un llamado a convivir pacíficamente; una suerte de lugar de encuentro para que haya un poco de paz y orden en medio de este enfrentamiento físico y,



Buenos Aires, 1988

cado Común Europeo y que incluye el control de calidad y financiamiento continental, y otro sector que produce para el mercado doméstico a la manera habitual. En todos estos casos (con la probable excepción de la reforma agrícola china), el sector moderno y dinámico del orden dualístico representa una porción cuantitativamente pequeña de la economía en su totalidad. No obstante, la función estabilizadora de este orden dualístico es en lo económico, ideológico o ambos no debe ser subestimada. Aun en el caso soviético donde las consecuencias económicas fueron escasas para el conjunto de la sociedad, los efectos político-ideológicos en lo que a la integración concernen fueron formidables, hasta tal punto que algunos observadores extranjeros llegaron a calificar a principios de los 60-, de notable la estabilidad del sistema y hasta declararon que una reforma no era ya requerida necesaria. En generalizada la ilusión de la estabilidad debió a la capacidad de los diferentes regímenes de liberar a una decadente cultura oficial de la cuestión de la integración social y al hecho de que recurrieron cada vez más a recursos simbólicos, generalmente nacionales. Este intento pudo haber sido altamente desestabilizante como lo fue en Polonia, pero en la Rusia de Brezhnev fue exitoso por un largo tiempo.

En la actualidad, por supuesto, muchos de los órdenes dualísticos, particularmente las versiones húngara y soviética, han entrado en un período de crisis causado por el atraso de los sectores no reformados que, como veremos en cada caso, está lindando con una crisis de legitimidad. Así, en estos dos países el término "reformista" es a menudo calificado como "radical" o "seguidor". Estos términos son más difíciles de definir porque aquí tenemos solamente proyectos pero no ejemplos que naturalmente entrañan nuevas discrepancias con respecto a las intenciones originales. El término reforma radical fue introducido por primera vez por la oposición democrática polaca, especialmente por el COR, para enfatizar dos elementos: la reconstrucción de la sociedad civil y el reemplazo del agente de la reforma "desarrolla" por "el abajo". En términos de los conceptos presentados aquí, la idea era eliminar la primacía del poder discrecional en algunas esferas sociales, en particular en aquellas de vida asociativa y de representación de intereses. Esta idea sigue siendo el *sine qua non* de la reforma radical, con la salvedad de que la esfera liberada pudiera ser diferente de la última que los autores polacos señalaron, así como también de igual importancia para la reproducción social. Dada la radicalidad de esta concepción, el COR fue consistente al identificar el agente de reforma con fuerzas ajenas a la institución gubernamental, especialmente teniendo en cuenta que, en ese caso en particular, el liderazgo del partido estaba escasamente interesado siquiera en una reforma de menor escala. Aquí se trata naturalmente de un asunto diferente: La idea de definir reforma radical de tal forma que la sociedad fuera totalmente transformada queda intacta, ya que la esfera del estado quedaba intacta, era incoherente e imposible. En la actualidad, en Hungría nadie repite este error, y sobre las bases de la experiencia del fracaso de la primera reforma, la segunda reforma es definida no solamente por su mayor radicalidad *sive vis a vis* la esfera económica, sino también por la insistencia en que la reforma económica ahora también presupone una reforma legal, social y política que a la vez requiere un movimiento en pro de la reforma. Aquí está el segundo *sine qua non* de la

reforma radical: la necesidad de transformar, aunque no necesariamente con la misma radicalidad, todas las esferas de la sociedad. Los reformistas radicales húngares tienen problemas opacos con sus predecesores polacos; como tematiza la necesaria auto-limitación si la reforma ha de cambiar todas las esferas sociales, y cómo identificar el elemento de presión para una reforma desde abajo sin esperar un movimiento social y a la vez con un partido gobernante con por lo menos una ideología reformista.

Al menos algunas de las ideas de reforma en la Unión Soviética hacen eco de estas fórmulas así como también de sus dilemas. Según A. Agabegyan, los intentos de cambios económicos en la Unión Soviética fracasaron porque: 1) apuntaron solo a la economía; 2) no llegaron demasiado lejos ni aun en relación con la economía; 3) el único agente de cambio fué la institución gubernante que excluyó todas las fuerzas desde abajo. Ciertamente estas críticas del pasado —que no son mera propaganda— no contribuyen a una concepción positiva de la reforma. En particular, no está claro si estamos hablando —en un contexto nuevo y menos hospitalario— con el viejo reformismo del 68, i.e., la combinación de un socialismo de mercado y un comunismo reformista cuyos insuficientes resultados económicos ya eran conocidos y cuyas planteamientos políticos fueron siempre indeterminados. No obstante, difícilmente se deduce que una reforma radicalmente alterna deba ser más lejos en la esfera económica, implicando un cambio social más general junto con la activación de fuerzas sociales como uno de sus pre-requisitos. ¿Pero es posible una reforma radical en la Unión Soviética? Primero debemos tratar de aclarar las razones por las cuales la necesidad de reforma emergió en un primer lugar.

¿Cuál es la raíz del reformismo?

Algunos autores se preguntan por qué el reformismo ha emergido en la Unión Soviética, y aportan diferentes respuestas basadas en sus propios presupuestos teóricos. Las respuestas se ubican alrededor de dos ejes: explicaciones económicas contra explicaciones político-culturales por una parte, y explicaciones basadas en deseños internos frente a deseños externos por la otra. El énfasis de Brus, Nove, Zemtsov y Feher y Heller está centrado en la crisis económica interna expresada en un dramático decrecimiento de la producción y el standard de vida, el estancamiento industrial, la ineficiencia administrativa, y el caos general. Por cierto, todos reconocen implícitamente o explícitamente que es posible hablar de crisis solamente cuando hay conciencia subjetiva de la crisis. Lo que no está todavía en claro es si esa conciencia es sólo función de la crisis económica y su magnitud o si además tiene una lógica y origen independiente. En este contexto Zemtsov agrega que la crisis económica provoca de un buen pretexto para llevar a cabo un cambio en la élite. Por otra parte, para Feher y Heller los problemas económicos profundos superan el umbral de la crisis en el contexto de otros dos complejos críticos. De éstos, la crisis demográfica —incluyendo la crisis sanitaria— es la tercera que sirve de base para la otra. La crisis demográfica, en términos de gerontocracia, movilidad descendente, corrupción y los comienzos de transformación del cuerpo gubernante en una clase de miembros privilegiados. Esto parece tener sus orígenes propios e independientes de lo económico, pero

capaces de afectar adversamente la misma situación económica. Aquí, los autores aluden implícitamente a la crisis de integración social, pero esta visión está de alguna manera viciada por su repetida insistencia en que la forma de legitimidad nacional-tradicional —que ellos justificadamente ven como el *novum* de la era de Brezhnev— permanece absolutamente inalterada.

A rededor del primer eje, el espectro de interpretación es completado por Peter Haudslhner, quien insiste en que la crisis de legitimidad es por lo menos tan importante como el fenómeno económico en el contexto total. Ciertamente, del sistema de legitimidad de la era de Brezhnev el sólo ve el aspecto cuasi-tradicional, paternalista y pseudo igualitario de sus proclamas, pero no su aspecto imperial. No obstante, su exposición de la crisis interna y de la definición del tipo paternalista de legitimidad en el contexto de una creciente democratización, agrega una importante dimensión a nuestro entendimiento de las raíces del fenómeno de Gorbachov. Esto aclara además un propósito que es tan difíciloso como la reconstrucción económica misma: la creación de una nueva forma de integración social que reemplace aquella de la era de Brezhnev o al menos su componente cuasi-tradicional.

El segundo eje de interpretación está dado por Cornelius Castoriadis, quien insiste en observar los desarrollos internos y externos que Gorbachov debe afrontar. Castoriadis reconoce que la solución dualística de la era de Brezhnev no fue el principio de la dimensión militar y la dimensión civil no modo de la economía no funcionaría más. Aquí, el énfasis está puesto en la percepción de Gorbachov, del pequeño círculo que lo apoya, y de todas las jerarquías sectoriales claves que desean darle una oportunidad. Estos estiman —sostiene Castoriadis— que la eficiencia del sector militar y por lo tanto de la estructura imperial podría ser amenazada por el estancamiento del sector civil y especialmente por su incapacidad de igualar a Occidente y a algunos países del Tercer Mundo en materia de producción y absorción de innovación tecnológica. Según Castoriadis esta percepción debe ser entendida en el marco de una serie de desarrollos externos, en particular de la expansión excesiva del imperio (el fracaso de Afganistán, los gastos provocados por sus complicaciones de ultramar, las crisis en algunos países de Europa Oriental), y en parte por el significado simbólico, más que económico o militar, de las acciones perpetradas por sus competidores (el éxodo americano, los planes para la guerra de las galaxias, el éxito tecnológico de nuevos países en vías de industrialización y la reforma china). La guerra de las galaxias es un buen caso a considerar, ya que el liderazgo soviético le teme fuertemente su estelar del todo convencido de su real factibilidad. En el presente, lo que ellos temen es, por supuesto, todo lo que la competencia tecnológica ilimitada representa en el contexto de su actual retrato socio-económico.

Al efecto en el desarrollo externo afecta fuertemente el análisis de la perspectiva de reforma porque podrían existir vías para enfrentar el problema sin que todo ésto conlleve los riesgos de una reconstrucción interna. En este contexto, Castoriadis pone énfasis en lo que podría ser descrito como la solución del "atajo", o sea, la disminución de compromisos, sofisticadas e intensas relaciones públicas, negociaciones. Para Castoriadis esta estrategia es brillantemente exitosa. Pero los mismos pasos en política

exterior están abiertos a distintas interpretaciones. Por supuesto, uno podría considerar las iniciativas diplomáticas de Gorbachov como intentos de crear el contexto internacional correcto para su objetivo primario: reforma interna y modernización. Por otra parte podría argumentarse que sus objetivos más importantes están en la arena militar y diplomática internacional, que él necesita una distensión hacia afuera para ganar tiempo para sus jugadas internas. Castoriadis no elige una opción excluyendo totalmente las otras. El desafío externo no puede, en su opinión, explicar la liberalización, la llamada glasnost a la cual él caracteriza, como Hough y Kennan como otro viraje occidentalizador en la historia soviética. Pero a diferencia de estos portavoces del despotismo ilustrado de última hora, Castoriadis piensa, en base a la historia rusa y occidental, que la occidentalización "desde arriba" es una contradicción. El desafío externo y su respuesta de "atajo" permanecen así como componentes del fenómeno Gorbachov que enfocamos según esta línea de análisis. Considero, si el dualismo de las estructuras económicas heredadas de la época de Brezhnev ya no permite —al menos en la percepción de las élites (y quizás en realidad)— mantener el status de superioridad del imperio central, entonces el "imaginario nacional imperial" puede comenzar a significar para aquellos sujetos a este universo simbólico, cierto tipo de modernización que va más allá de la mera importación de tecnología. El fenómeno corriente con que nos enfrentamos no permite emitir un juicio fácil en relación al contenido y las posibilidades de un vuelco ideológico de este tipo, y menos de sus resultados posibles.

Un modelo global de reformas?

¿Qué ha pasado al final de cuentas? Una descripción relativamente ingenua puede tener cierta utilidad. Primeramente, me apoyaré en nuestros autores quienes suministran los detalles necesarios para casi todas las áreas.

1) Todo cambio subsiguiente está conectado a un cambio en el aparato gubernamental incluyendo sus cuerpos de élite. Mientras que en sí, un cambio de personal no afecta las estructuras fundamentales (Feher y Heller), es precondition para una ejecución parcial de otras medidas y también es una protección mínima contra movimientos contrarios por parte de oponentes. La presentación cuidadosa y detallada de Bialer muestra los logros de Gorbachov en esta área, así como los cambios en marcha y lo que resulta estructuralmente más difícil: Gorbachov ha triunfado en cambiar los altos líderes de las instituciones gubernamentales, desde el Politburó y el secretariado del partido hasta los aparatos militares y de política exterior. La eliminación de un vasto número de posiciones y de unidades organizadas en los niveles medios de la administración económica (ministerios y firmas) está llevándose a cabo, aunque aun es muy temprano para afirmar si esto es frente a una solución más radical (reemplazo) o una solución menos radical (reemplazo). Bialer sostiene que la primera, la alternativa más radical está tratando de ponerse en práctica, pero existen áreas donde ésto puede revertirse. Primeramente, los niveles medios de ciertos aparatos no han sido tocados y probablemente no lo sean; la KGB, el ejército, el complejo militar-industrial, y en especial el aparato profesional del partido. Segundo, se han creado relativamente pocos mecanismos para contrarestar

las tendencias corporativistas del aparato del cual sus partes reconstruidas no estarán exentas. Al igual que otros autores, Bialer considera la glasnost como el instrumento de purga de la burocracia, pero a diferencia de éstos, se opone a ver la glasnost como un método stalinista. Sin embargo, él sostiene que este método de control es desafortunadamente sólo una aventurada guerra de guerrillas. Por último, y tal vez más importante, es que al menos que otras estructuras y mecanismos sean creados para remplazar la coordinación administrativa desde la cúpula hacia abajo, los órganos burocráticos sobrevivientes (en particular aquellos del aparato partidario) recuperarán dichas funciones. De este modo la reforma de la burocracia no es solo precondición sino también función de un cambio estructural. Dada la relativa timidez de esta última, es prematuro e indeadecuado proclamar que la espina dorsal de la oposición conservadora ha sido quebrada.

2) Política cultural y de "derechos humanos". En este área más visible existe una dramática divergencia entre importantes cambios en la política y su práctica real, y una estructura legal intacta, lo que haría factible una reversión en cualquier momento. Muchas personas (si bien no todas) detenidas por razones políticas bajo diferentes formas de confinamiento han sido puestas en libertad. Se ha dado cierta distensión en el área de emigración. Ha habido una notable transformación en materia de publicaciones y del derecho público. Las publicaciones oficiales, e incluso los medios de comunicación electrónicos, permiten ahora una discusión crítica de temas reales, y muchas noticias que antaño habrían sido suprimidas están ahora permitidas. La rehabilitación a gran escala de autores rusos y soviéticos suprimidos hasta ahora se está llevando a cabo. Existe ahora la posibilidad de exhibir, representar y poner en pantalla obras críticas de Vanguardia. Se comienza a tematizar y analizar dimensiones de la historia políticamente distorsionadas y suprimidas, que tocan puntos sensibles como la masacre de Katyn, la rehabilitación de Bujarin, y la reversión completa del culto a Stalin resituado en la época de Brezhnev. Esto tiene una gran importancia simbólica en la lucha por una historia y historiografía genuinas, importantes en el contexto de la legitimación del régimen. Lo más importante quizás, al proveer de un estímulo a la liberalización de la cultura como un "todo", es la nueva tolerancia por el desarrollo de formas de vida pública no oficiales: publicaciones samizdat y clubes de讨论. En este contexto debemos hablar de un cambio significativo al permitir reformas de tipo húngaro, pese a que en aspectos claves es más restrictiva. Los objetivos de abolir planes compulsivos y de afirmar nuevas formas de autonomía de empresa son presentados en versiones menos consistentes y radicales que en el NEM húngaro de 1968. Sin embargo, las ilusiones de este último en relación al vuelco de un criterio administrativo a uno económico son compartidas. En parte, el resultado ha de relacionarse todavía a "órdenes gubernamentales" más que a órdenes "genuinamente comerciales".

Aun más, la empresa como su equivalente húngaro, no solamente no tiene control sobre las inversiones sino que en contraposición a éste, tampoco tiene ninguna elección en lo que concierne a sus proveedores. Sin tal efecto, como señala Nove el sistema de planeamiento directivo sobrevive tanto que los organismos gubernamentales. Finalmente, el plan de reforma contemplado es en gran medida menos radical que las incompletas medidas introducidas en 1968 en Hungría. Sólo en un área —en el establecimiento del derecho colectivo de los trabajadores para elegir a administradores— la ley soviética supera a su equivalente húngaro, al menos hasta los cambios organizacionales inmediatos que ocurrieron en 1989. Sin embargo, en el balance es difícil imaginar cómo las proposiciones soviéticas de 1987 habrían de

LA IMAGEN — I.B. SINGER — EL HOMBRE DE LA URSS — V. NABOKOV — LA MEMORIA DE ABRAHAM — M. HALTER — EL INGENUO — VOLTAIRE — PRIMER ENCUENTRO — BELLA CHAGALL — OPERA DE MUERTOS — A. DOURADO — MAGRA PERO NO MUCHO LAS PIERNAS FUERTES MORENA — A.C. RESENDE — JARDIN CENIZAS — D. KIS — LA PEQUEÑA CIUDAD DON DE EL TIEMPO SE DETUVO — B. HRABAL — ANSAY — M. CA PARROS — SITUACION DE PELIGRO — G. SACCOMANNO — EL VESTIDO ROSA — C. AIRA — CONVERGENCIAS — H. FO GUET — HISTORIAS SECRETAS — A. BONOMINI — AQUÍ YACE UNA DAMA — M. BOTTA — LAS PUERTAS DEL ESTE — E. MA RENGO — EL SITIO DE KELANY — M. COHEN — CANON DE AL COBA — T. MERCADO — LOS TRAIDORES — SILVINA OCAMPO — Y. J. R. WILCOCK — LA CIUDAD Y LA CASA — N. GUINZBURG — YO QUE SERVI AL REY DE INGLATERRA — B. HRABAL — CARTAS A MIS AMIGOS — S. ZWEIG — NUESTRO DR QUINCEY — NUESTRO STEVENSON — NUESTRO KIPLING — SELECCION DE J. L. BORGES Y A. BIJOY CASARES

Acaso toda esta actividad en la esfera de la cultura prefigura el establecimiento de un nuevo principio de legitimidad? Inclusivamente, gran parte de la discusión crítica staca la forma paternalista de integración social y aparenta expresar la voluntad por un principio de legitimidad más nuevo y moderno, más occidental, basado en el mérito y en el desempeño. ¿Pero puede el mérito convertirse en el criterio de justicia sin ningún intento de establecer una legitimidad legal, racional y formal? En este contexto Haudslhner, quien se muestra optimista en cuanto a las posibilidades de una forma de legitimidad, apunta hacia los procesos de democratización para negar lo que él llama "derechos económicos".



Ada Korn Editora

establecer amplios principios comerciales, responsabilidad financiera y un presupuesto restringido que son algunos de los objetivos declarados.

De acuerdo al escenario optimista de Bialer, aunque las reformas no den resultado, establecerán "las precondiciones organizacionales y psicológicas para el advenimiento de una reforma posterior". Debemos observar sin embargo, que en el caso húngaro la precondición esencial para ésto consistió en un paso que todavía no está esbozado en los proyectos de reforma soviética, sin mencionar su práctica real. En Hungría, el plan inicial, conformado por el sistema de órdenes compulsivas, fue superado desde el inicio de la reforma. Incluso aquí la "aceleración" inicial habría de ocurrir en una dirección reactiva.

Más importante aún, las dinámicas reformistas en el tipo soviético de los que podríamos decir que están en la introducción de nuevos mecanismos de coordinación, el húngaro y el chino fueron exitosos — como Kornai sostuvo recientemente — a partir de la privatización concurrente de la "segunda economía" en el primer caso y de la agricultura en el segundo caso. Como el artículo de Nove muestra, la reforma agrícola está en la agenda de la Unión Soviética, pero el radicalismo chino de desmantelar los sistemas colectivos no似乎 llevado a cabo. Aparentemente, se dará lugar a formas cooperativas de producción agrícola genuinas y privadas, al marketing y la prestación de servicios. Mucho dependerá de la amplitud garantizada a las producciones familiares y, especialmente, de la medida en que el sistema de contratos familiar, individual y de pequeños grupos se hará cargo de la producción que está en manos de colectivos. En el presente, las dificultades para reforzar obligaciones contractuales de alto nivel, en el contexto de la ausencia de genuinos derechos económicos, son muchas según Nove.

Con relación a las actividades de la segunda economía deben discernirse dos tendencias. Por un lado existe una legalización limitada de la empresa individual privada y cooperativa cuyos resultados cuantitativos son escasos pero cuyos efectos en la calidad de vida podrían tornarse inmundantes en algunas áreas. En este contexto, sólo tolerancia y apoyo a largo plazo y sobre todo garantías legales que vayan más allá de unos pocos estatutos pueden llevar a una expansión significativa. De todos modos el clima se ve encarecido por la segunda tendencia: los intentos de desbaratar la economía privada ilegal junto con la corrupción, que son sin duda más amplios que la economía privada ya legalizada. Aunque estos intentos sin duda fracasarán, los planes de legalizar actividades de economía privada estarán limitados en tanto estén conectados a una campaña en contra de las actividades existentes. Legalización de este modo, está asociada con supresión. El estar sujeto a impuestos, controles y disposiciones es difícilmente un incentivo para dar el paso entre la ilegalidad o semi-ilegalidad y la transparencia. Una estrategia que se apoya en las funciones estabilizadoras de una segunda economía no puede estar basada en una legalización forzada, en un estado en el cual el gobierno de la ley como tal no existe.



Soviética y un determinado país apuntan ambigüamente en la dirección de mayores o menores dificultades en juego en una reforma dada. Mayores recursos en integración social, por ejemplo, una aceptación más profunda del sistema existente puede contribuir a prestar mayor estabilidad a un sistema sin reformar como también a proveer apoyo para una política reformista capaz de conectar con problemas de legitimidad ya existentes. La ausencia de una fuente extrajera de poder soberano elimina por cierto una fuente de control externo si las reformas se salen del cañón, pero también elimina una fuente de presión que refiere a los conservadores y mantiene las reformas dentro de ciertos límites. De este modo, resulta difícil, excepto en algunos casos, decidir definitivamente sobre la aplicabilidad o no de un modelo dado para la Unión Soviética. 1) El modelo de Alemania Oriental, por su bajo nivel de riesgo tiene más chance de influenciar a los líderes y élites soviéticas. Pero no tiene, fuera de su contexto alemán (que configura una relación especial con la República Federal Alemana) y especialmente en la Unión Soviética, ninguna posibilidad de éxito. Su aceptación tendría que ser interpretada como equivalente a una retirada conservadora. 2) El modelo chino, excluyendo la "des-colectivización" radical de la agricultura, tendría la mejor posibilidad de éxito económico, pero también el mayor riesgo debido a la cohesión imperial de las repúblicas en su forma real. Puede asumirse que este modelo (que por razones obvias incluye la parte más débil y pequeña de la población) no será introducido sin una vasta democracia de bases por parte del campesinado similar a la china. 3) El modelo húngaro de 1968 apoyado por la mayoría de los economistas reformistas tiene mayores posibilidades de ser usado por algún tipo de orientación por lo menos como en la ley de la empresa aprobada por el plenario de junio de 1987. Sin embargo en el contexto soviético tal estrategia no puede ser puesta en marcha sin alguna concesión al modelo polaco apoyándose en algunas fuerzas sociales independientes.

Cuán realista es la adopción de la última alternativa y cuáles serían sus posibilidades de éxito? Apoyándose principalmente en el análisis de Brus, que a su vez está influido por los economistas reformistas húngaros, comenzar por la pregunta: El mayor problema con el modelo húngaro que ha logrado mantener vivo el reformismo

por espacio de veinte años es que no triunfó como reforma para el sector primario de la economía controlado por el estado. Ciertamente, en la actualidad este modelo que se apoya en logros en el sector no estatal está en crisis. Brus enumera convincentemente las razones del fracaso que no tienen origen en la reacción conservadora sino en la inadecuación del escenario reformista socialista de mercado mismo. Sin el control de la empresa sobre la inversión y sin la creación de un sistema de propiedad mixto ésto no fue un mercado autogestionado sino un nuevo sistema de controles burocráticos informales que reemplazaron al anterior sistema de dirección. Podríamos agregar en este contexto, que la ausencia de una reforma organizacional de administración estatal y la continuidad de extensos centros de producción y negociación monopolísticos provienen de un contexto institucional en el cual la disciplina de las fuerzas de mercado no pudo llevarse a cabo en el sector estatal de la economía. Los economistas de la escena húngara describen el sistema así surgido en términos de "intervención indirecta" ("negociación regulada") y concuerdan con Brus en los remedios puramente económicos:

Más allá de esto, las diferencias de las propuestas actuales que asumen la reforma de una dimensión del sistema transforma automáticamente otras dimensiones — sugieren que la mercantilización (con énfasis en mercados de capital incluyendo un genioso sistema comercial bancario) debería coincidir con la transformación de la macro-administración y con una fuerte política antimonopolista. Ellos sostienen que una segunda reforma no podría ser exitosa sin mayores cambios en los sistemas legales, constitucionales, políticos (representación de intereses, revitalización de elecciones y parlamento) y asistenciales. En el estilo polaco las propuestas insisten en que tales cambios son posibles sólo si surge un movimiento social para la reforma usando una esfera pública libre como su principal organismo.

Hungria por supuesto no es Polonia, y las presentes perspectivas para la segunda reforma, ante la ausencia de una fuerte presión social, no son buenas. Se podría agregar que la Unión Soviética no es Hungría ni Polonia y ciertamente aquí ningún modelo que espere limitar la reforma a la esfera económica solamente (Kadarismo) o un modelo basado en la autoemanación de la sociedad civil (Polonia desde el 76) parecen viables. La cuestión es si aspectos de ambos pueden ser combinados dentro de vamos.

Recalcuemos que en los dos países donde se realizaron reformas económicas el aspecto burocrático fue más o menos destruido y la población fue duramente disciplinada durante la revolución de 1956 y la revolución cultural. En estos dos países la participación de la sociedad civil en el proceso de reforma no fue igualmente posible ni tampoco necesaria para vencer la oposición burocrática conservadora aun cuando el rol de la actividad campesina autónoma en Hungría y en China no debería ser olvidado. En el pasado reciente de la Unión Soviética no hay tal resquebrajamiento de la burocracia como institución, y ningún cambio de personal puede alterar este hecho. De este modo, en la Unión Soviética el rol de un movimiento reformista es esencial no sólo para su aceleración sino también para atravesar el umbral del sistema de órdenes compulsivas ante el aparato llamado a ejecutar medidas reformistas contra sus propios intereses y tradiciones. Sin embargo también es posible que un movimiento reformista, si se institucionaliza, pueda promover más tarde la aceleración de la reforma, inclusive frente a probables dificultades económicas.

cas y sociales creadas por los primeros pasos.

Varios de nuestros autores ven la glassnost como un intento de crear desde arriba un movimiento básicamente intelectual por la reforma. Ellos podrían fácilmente concordar con Conquest que después de no haber sido capaces de poner en marcha una medida de reforma económica Gorbachov y sus asesores concientemente iniciaron un movimiento popular en el electorado como al aparato de poder. Bialer llega a argumentar que el programa de Gorbachov parece contemplar para el futuro ruso la creación de elementos selectos de la sociedad civil nunca antes conocido en la historia soviética ni siquiera en la rusa. Sociedad civil aquí alude a la autonomía de unidades sociales organizadas frente al poder estatal, y en el contexto actual Bialer identifica libertad cultural y bajo nivel de participación como sus elementos selectos. Aquí comienza el más grande desacuerdo. Castoriadis en particular, a la vez que reconoce el éxito, llamado a una participación intelectual, no considera que esto implique construir un "movimiento social histórico" para la reforma, "pronto a lucrar con la reforma e inventar lo necesario para su exitosa implementación". Para él, el intento de crear una activa sociedad política-civil desde arriba en los poderosos pero nunca estrictamente definidos límites, es profundamente antinómico y auto-destructivo. Si Gorbachov no se apoya en un movimiento, será derrotado por una reacción conservadora, mientras que un movimiento capaz de revertir la reacción no podría permanecer dentro de los límites requeridos por los mismos reformistas. ¿Es posible ir más allá de este triple dilema?

Hacia una genuina reforma radical

Una vez más estamos frente al problema fundamental de reforma desde arriba en una sociedad de tipo soviético. Desde la perspectiva del régimen, dicha reforma debe alcanzar un mejoramiento genuino del funcionamiento socio-económico, pero por otro lado no debe bajar tan lejos como para perder la religión, la identidad del sistema. En este respecto, es difícil ver cómo una estrategia de crear una sociedad civil desde arriba puede ser considerada compatible con ambos requisitos de una reforma semejante. La encrucijada consiste en por un lado otorgar autonómica artificial, que sería inadecuada para el estímulo de una reforma estructural, o arriesgarse a la creación de una sociedad civil lo cual implicaría el comienzo de la disolución del sistema autoritario como en todo. Algunos activistas en Europa Oriental como J. Kuron están dispuestos a que los riesgos de no intentar una reforma estructural estén llevando al liderazgo de Gorbachov en la segunda dirección. Las fuerzas sociales ya han sido puestas en movimiento según esta perspectiva, y ni el líder ni ninguna otra persona pueden predecir o controlar las consecuencias. Más o menos optimistas son las perspectivas de A. Michnik. En lugar de la reforma de Gorbachov como una versión de la lucha polaca puesta en movimiento desde arriba, él la ve como una verdadera contrarreforma soviética. La idea es que en lugar de intentar preservar intacto el viejo sistema, o iniciar una "reforma" según el modelo de la Europa Oriental central, el equipo de Gorbachov busca incorporar las técnicas de este último para

salvar el espíritu del anterior. De este modo, el vocabulario de las oposiciones, algunas de sus formas de organización, sus prácticas y discursos que no alzan fuerza de su contexto, han de ser domesticados y desarmados de su "vertiente intraduciblemente antitotalitaria". Este esfuerzo apunta a la creación de una genuina reforma de legitimidad que afecta antes que nada a los intelectuales que Gorbachov. Si embargo, Michnik no extiende nuevas consecuencias de ésto, y menos aún un argumento a favor de la posibilidad de una forma de presión desde abajo que pueda mantenerse dentro de ciertos límites. Al contrario, esta posición es desechada en términos de un posible fracaso de la modernización que traería una decadencia interna, o de cambios significativos cuya implementación libera todos los demonios reprimidos de la historia soviética, incluyendo en especial nacionalidades, religiones e ideologías. Pero no podría quizás un movimiento por la reforma, independiente de los reformistas oficiales, aprender la combinación polaca de radicalismo y auto-limitación precisamente en presencia de estos demonios? Este podría ser el significado de una recepción cauta en la Unión Soviética de las ideas de los disidentes de Europa Oriental, de la idea húngara de una segunda reforma y del proyecto polaco de reconstrucción de la sociedad civil.

En síntesis: 1) Entre los modelos disponibles, es probable que la reforma soviética no siga la vía china de reforma agraria radical, la cual exacerbaría sobre todo los conflictos y diferencias regionales y nacionales; 2) se ase a los importantes cambios, la refor-

Editorial PAIDOS

ESTADO Y SOCIEDAD

G. O'DONNELL, PH. C. SCHMITTER Y L. WHITEHEAD (COMP.): TRANSICIONES DESDE UN GOBIERNO AUTORITARIO I. Europa meridional; 2. América latina; 3. Perspectivas comparadas; 4. Conclusiones tentativas sobre democracias incipientes

PAIDOS COMUNICACION

M. RODRIGO ALSINA: LA CONSTRUCCION DE LA NOTICIA
J. L. RODRIGUEZ ILLERA: EDUCACION Y COMUNICACION
A. SOHN, CH. OGAN Y J. POLICH: LA DIRECCION DE LA EMPRESA PERIODISTICA

INSTRUMENTOS

M. DE MARINIS: EL NUEVO TEATRO, 1947-1970
A. COSTA: SABER VER EL CINE

PAIDOS ESTETICA

P. FRANCATEL: LA REALIDAD FIGURATIVA, I. El marco imaginario de la expresión figurativa
LA REALIDAD FIGURATIVA, II. El objeto figurativo y su testimonio en la historia
M. RONCAYOLO: LA CIUDAD
R. FRY: VISION Y DISEÑO

STUDIO BASICA

G. DELEUZE: LOGICA DEL SENTIDO
C. LEVI-STRAUSS: TRISTES TROPICOS
R. WUTHNOW Y OTROS: ANALISIS CULTURAL. La obra de P. Berger, M. Douglas, M. Foucault y J. Habermas

Novedades del Fondo

Rosemary Thorp. **América latina en los años treinta.**

El papel de la periferia en la crisis mundial
Stephany Griffith-Jones (comp.). **Deuda externa, renegociación y ajuste en la América latina**

Claude Lefort. **Las formas de la historia**
Michel Mollat. **Pobres, humildes y miserables en la Edad Media**

Arnold Toynbee. **Los griegos: herencias y raíces**
Robert Nozick. **Anarquía, Estado y utopía**
Georg Peter Murdoch. **Cultura y sociedad**

Roman Jakobson. **El marco del lenguaje**
Jose Guillermo Merquier. **Foucault o el nihilismo de la catedra**

Jean-Paul Aron. **Los modernos**
Elisabeth de Fontenay. **Diderot o el materialismo encantado**

Georges Bordonove. **Los templarios. Historia y tragedia**
Jean-François Revel. **Sobre Proust**
Michel Leiris. **Huellas**

Michel Rocard. **Coherencia o ruptura?**
Luis Buñuel. **Iconografía personal**



FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Siupacha 617, 1008 Buenos Aires <> Tel: 322-7262/0825/9063

que se ha decretado la eliminación del régimen soviético. La URSS ha querido darle una

La URSS replantea las palabras clave

Umberto Cerroni

1 No es ciertamente fácil juzgar la presente fase de la vida política soviética, que ha resultado muy compleja al haberse puesto en acción todos los componentes de la historia, aunque esto haya sido impulsado desde lo alto. Ahora el movimiento resulta efectivo, envía señales diferenciadas y significativas, aunque podrían de impresto atenuarse o incluso caer en callar. El impulso, decía, viene desde lo alto y el movimiento es por tanto inducido y derivado. Pero esto no significa que el impulso sea casual o extrítmico. Por el contrario, precisamente el hecho que los distintos comportamientos de la sociedad se hayan puesto en movimiento oponiéndose a los "mecanismos de freno" y produciendo hechos políticos y culturales parece ser el signo que muestra que el impulso era necesario y que el escenario existía. Esto no obstante, precisamente el gran retardo con que, después del largo período de "estancamiento", se ha producido el proceso de revisión constitutive de Gorbachov. Tal programa es ahora evidente en toda su vistedad y articulación, habiendo hecho conocer en su totalidad (en forma progresiva en el trieno) es también una de las grandes novedades de Gorbachov, en un estado-partido en el cual no sólo la mutación sino la revolución y la reforma han sido por largo tiempo motivo de acusación política.

En este cuadro, los análisis de los soviéticos tienden a examinar microscópicamente sobre todo la esfera de los comportamientos políticos de las cúpulas, confrontándolos con los problemas y las urgencias de la economía. Es una tarea de análisis indispensable que, obviamente, no se puede ciertamente eludir. Sin embargo se concentra demasiado exclusivamente sobre la "epidemias" de la sociedad soviética (que tiene ahora setenta años). Se comprende que por eso frecuentemente el análisis se resuelve midiendo los progresos de la nueva línea dentro del organismo político o bien teniendo en cuenta las enormes dificultades que encuentra en la conducción de las reformas. Así las cosas, se termina por plantear y decidir dos importantes interrogantes: ¿qué hará Gorbachov?, ¿es reformable la URSS? Y con demasiada frecuencia tra estos dos interrogantes existe ya, preconfeccionado, el metro patrón con el cual medir las cosas soviéticas y el modelo de "salida" que ellas deberán seguir.

La complejidad de la situación está en cambio hecha sobre todo de originalidad. En ella pesan fuertemente factores que desde hace setenta años "integradó" la sociedad rusa (en el bien y en el mal) y que hoy poseen un peso específico propio. Me parece que el comentario más serio es el efectuado por un correspondiente de Moscú: "La experiencia cotidiana —dice— revela que cada desplazamiento de una bala del edificio afecta sus columnas fundamentales. En realidad en la URSS se habla de reformas, pero está en curso una mutación de la sociedad y del sistema. Y como en todas las mutaciones el punto de llegada es desconocido. La partida de Gorbachov es tan fascinante también porque está jugando en la oscuridad" (Marco Politi, II

El programa de Gorbachov vencerá si logra construir una nueva cultura política que sea capaz de desbloquear el prejuicio según el cual existe un solo modelo de socialismo: el construido por Stalin entre 1929 y 1938. Se debe, por tanto, indagar las características y las raíces de tal modelo a partir de los retardos de la historia rusa y de las deformaciones extremistas de la lección marxista, dice Cerroni.

Messaggero, octubre 5 de 1988.

El comentario aclara que se trata de las "columnas fundamentales" típicas del sistema, que sin remover estas columnas es difícil hacer avanzar las reformas, que la mutación consiste precisamente en mover tanto las cosas para reformar como las columnas fundamentales. Y que del proceso puede quedar fuera todo: incluso —por qué no?— la realización del programa de Gorbachov. Tal programa es ahora evidente en toda su vistedad y articulación, habiendo hecho conocer en su totalidad (en forma progresiva en el trieno) es también una de las grandes novedades de Gorbachov, en un estado-partido en el cual no sólo la mutación sino la revolución y la reforma han sido por largo tiempo motivo de acusación política.

El problema, por tanto, es un análisis que illega hasta lo más profundo porque que debe tener en cuenta que el programa circula en la "conciencia social" y llega a formar una "opinión pública". Naturalmente necesitará también ver el programa quadra con las exigencias de las grandes masas, pero él vencerá si logra convencer y construir una nueva cultura política capaz de desbloquear el más grande, complicado y antiguo "mecanismo de freno": aquél según el cual el socialismo no es un solo modelo, construido sustancialmente por Stalin entre 1929 y 1938.

Que así están las cosas lo prueban la vistedad, la insistencia y finalmente los "escándalos" que torno a Stalin, sus errores, crímenes, monstruosidades: después de todo han pasado cuarenta años desde su muerte. Acaz resonando sobre la distancia creciente en el tiempo la dirigencia brevianeva habrá esperado concluir la partida con la historia. Adoptaba, en sentido contrario, la misma clave de Jirschov, que criticaba el "culto a la personalidad" de Stalin. La reapertura del problema Stalin y su discusión pública en una clave nueva es el verdadero índice de la mutación que se está produciendo en la URSS. Ahora está cuestionado todo el sistema construido o al menos "puesto a punto" por Stalin y que luego permaneció sustancialmente inmutable, salvo para las patentes violaciones de los principios de humanidad y de las leyes soviéticas. Existe amplia conciencia de que reformar el sistema no es posible sin agredir las columnas fundamentales de la "viejos bolcheviques".

Un papel particular, bajo este perfil,

desempeñó Bujarin y su crítica de la política económica de Stalin (colectivización forzada, industrialización comandada, estatización integral de los medios de producción, sojocimiento del "plan cooperativo") y de la iniciativa privada con la liquidación de la NEP, que en cambio habría debido constituir una base permanente de la vida económica). Pero mucho más importante ha sido incluso un recuento cada vez más abierto y marcado por la peculiaridad de Rusia y por las dificultades encarnadas en el desarrollo económico de la desastrosa guerra civil y el fracaso del "comunismo de guerra" (crisis de 1921). Queda aquí todavía mucho por excavar para precisar la proporción real entre las necesidades impuestas por la intervención extranjera y el sectarismo alejado de toda conexión política. Por ejemplo, acá se limitaron, hasta ahora, a afirmar que el monopartidismo fue impuesto por la coyuontura histórica y en cierto modo, por tanto, subitamente, y se lo separa así del vestimentamiento doctrinario "de principio" en el que Stalin lo había enunciado con la teoría de la "dictadura proletaria". Pero no se lo critica radicalmente, como causa fundamental de un poder privado de control.

Los tiranos tienen el gran mérito de haber mostrado la ausencia absoluta de mecanismo de control jurídico en el sistema estatal soviético y de haber por tanto reivindicado la construcción del estado de derecho, articulado con una revisión profunda de la legislación penal (actualmente en curso), con un riguroso respeto de los procedimientos (penal, civil, administrativo y constitucional), con una independencia garantizada de los magistrados (asegurando ellos, por ejemplo, un largo período de actividad para sustituirles a la presión política de la reelección), y con una separación general entre estado y partido. Al margen, sin embargo, parecen quedar problemas importantes como la institución de una Corte constitucional y de una justicia administrativa, mientras la concentración de los controles en la Procuraduría corre el riesgo de estimular peligrosas intervenciones penales.

Otra componente del advenimiento de Stalin al poder se la encuentra en el nacionalismo gran ruso (en el cual el georgiano Stalin se identificó rescataiendo la tradición del "zar de todas las Rusias" y disfrazándola de "internacionalismo proletario"). Todo esto ha sido tratado muy eficazmente por el historiador E. V. Anisimov en una lucida intervención en una mesa redonda sobre las ciencias históricas (*Voprosy istorii*, 1988, núm. 3). El ha destacado "el problema del imperio en todos sus manifestaciones, comenzando por la formación territorial y terminando por las reincidencias de la conciencia imperial". Anisimov aludió también la manera significativa a las guerras caucásicas y a las repeticiones de Stalin e insistió que con Stalin se produjo una verdadera "apología del imperio" ruso, no sin antes denunciar la tiranía, sino que también se restituyó legitimidad a las críticas políticas de la cultura en la URSS de la escrita de Marx *Historia diplomática secreta*

Mesajines, Abraham Eleazar, 1760

del siglo XVIII. (Cuadernos de Pasado y Presente '87, México, 1980), exhaustiva crítica de la política exterior rusa. También recordó que el artículo de Engels "La política exterior del zarismo ruso" (incluido en la edición anteriormente mencionada) ha sido publicado sólo en 1941.

3 Sobre los contenidos del estalinismo y sobre su "definición" teórica la producción es ahora muy rica y de notable interés. Sin más dilaciones, la denuncia se ha extendido en todas las direcciones: de la economía al derecho, de la historiografía a la estadística todo el sistema de censura, falsificación y contricción de la actividad intelectual en todos los campos ha sido puesto en la picota. La indicación general es la restauración de la libertad de expresión y de discusión sin impedimento político alguno y sin pretensiones de modificar la verdad.

Pero aquí tiene particular importancia el explícito cuestionamiento del modelo de socialismo fabricado por Stalin. Tal modelo se arrincona tras la presentación de estereotipos doctrinarios que encasillaban la tradición intelectual de Marx y también de Lenin dentro de cánones fijos. El socialismo era presentado como "una doctrina" acabada y de una vez por todas definida que trataba de "poner" en ejecución un materialismo histórico y dialéctico igualmente canonizado. ¿Por qué nunca —se ha preguntado en cambio Gorbachov— el socialismo debería cristalizarse en un único cauce, sin conocer las oleadas sucesivas que coincidió en cambio la transformación capitalista? Un historiador —V.P. Danilov— recurría a la metáfora de las oleadas para reclamar, después de la que se produce con posterioridad a los años veinte y de la que siguió al XX Congreso, una tercera oleada de conocimiento histórico profundo, que rebárcara el campo de las alternativas teóricas descongelando los dogmas de un pasado idealizado. La matriz de tantas falsas representaciones del pasado —afirmaba Danilov— es ante todo la insatisfacción de la sociedad por su condición actual. Es precisamente esta idealización nostálgica de frustación que debe ser desdoblada si queremos examinar más profundamente la crisis de la historia pasada y de la futura. Pero ese Danilov exhortaba a reconsiderar todas y cada una de las variantes de socialismo que habían sido producidas en los años veinte por Stalin, Bujarin y Trotski. Se trata en efecto de iluminar precisamente el problema de la alternativa (*alternativist*) en el proceso histórico, afirma G. B. Klokov. De aquí, entre otras cosas, la apelación lanzada para la renovación de la escuela en la que "en los últimos treinta años han dejado su sello gresigüero, felices poseedores de una conciencia histórica fabricada desde lo alto" (I. L. Dolitski). En suma, para decirlo sintéticamente, "también en los archivos no debemos ser más integrantes de la sección especial" (K. F. Satsillo): la libertad de investigación es esencial precisamente para modelar una alternativa.

se sostiene del todo —escribe Sevchenko— que en 1917 el proletariado ruso no debiese tomar el poder sino que "la ausencia de presupuestos materiales y organizativos del socialismo y la necesidad de crearlos conlleve peligros terribles para la fuerza de la revolución". Dijo lugar, por ejemplo, a la posibilidad de atrincherarse en la extrema reivindicación de un utópico comunismo precoz, nivelador, estatalista, en el cual la realidad revivía la tradición de la comunidad retrasada de las poblaciones rurales.

Si la reconstrucción histórica esencial, por lo tanto, "reestructurar la conciencia es un imperativo de la historia" (así suena el título de un bello ensayo de Eduard Batyalov, publicado en *Obozreniye literatury nauki*, 1988, núm. 5). Estamos, escribe Batyalov, ante una verdadera "crisis de nuestra conciencia política". La retórica política no puede cubrir el hecho de que la mayoría absoluta de los ciudadanos de la Unión Soviética han permanecido por muchos años en condiciones de alienación política y que grandes actos políticos como las elecciones y manifestaciones callejeras han tenido sólo un carácter simbólico. El sistema administrativo ha sustituido a la conciencia política la su-

bordinación jerárquica, a la instancia de decisión una total remisión de la base de la cúpula. De aquí han surgido la cadera, la indiferencia de masas, la incapacidad críptica para la crítica y las críticas en presencia de un tipo de conciencia social que "sancionaba" todo lo que sucedía en el país. Todo esto no disminuye por cierto las culpas de Stalin y de su grupo ni siquiera la de los "innumerables servidores del sistema"; por el contrario, si queremos arribar a la razón, la *stalinización* no retorna más en nuevas o viejas formas es necesario analizar el culto como un *fénomeno dinámico*, como una interacción jefe-sistema-responsabilidad.

Recorriendo la historia de la conciencia soviética, como la llama, Batalov, pone de relieve la profundidad y persistencia de una componente mítica y radical en la cual se altera, en realidad, la subalternidad intelectual de las grandes masas campesinas. En el mito del jefe-dictador se trascabó la aspiración a una revolución radical con el pasado, que debía trastuir al viejo mundo hasta la "nueva mundo", el mundo nuevo", —en su sentido contrario". El presidente del comité revolucionario —en la novela *Cervantes*, de Andrei Platonov, de reciente publicación— instituyó el comunismo y proclamó: "¡Ahora ha terminado todo!". "¿Qué ha terminado?", pregunta duvidativo Gopnik. "Pero la historia universitaria sigue viviendo", responde este conciencioso utópico radical y elemental que debilita todo matiz en un primitivo "modelo bipolar", que exalta todo aspecto de la "nueva sociedad" y que denigra todo rasgo de la "otra sociedad".

Batalov cita a Sorel, al que Stalin jamás exaltó. Sin embargo, el *Breve curso de historia del PC(R)* de la URSS fue el modelo de una política mitopática: la conciencia histórica es precisamente sustituida por estos mitos y por un corolario de cambios, interpretaciones auténticas, santos secularizados y prerrogativas reales en la teoría. Todo esto desembocó en una liturgia de masas que exaltaba al héroe y que se apoyaba en los pilares del estalinismo. Citando a Platonov, Batalov dice que nació entonces el "ciudadano absoluto". Es necesario ahora desmontar esta gigantesca construcción milenarista y quílastica que en realidad se ha descomplejo por sí sola hasta convertirse en apatía por la vida pública. Es necesario someter a una crítica severa el subfondo semipatriarcal, conformista e inciuto del utópico revolucionario que descubre a la distancia sus contenidos pasistas y conservadores. Batalov ataca con fuerza esta amalgama radical-conservadora de la subcultura estalinista. La lucha de clase a la que los estalinistas hacían referencia para activar la concentración y centralización del poder en la sendida mitad de los años veinte no encontró una superficie real en la realidad social del país. Poco lo que en la lucha futura artificialmente estimulada permaneció para crear las condiciones de la reconociembre abierto, que se da en la actualidad, de la crisis cultural es un pasaje obligado para vencer el dogmatismo. Por demasiado tiempo ha sido subvaluado el papel de la cultura: por medio siglo —escribe Batalov— el acento fue puesto sobre el "factor económico" o sobre el premonitorio "papel del individuo" en la historia o sobre todos los días a la vez en una combinación que descubría completamente o marginaba "la conciencia social de la época". Pero ahora, frente a las tragedias ocurridas es necesario preguntarse cómo ha podido suceder que los ciudadanos no sólo hayan sido sometidos a represiones en masa sino que éstas hayan sido aceptadas o directamente hayan sido consideradas como un "precio del progreso" que necesariamente había que pagar.

Estamos ante una denuncia distinta de la "culto de la personalidad". Escribe Batalov: "El culto es el mismo, la relación social o el punto cardinal de la relación humana que surgió en la cultura capitalista. Es parecido a un tema importante, pero hasta ahora ha sido escasamente aclarado. Sin embargo, V. N. Sevchenko lo aborda en un ensayo que acaba de aparecer (*Filosoficheskii nauki*, 1988, núm. 9). El retrato ruso ha sido excondido, por así decir, en el extremismo doctrinalizado. "Terminar con el capitalismo" resultó una consigna tras la cual ha pasado toda suerte de contrabando nihilista. No



Mejoradas, Abraham Eleazar, 1760

tanto la superación de la "crisis de la conciencia jurídica", que no fue sólo la consecuencia de las terribles violencias de la legalidad sino que también tiene causa en el estímulo del desbordante voluntadismo jurídico de los años veinte.

Tómese en cuenta que estos altos niveles de la conciencia pública resultan esenciales para devolver no sólo la confianza mediática a la política sino también anhelos seguros a la elaboración teórica. El reconocimiento abierto, que se da en la actualidad, de la crisis cultural es un paso obligado para vencer el dogmatismo. Por demasiado tiempo ha sido subvaluado el papel de la cultura: por medios siglo —escribe Batalov— el acento fue puesto sobre el "factor económico" o sobre el premonitorio "papel del individuo" en la historia o sobre todos los días a la vez en una combinación que descubría completamente o marginaba "la conciencia social de la época". Pero ahora, frente a las tragedias ocurridas es necesario preguntarse cómo ha podido suceder que los ciudadanos no sólo hayan sido sometidos a represiones en masa sino que éstas hayan sido aceptadas o directamente hayan sido consideradas como un "precio del progreso" que necesariamente había que pagar.

Diminuir la tasa de conflictividad con el mundo circundante parece ser una de las indicaciones prevalecientes: el socialismo, por ejemplo, no es antibúrgués —escribe Sevchenko—, sino más bien me-

taburgué en la medida en que emanó del interior del capitalismo maduro. Ševčenko cita una frase de Lenin (de 1918): "Tomar del exterior con las dos manos todo lo que es bueno: poder soviético + planificación prusiana del ferrocarril + técnica y organización norteamericana de los trust + instrucción pública norteamericana + etc., etc., etc. = socialismo".

Una ráfaga de realismo teórico despeja benéficamente la investigación social y ayuda ahora también a la investigación en teoría política (en un hipérbole politizado faltaba una disciplina políologista moderna). Utopismo, dogmatismo, escolasitismo, "pérdida del principio eurístico" son mencionados como las causas profundas de la desvalorización de la teoría, sin dejar de lado las ocasiones perdidas en el pasado (V. Illy y A. Razumov, *Kommunist*, 1988, núm. 12); mientras se juntan los grandes problemas nuevos, los viejos ideologismos rechazan las interrogantes y despiden la teoría.

dan sólo respuestas, combinándose con el más modesto empirismo positivista, ocultando los problemas tras etiquetas que bloquean la investigación científica. Y en cambio la ciencia no vence etiquetas —escribe con fuerza V. P. Filatov (*Voprosy filosofii*, 1988, núm. 8), porque "si la ideología permanece, alejada, burguesa, proletaria, etc., sobre el plano riguroso de los conceptos no puede haber una ciencia burguesa, socialdemócrata, proletaria o rusa: la ciencia tiene carácter universal y en ella no existen "ni cristianos ni judíos". Estamos ante un radical trastocamiento de la herencia estaliniana: no es el marxismo (en la variante estaliniana) el que nutre a la ciencia sino más bien es la ciencia la que nutre al marxismo: el marxismo es (debe ser) facultad plena, recepción integral de la ciencia.

5 El viejo modelo del socialismo de los años treinta se apoyaba sobre dos columnas "fundamentales": socialización de los medios de producción y dictadura proletaria a través del monopolio comunista del poder. La erosión de estas dos estructuras es radical: la socialización era en realidad estatización, se dice, y bloqueaba la iniciativa de individuos y grupos; y la vez la dictadura proletaria fue sustituida conceptualmente por el estado de todo el pueblo ya en los tiempos de Jirushov. Ahora se afirma que la socialización de la propiedad, concreta

La socialización de la propiedad consiste no en índices de estatización sino en relaciones políticas democráticas entre gobernantes y gobernados y en estímulos de la creatividad y de la autonomía. Por otra parte el estado de todo el pueblo debe apoyarse sobre el principio de legalidad, la igualdad de todos ante la ley, sobre la abierta competencia entre participación y burocracia y sobre el "pluralismo socialista".

A partir de estas líneas teóricas se plantean muchos problemas nuevos. Ante todo la redefinición de la propiedad tanto en el capitalismo como en el socialismo. Surge una oleada de críticas del económico que por mucho tiempo ha dominado la escena. En un debate entre economistas (*Voprosy ekonomiki*, 1988, núm. 3). G. Gorlakov afirma que en la teoría económica el fenómeno de la alienación respecto de la propiedad estatal habría sido negado en el pasado, aunque estaba confirmado por la apatía reinante y por la nomenclatura. «Pero basta reconocer su presencia», ¿ha preguntado E. Dunayev. La alienación en el capitalismo es explicada con la separación de la fuerza de trabajo de las condiciones de trabajo constituidas por la propiedad ajena. En el socialismo, por lo tanto, no debería subsistir en la medida en que la propiedad es estatal-común. Este razonamiento simplista es ahora confrontado respecto de

a la *mediación política* de la propiedad que en el mismo capitalismo está dada por el *derecho de propiedad* y en general por el sistema político-jurídico. Esta misma mediación, que desmonta el esquema simplista del económico, arroja luz, en la URSS, sobre las deformaciones políticas de la relación estado-ciudadanos. El segundo tema concierne en cambio al papel indispensable de la mediación mercantil a los fines de la reproducción social. El economista checoslovaco L. Rusevich (*Voprosy ekonomiki*, 1988, núm. 8) plantea en estos términos la cuestión: "La historia del socialismo no es liberar la sociedad del fardo mercantil-mone- trario, como se decía en el pasado. Por el contrario, su misión es la de liberar las relaciones mercantiles-monetarias del fardo de la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción para desarrollarlos a los efectos de economizar al máximo el tiempo de trabajo."

xismo convertidos en Sagradas Escrituras (I. Iu. Smoljákov). Se trataba más que nada de sectarios, politicos al reconsiderar científicamente para la cultura la casi ausencia de cualquier especialización-politológica, de programas, manuales, textos de ciencia política (V. V. Mysenovidez). En general se trataba de estimular un "pensamiento dinámico", pero la experiencia histórico-social ha probado que éste sólo es posible con un alto nivel de democracia. Y una condición esencial de la democratización es el derecho de cada uno de pensar de manera independiente y de considerar este pensamiento autónomo como un auténtico valor social (V. P. Filatov). Por eso es necesario reaccionar ante las peores tradiciones de Rusia, que con el cristianismo recibió también la "sabiduría libresca" del dogmatismo bizantino, a la que hay que agregar la asfixia intelectual del bisicular dominio mongólico, el despotismo zarista, el desprecio de la cultura occidental, la angustia del tradicionalismo ortodoxo que no conocía movimientos de reforma. Así las cosas, es necesario también orientar la sociedad hacia altas finalidades humanistas.

El contraste que mejor encarna el enfrentamiento en el interior de la cultura política soviética es acaso aquél que manifiesta en temas de política internacional entre quienes sostienen que la p

se perfila cada vez más claramente: existe un socialismo administrativo, estatalista y centralista que es tomado como el "verdadero socialismo" y que en realidad hace suyos algunos de los peores defectos del estado patrimonial y del estado de policía y que soñoca la creatividad individual de los ciudadanos trabajadores. Por lo demás, argumenta Ševčenko, el socialismo debe recibir todas las conquistas de la cultura burguesa en todos los campos, y también, por ejemplo, en el campo de la democracia. Se trata de abandonar la mentalidad subalterna de quien maldice el progreso sólo porque ha sido realizado por los otros para limitarse a la mentalidad burguesa que se titina a las que frasesan y el viejo modelo heredado de la Rusia tsarista. En su libro *Los náufragos*, Ševčenko dice:

7 Esta gran muestra de confianza en la razón lúca de la ciencia y de la investigación está naturalmente entrando en conflicto con las incrustaciones del sectorismo político, que invoca comunamente "luchas", indica "peligros" y agita el espectro de nuevos "enemigos". Sin embargo el tono medio de las voces es más bien de una vasta legión de intelectuales casi dignos de la confianza en los acciones los procedimientos e instrumentos de una cultura moderna, hasta ahora insospechada, que proviene de los más impensados lazos del inmenso país. Se trata, al culto del secreto", y se teoriza sobre una "cultura informada" (*Kommunist*, 1988, n.ºm. 1), se critica el manejo

do por Stalin. Existe una lucha en nuestra sociedad, -escribe Sevchenko- y es ciertamente pronto para decir que los procesos de restricción son irreversibles, ¿pero no existe acaso alternativa al sistema del péndulo?

6 La renovación práctica de la sociedad soviética está muy estrechamente vinculada a su renovación cultural, ahora evidentemente perceptible en el resurgimiento de las ciencias sociales y humanas. La centralidad de la ciencia y de la investigación desplaza la dinámica del debate teórico de las fastidiosas e irreverentes diatribas filosóficas-definitorias entre diatribas filosóficas-definitorias y la otra parte una política preocupada por los problemas del planeta y de gente, que desplaza la confrontación entre las clases al nivel de las ideas y la cultura. I. Usadov afirma (*Kommunist*, núm. 11) que ahora todos los pueblos han entrado en la vida política activa; en este mundo complejo y múltiple incrementan los hilos de la interdependencia que lo constituyen como un todo. En consecuencia, los problemas que hayayeran considerados como patrimonio de algún país o de un grupo de países preocapan sustancialmente a todos. Esto conlleva la necesidad de pensarla, según los estereotipos del pasado.

Como sostén de esta conciencia laica que está aflorando existen ahora teorizaciones sustanciosas que ponen en evidencia las novedades de nuestra época que son consecuencia de la revolución científico-tecnológica, del dominio de la información, de la globalidad, contextualidad y sistematicidad de los procesos socio-políticos planetarios, de la urgencia del problema ecológico mundial. Las mutaciones rápidamente alcance algunos ejemplos mencionados:

los. La teoría debe dejar de estar al servicio de la política y debe ante todo anticipar la práctica social (V. I. Sinkeruk) y no bastan por lo tanto las apelaciones a terminar con el dogmatismo: es necesario terminar con la "demanda de dogmatismo" por parte de los políticos porque al fin de cuentas el dogmatismo aflora no por analfabetismo profesional de cualquier individuo sino porque hay una demanda real (L. N. Mitrochin). Se necesitan inteligencias libres, no subordinadas a cálculos utilitarios capaces de dar término al anarcismo de la teoría y a la ciónes de las fuerzas productivas en el mundo son de una gran magnitud y solicitan medidas de reformas radicales y hasta un nuevo estilo intelectual de consideración compleja e integrada de los fenómenos sociales y políticos. Se trata —escribe F. Girenon (*Obrabestvenny nauki*, 1988, núm. 4)— no sólo de unificar los distintos campos cognoscitivos que existen en la actualidad sino también de cambiar el concepto mismo de progreso científico: el criterio del estatus cognitivo de las teorías científicas ya no puede ser el único criterio de fecundidad práctica ante

**¿SE PUEDE
O NO SE PUEDE?**

¿se debe o no se debe?

Sépalo leyendo

**Manual
de etiqueta sexual**

un libro de Tom Carey

editado

por la Flor 

¿SE PUEDE O NO SE PUEDE?

¿Se debe o no se debe?

La aldea, un país, el mundo

Oscar Terán

Nuestra nacionalidad es como nuestra relación con las mujeres: demasiado implicada en nuestra naturaleza moral como para ser cambiada honorablemente y demasiado accidental como para que valga la pena cambiarla.

Pinta tu aldea y pintarás el mundo, proclamó Tolstoi. Pero esta verdad vale también para nuestras aldeas surgidas de mezclas aún no soldadas entre culturas diferentes?

G. Santaya

Toda vez que retorno a mi pueblo es comprensible que emerjan los variados sentimientos y reflexiones que todo regreso —en cuanto "memoria del primer duelo"— inexorablemente suscita. Fue porque ya demasiados años que un día habíamos yo también el viaje más largo de mi vida —y tal vez el único exilio verdadero— cuando recorri los trescientos kilómetros que separan a Carlos Casares de la ciudad de Buenos Aires. Inevitable, asimismo, que cuando el ómnibus abandona la ruta 5 para ingresar en su planta urbana citada una vez más a Paseo: "Pensar que eres tú, pásate el mundo..."

Y sin embargo, la circunstancia de que mi última estancia coincidiera con el día del verano del pueblo me permitió no solo aislarme de meditaciones tan melancólicas como vanas, sino sobre todo asistir a una esencialización notoria de la oscura y compleja constitución que yo temía que se había quedado atrapada en el "misterio de la apariencia". Y así, entre los festejos comunitarios se abrieron con un desfile de jinetes implacablemente ataviados de chinas encantadas con chinas danzantes y con caballos vistosamente enajenados. Esta auténtica identificación criollista descomponía, empero, las diferencias nacionales que el cortejo contenía, y que el locutor del acto se encargaba de enfatizar. Ya que allí estaban expresamente representadas las tres nacionalidades que colonizaron a principios de siglo la región, cuyo reconocimiento estático era manifiestamente emblematizado en las tres banderas que flamearon en la plaza central: la italiana, la española y la israelí con su estrella de David, en memoria y alabado de numerosas inmigración judía promovida por el barón Hirsch y que también quedó marcada con su nombre prácticamente uno de los poblados que componen

En tanto, el discurso que desde el año 1973 planteó los animadores y que recordaba los hitos del desarrollo del pueblo seña-
ba que ese auténtico crisol de razas debía ocluir la suerte corrida por primitivos pobladores indígenas de la región, en un cuestionamiento éticamente regresivo a la llamada Campaña Desierto pero que eludía hacerse cargo de la relación sin duda no pacífica entre empresa militar y aquella raza colonizadora que ahora se exaltaba. El paso cada grupo de jinetes era anunciado celebrando a su túnica por los atavoces de cada uno de ellos: se mencionaban respectivo abanderado. Mi mal memoria inmediata no impide registrarlos apuntando que esto pudo conferir una especie de autoridad al traje o uniforme esencial si relata que la representación original era que el abanderado

como Fernández, la italiana por Biaggi y la ahora israelí por Entelman. Mas así como en la plaza esas tres banderas están cobijadas y hegemonizadas por el mástil más elevado en donde ondea la enseña argentina, todo el desfile multinacional estaba simbólicamente unificado por una representación específicamente argentina,

Asimismo, si cualquier proceso semejante implica la invención de una nación, y por ende la imposibilidad de trascender la línea mancha que conduciría desde las esencias nacionales hasta su anterior manifestación en la construcción de una nación, la Argentina no podrá darse de la verdad general reciente que se enunciada en el sentido de que las leyes no son bellas durmientes de la escuelas ritualizadas de subir y arrancar la bandera y entonar el Himno Nacional una de las propuestas institucionales básicas para la constitución de una identidad nacional, en una operación cuya simplicidad no se le oculta pero que no podemos dejar de reconocer como buena en un país que ha decidido romper con el mismo gesto con el pasado prepáisano y con la tradición colonial.

Cuando el omnibus llegó por fin al Retiro, comprendí ya tarde que habían sido simbólicas las preguntas para un solitario viaje, y que —para peor— tras de ellas asomaba otra de absoluta actualidad. Porque hoy, cuando miles de ciudadanos y especialmente de jóvenes fantasean con la idea de emigrar, la figura de la "historia nacionalista" venía a interrogarnos acerca de su propia historia.

se entonces que la noción de "imaginario social" —expugnada de sus connotaciones omniáreas— resultó útil en este contexto, dado que al remarcar la importancia de una experiencia de la vida social dentro de la trama de significados que constituyen las diversas identidades y formas de sociabilidad, de las cuales la nacional es absolutamente relevante en su modernidad incluso como forma de legitimación. La invención de una nación, en otras palabras, es el resultado de los deseos de jinetes de mi pueblo— como en el caso de las diversas nacionalidades que habían sido incorporadas en el "crisis" de la independencia, o si se era dueño del contrarresto de la fuerza de una población de píes ligeros que hoy resiste amparada en la memoria de la gente que inició el viaje con sus padres y sus nietos, para retomar al país de origen o para dirigirse a las verdaderas Américas— cuando el mito de la grandeza americana luce ferozmente desmentido.

Mientras acarreaba las maletas, sentía sinceramente que a esa tendencia entusiasta o de honda era mestiza resistirse. Me autojustificó —me consolé— como si parando no sin envío a esas jóvenes deseados de partir con la paloma de Kant, convencida como estaba de que para poder desplazarse, más velozmente servir mejor que no existiera el aire que ofrecían resistencia al esfuerzo de sus alas. Y sin embargo, aunque no lo quería, no pude dejar de oír desde el fondo de la conciencia —dejir desde la superficie de la existencia— la interrogante demasiado dramáticamente entonada en los versos de Enrique Molina:

“¿qué es un país, me digo,
qué es esta provincia torva
ladrada por los perros?”

Como respuesta a esta angustia y como
residuo final de este viaje desde el pueblo

Mientras el ómnibus pasaba por Bra-
ño intuí que el desfile multitudinario y
nunca tiempo crío que venía de pre-
parar ilustraba —observando histórica-
mente— el carácter vertiginoso de la edifi-
cación de la nacionalidad en el caso argen-
tino, ya que la identidad que of-
rece como oferta simbólica para las ma-
rinigantes en el período finisueco
abrió contruyéndose simultáneamente
este mismo movimiento; esto es, que

Mediaciones entre el Viejo y el Nuevo mundo

Martha Mercader

V iajamos durante varias horas por entre trigoles y alfalfares. El extranjero Equis me informó que la capa de humus que cubre la pampa húmeda es demasiado superficial y por lo tanto nuestra riqueza agropecuaria se basa en algo efímero y deleznable. Los movimientos geológicos del Nuevo Mundo son muy recientes, agregó, sus montañas muy jóvenes, inestables y peligrosas. América es tierra de terremotos.

Llegamos al borde de la selva junto con la noche, húmeda y luminosa. Por la ventana entran las fragancias vegetales. Dijo Equis: "Vivir en estas latitudes es resignarse a una humedad malsana". Mientras yo trataba de ubicar la Cruz del Sur, le dije que el cielo austero carece del lustre poético del borde, constelado por literaturas milenarias. Y además, añadió, "ubicar" es un americanismo masonico. Se debe decir "situar".

Un mosquito que había picado el brazo. Mosquitos, tábano, insectos nocivos, en lugar de los grandes caminantes, me recordó el extranjero. El puño proasico en vez del majestuoso león. Pájaros que no cantan. Y esos nativos oscuros, indolentes y lampiños que ni siquiera se molestan en esparzar las moscas. Recibimos, Zeta nos anunció que adabados de poner pie en el paraíso terrenal. Su desmedido elogio de las bondades de la naturaleza virgen y de sus habitantes no contaminados por los vicios del Viejo Mundo desembocó en profecías revolucionarias.

E spero que se tolere este comienzo en clave narrativa. Creo que contribuiría más a la rigidez de este coloquio si juego con mis errores que si pretendo afirmar pseudocientíficamente lo que en el fondo no sería más que una visión subjetiva teñida por afectos, carencias y perspectivas intramundanas. Porque la materia de mi oficio es equivocada, tan equivocada como la de muchos de los aquí presentes y es preferible mostrar las cartas desde el comienzo.

No está mal ventilar equivocados y equivocaciones, hablar de equivocados no resueltos y de identidades problemáticas. Equivocándose se aprende. Plantear problemas es tener la esperanza de resolverlos y plantear bienes, es tenerlos ya medio resueltos. Y si existe un ámbito propicio para alejar la esperanza es precisamente este Festival de las Culturas del Mundo. Aquí en Estrasburgo, Babel no debe significar incomprensión sino entendimiento. Estrasburgo es lugar adecuado para intercambiar datos, pero también para proponer mediaciones y variantes que faciliten una mayor comprensión y amplíen la solidaridad entre los seres humanos.

S a Equis lo hubiera presentado como círculo o návate en lugar de extranjero, el ejemplo hubiera sido igualmente válido. Las opiniones que pongo en boca de ese personaje de ficción circulan en el mundo real. Las escuché en mi infancia y las sigo escuchando después de medio siglo en toda clase de variantes y contextos. Es probable que quienes

Los cruces culturales entre Europa y América y su trasfondo ético y político son el tema de esta conferencia dictada por la escritora Martha Mercader en el marco del Festival de Culturas del Mundo "Estrasburgo-Babel", en el Coloquio Internacional sobre Lenguas, Ciencias y Culturas.

las repiten no sepan que son coletazos

políticas discriminativas contra "los otros". "Los otros" ya no son los bárbaros, los paganos, los salvajes o los primitivos. Si hace muy pocas décadas fueron los judíos, ahora pueden ser los palestinos, y todavía, los negros, o los gitanos, los inmigrantes, los drogadictos, los "tercermundistas". (También, a veces, las mujeres).

D esde hace cuatro años vivo en España y me consta la carga peryoratoria que se inyecta allí en el adjetivo "tercermundista". Si un conductor hace una mala maniobra con su coche, se le grita "animal"; pero si es una conductora, se sentencia: "Tenía que ser mujer." De la misma manera, algunos diarios españoles suelen señalar al asesino o al traficante de drogas como "el latinoamericano", haya nacido desde la margen sur del Río Grande hasta Tierra del Fuego, pero si es español lo identifican por su nombre. A los lingüistas aquí presentes les sugiero que estudien la evolución sufrida en España por el término "sudamericano" apoculado ahora en el despectivo "sudaca". Babel como castigo puede asumir muy curiosas manifestaciones: uno de los escritores españoles de mayor prestigio nos ha bautizado "latinoches". Quizás el hecho de hablar el mismo idioma nos convierta en peligrosos rivales de los puestos de trabajo calificado.

Prejuicios de signo contrario también siguen gozando de buena salud. Agotada Europa en la imaginación popular como campo propicio para la aventura, ésta se busca en la periferia. El Emperador Rousseau prologó indebidamente el ideal del buen salvaje que pronto atrevió más allá del Atlántico, en la tierra de promisión cantada por Darto.

En esa búsqueda del edén perdido o prometido, algunos latinoamericanos se niegan todavía a aceptar modelos políticos como campo propio para la aventura, ya probados en el Viejo Mundo, proponiendo fundar un Mundo Nuevo según teorías puestas de moda en Europa en los años 50 y que no hacían más que repetir, en ingeniosas variantes, antiguísimas utopías

y utopías míticas. Al renegar de las garantías que ofrecen las reglas de juego de la democracia formal, descalifican alternativas políticas reformistas viables y se organizan en movimientos sociales de excluidos y marginados o fomentan heroicas rebeldes minoritarias con ayuda de la metralla y el napalm. A menudo el egoísmo y la ceguera de las clases dirigentes nativas y el beneplácito o complicidad de algunas potencias extranjeras para mantener la opresión, la miseria y la injusticia, parecen cerrar todos los caminos salvo las vías violentas.

C uenta Platón que Trasimaco le puso el puñal al cuello a Sócrates como argumento irrefutable. Des de los sofistas sabemos que la razón sirve para defender cualquier causa, y cuando las razones no alcanzan, se les reemplaza por la fuerza de las armas, del dinero o de sus sucedáneos. También, con incontrolables estallidos de desesperación. Así ha sido a menudo; no digo siempre porque no me decide a retorcerle el cuello a la esperanza. Pero no basta duda de que la historia fue habitualmente contada por los vencedores. En los anales de la humanidad, la voz de los vencidos se hizo oír muy lentamente, pero cuando por fin fue escuchada, las perspectivas cambiaron. El descubrimiento de América significó un cambio fundamental en este sentido y eso sucedió hace un instante, si computamos el tiempo desde el comienzo de nuestra humanización.

Aún a pesar de los prejuicios susodichos, de las cruezlades, de la destrucción de pueblos enteros y de los degradantes procesos de aculturación, el encuentro entre los dos mundos fue fecundo, permitió la observación de culturas diferentes y posibilitó el desarrollo de la antropología y el respeto por la variedad. Si algo debemos celebrar es en este quinto centenario del descubrimiento, más allá de todo polémica sobre las bondades o maldades de la colonización es el cruce de pueblos, de tradiciones y de tecnologías que corrió el recorrido del mundo sobre el planeta creando un Nuevo Mundo donde conviven el mestizo, el mulato, el zambo, el criollo y el náufrago. No debe extrañar que en ese crisol de razas se haya hecho carne la aceptación de lo heterogéneo y la disidencia. El proceso de fusión de razas que en el Viejo Mundo necesitó de siglos, y que aún permanece encuadrado en ineluctables, en América se llevó a cabo en muy estos siglos. Por eso nuestra sociedad esencialmente sello de origen una pluralidad y una diversidad que muy pronto habrían de desarrollar la tolerancia y capacidad de autorrestringirse.

Quienes nos menosprecian por nuestras diferencias actuales no tienen en cuenta que en muchos países del Nuevo Mundo han sido igualmente resueltos los problemas de la inferioridad de la cultura y de la raza. Los que han detectado, profundamente en el comportamiento electoral de países tan heterogéneos como Francia y Estados Unidos, los mismos que impusieron el régimen de algunos fundamentalistas y extremistas que proliferan no sólo en el Tercer Mundo sino en el mismo corazón de Europa. A estos grupos hay que temerles cuando obligan a los gobiernos a aplicar

elecciones y crear en el marco del estado de derecho, como sólo sucede en veintena de naciones adelantadas.

En Europa, donde la democracia política tiene bases firmes, la democracia social todavía compite con las tradiciones aristocráticas, elitistas y clasicistas; en cambio, en muchos países de América donde ha costado y sigue costando establecer o mantener la democracia política, la democracia social es un hecho. Pero esta coexistencia democrática corre riesgo de estallar, acosada por la crisis económica, y en ese lamentable caso se darán las condiciones para un rebrote de la opresión y el autoritarismo.

E l punto de Trasimaco no me hará querer renunciar al uso de la razón.

Pero la conciencia de la precariedad de las razones del débil impone cautela. Vivimos en un mundo paradójico: aumenta la conducta irracional mientras crece a una escala inimaginable la acumulación de inteligencia natural y artificial. El poderío económico y científico del mundo desarrollado parece superior no sólo los cálculos más exagerados sino también la capacidad humana de asimilación. Hay más poder que experiencia de conducción de las nuevas formas de poder. La riqueza fabulosa del centro empobrece los márgenes y produce bolsones de paro tecnológico e miseria en su propio seno. Ya no se trata de patentar la tecnología; ahora hay quienes intentan patentar el mismísimo conocimiento científico. Son progresos que amenazan la esencia misma de la humanidad. Si esto sucediera, no sólo nos separaría el abismo ya existente entre ricos y pobres, sino también otro abismo demoníaco: interpuesto por el hombre entre países con capacidad científica y países condonados a la ignorancia.

Un antiguo texto quíché de cosmogonía presiente el peligro que comporta el desarrollo desaforado de la riqueza y la tecnología actuales. En efecto, el Popol Vuh enumera las causas sucesivas de la destrucción de las civilizaciones. En uno de los ciclos finales, los objetos se indepcionan de la voluntad humana; se atan, caen sobre la humanidad y la exterminan.

La imposibilidad de vencer los desastres producidos por el inflexible sistema de intereses que aterra el mundo,

la impotencia ante la amenaza nuclear y el desequilibrio ecológico, se deben no sólo a la pobreza de nuestro aparato conceptual, sino también, hay que admitirlo, a la carencia de una ética que ponga límites al egoísmo y la voracidad.

E n foro de estas reflexiones intenta ser una mediación que no busca la originalidad sino la mostración de lo otro. Pretendo una convicción que suponga el respeto y el aprendizaje del otro y desde el otro. Vengo a decir simplemente que, como argentina, como latinoamericana, como habitante del lejano Sur, existo.

Ahora ya nadie se atreve a defender seriamente las teorías de la inferioridad de las culturas, pero es frecuente que se utilicen criterios para apartar a artistas, generalizándose e ignorándose en juicios de valor. Es frecuente encontrar personas de cualquier nacionalidad (y a veces los latinoamericanos son los mayores autodirectores) que suscriben opiniones similares a las de Equis. Y no basta con replicarles que es cierto que en América hay humedad, mosquitos, lluvias, volcanes activos y gatos monteses en lugar de panteras, pero no es correcto decir que son la regla y, lo que es más grave, tampoco es correcto asumir que el trópico es inferior al desierto, que la juventud geológica es un signo negativo, que los lampíos son menos hombres

que los barbudos y que las rubias son más finas que las morochas. No basta con señalarles que al mezclar las naciones de lo verdadero y lo falso con lo genuino y lo bastardo, al contrastar realidades empíricas para contraponerlas a conceptos y a juicios de valor, se comete un abuso lógico formal. No basta con recordarles que así como fué un abuso del lenguaje llamar "indios" a miles de pueblos distintos, es otro abuso usurpar el nombre de América para designar sólo la del Norte, o hablar genéricamente de América Latina o Iberoamérica para explicar situaciones absolutamente dispares, porque un continente vivo no se puede deprivar de su identidad.

Es preciso entonces apelar a una mediación más directa, que bien podría ser la vivencia de este tiempo que algunos llaman modernidad y otros postmodernidad. Dicho de otra forma, preclara la necesidad una respuesta, la que cada uno de nosotros, indisolublemente con consciente, podemos dar a la sociedad. Respuesta cada vez más compleja, puesto que el mundo es cada vez más complejo, pero que nos puede brindar la posibilidad de crecer éticamente.

I C ómo se forma esta conciencia?

De muchas maneras, por supuesto. Algunas religiones y algunas filosofías dicen que solamente se llega a ella a través del amor y muchos la alcanzan sin teorías ni dogmas mediante los afectos personales y la solidaridad social. Yo la busco en el reconocimiento del otro como deseo y como encuentro del otro como en tanto. Sea como sea, sabemos que las relaciones entre los sexos, entre los individuos, entre los grupos sociales, entre las culturas, entre los electores y los elegidos, se han vuelto primordiales, y decir relación implica aludir al tema de la diferencia. Los prejuicios, las minorías, los marginados, las lenguas regionales, las diversas formas de dependencia, las desigualdades entre el Norte y el Sur, la brecha entre quienes tienen trabajo y quienes están condonados al paro, si eran antes problemas importantes, ahora son cuestiones fundamentales, y renunciar a resolverlas es renunciar a la ética que nos identifica como seres vivos.

Un antiguo texto quíché de cosmogonía presiente el peligro que comporta el desarrollo desaforado de la riqueza y la tecnología actuales. En efecto, el Popol Vuh enumera las causas sucesivas de la destrucción de las civilizaciones. En uno de los ciclos finales, los objetos se indepcionan de la voluntad humana; se atan, caen sobre la humanidad y la exterminan.

La imposibilidad de vencer los desastres producidos por el inflexible sistema de intereses que aterra el mundo,

la impotencia ante la amenaza nuclear y el desequilibrio ecológico, se deben no sólo a la pobreza de nuestro aparato conceptual, sino también, hay que admitirlo, a la carencia de una ética que ponga límites al egoísmo y la voracidad.

E n foro de estas reflexiones intenta ser una mediación que no busca la originalidad sino la mostración de lo otro. Pretendo una convicción que suponga el respeto y el aprendizaje del otro y desde el otro. Vengo a decir simplemente que, como argentina, como latinoamericana, como habitante del lejano Sur, existo.

Ahora ya nadie se atreve a defender seriamente las teorías de la inferioridad de las culturas, pero es frecuente que se utilicen criterios para apartar a artistas, generalizándose e ignorándose en juicios de valor. Es frecuente encontrar personas de cualquier nacionalidad (y a veces los latinoamericanos son los mayores autodirectores) que suscriben opiniones similares a las de Equis. Y no basta con replicarles que es cierto que en América hay humedad, mosquitos, lluvias, volcanes activos y gatos monteses en lugar de panteras, pero no es correcto decir que son la regla y, lo que es más grave, tampoco es correcto asumir que el trópico es inferior al desierto, que la juventud geológica es un signo negativo, que los lampíos son menos hombres

que los barbudos o mano de obra esclava o barata en una Europa en la que ya desapuntaba el capitalismo, el colonialismo y el imperialismo. De Europa heredamos nuestras lenguas mayortarias, gran parte de nuestra cultura y nuestro amor por la libertad; Europa nos legó la levadura con la que se construyeron las ideologías que la caracterizan: el liberalismo, la democracia socialista, el cristianismo social. Para que Europa no se reduzca a un nombre geográfico, para que no signifique sólo un mercado de lujo, debe abrir su corazón a la humanidad subdesarrollada en lo económico pero en su dignidad humana.

E n la actualidad, gran parte de los bienes simbólicos de la industria cultural ilegan a Latinoamérica desde el Norte, en un bombardeo, especialmente televisivo, que ha cambiado el signo de la dominación. Por cierto, ésta ha dejado de ser exclusivamente económica para operar a través de los modelos culturales recibidos desde afuera. Es en la mente donde se forjan los deseos y las expectativas y es en la conciencia, y en ningún otro lugar, donde surgirán las respuestas ante el descalabro axiológico que estamos viviendo.

Cuando en mi juventud escuchaba a un viejo hablar peyorativamente de mí, yo no tenía a mano una elaboración conceptual similar a la que el esgrifín desde su cultura europea y sólo podía responder con desorientación y congoja.

Mucho hemos adelantado, sin embargo. Hace menos de un mes, la Universidad de Bolonia confirió el Laurea ad Honorem en Giurisprudencia al presidente de la Argentina, poco tiempo después de haber recibido el mismo honor a Nelson Mandela y Alejandro Dubcek. Sentí gran emoción ante tal reconocimiento de las luchas y la ética política de varias generaciones de argentinos de las que me considero heredera. En esa ocasión Raúl Alfonsín dijo, entre otras cosas importantes:

"La enorme derrota externa que hemos heredado y el deterioro permanente de los precios de nuestros productos, conllevó una serie de cambios profundos, reales, que no se han podido revertir.

"Pero "no queremos ser ni la periferia proveedora de mano de obra barata, materias primas y mercancías, ni los belenes sin otra esperanza que contribuir con catásticos belicos que podrían finalizar con el holocausto de la humanidad...".

Como protagonistas del final del milenio, como memoria viva de un siglo a la vez cruel y esperanzado, que estuvo marcado por guerras mundiales, por totalitarismos, por holocaustos, pero que a la vez alumbró la consolidación de las democracias, el avance de las luchas, por la igualdad entre hombres y naciones, el gigantesco progreso científico y tecnológico, somos parte de un origen nuevo. Anhelamos —y es bueno que este agosto recinto donde nacieron las mejores tradiciones de cultura acojan esta esperanza— una sociedad más justa, más libre, más fraterna. Con mirada y espíritu de pioneros, construyamos este nuevo origen, este nuevo encuentro entre Europa y América, tras cinco siglos del primero, bajo el auspicio de una nueva fundación de los derechos de todos y de cada uno, de una nueva integración de nuestros espacios y de un redescubrimiento mutuo de nuestras potencialidades."

La modernidad es planetaria, y los habitantes de los países dependientes vienen a lo esencial de sus vidas en dos sistemas culturales. Sólo quienes conocemos el Primer y el Tercer Mundo, sabemos hasta qué punto desvincula esta división creciente originada en la capacidad productiva. En América Latina el grado de desarrollo de la producción está por debajo de las aperturas culturales y consumistas de sus pueblos, desfasaje bien explicado por la historia, porque América se insertó como proveedor de ma-



LYOTERD:
LA DIFERENCIA
ASHTON:
LA ESCUELA DE NEW YORK
BRAMSTED Y MULHUIS:
EL LIBERALISMO EN OCCIDENTE (6 VOL.)

GARDUY Y MORIN:
PROBLEMAS DE UN CAMBIO DE CIVILIZACION

SCHAFF:
PERSPECTIVAS DEL SOCIALISMO MODERNO
PIERRE VILAR:
CAPITALISMO

KEYNES:
ENSAYOS DE PERSUASIÓN
VITIELLO:
LOS CONFINES DE LA MODERACIÓN

TOURAINE:
HOMBRE Y POLÍTICA
FRANZ:
DENG XIAOPING

ASTON:
EL DEBATE BRENNER

EYSENCK:
DECADENCIA Y CAÍDA DEL IMPERIO FREUDIANO

OFFE:
PARTIDOS POLÍTICOS Y MOVIMIENTOS SOCIALES

ARENDT:
LA VIDA DEL ESPÍRITU

LEFOT:
LAS FORMAS DE LA HISTORIA

CLASTRES:
CRÓNICAS
MERQUIER:
FOUCAULT O EL NIHILISMO DE CATEDRA

MAGDOFF Y SWEZY:
ESTANCIAMIENTO Y EXPLOSIÓN

BENJAMÍN:
EL CONCEPTO DE CRÍTICA

CLUCKSMAN:
LA ESTUPIDEZ

BERNHARD:
AVE VIRGILIO

PEREC:
W O EL RECUERDO DE LA INFANCIA

Y TODAS LAS NOVEDADES DE MÉXICO Y ESPAÑA

Librería Café Foro Cultural
gandhi
Montevideo 453
46-1994 - (1019) Cap. Fed

¿Un asalto a la razón en la historiografía argentina?

Alberto Bozza

Reflexionar sobre la historia en una sociedad que no ha logrado consolidar la estabilidad democrática, en ocasiones, no necesariamente constituye un ejercicio fútil e inconducente. Máxime cuando las tentativas de restauración autoritaria son un desafío latente, aún no resuelto por los elementos progresistas de la población argentina, y cuando esa perspectiva reaccionaria fundamenta su discurso fascizante con el concurso de una representación nacionalista de nuestra historia; o, más claramente, reivindica una línea argumental imbriada sobre nuestro pasado por una "historiografía del Orden", de extensa producción literaria.

En esta primera aproximación queremos destacar las vinculaciones, los supuestos teóricos, que esta historiografía anudaba con los lineamientos filosóficos de base irracionalista y teológica, que prosperaron en Europa desde la época de la restauración.

Cuando nos referimos a los historiadores nacionalistas atudimos esencialmente a aquel grupo de escritores que desde tempranas épocas, las primeras décadas de este siglo, impugnaron las tesis del liberalismo en el campo de los estudios históricos y sociopolíticos a él emprendidos. Concretamente nos referimos a una colectividad de historiadores y ensayistas que, desde aproximadamente la década de 1930, nos legaron una interpretación del pasado, en la que "lo nacional" comenzó a ser vinculado con las élites tradicionales de raigambre hispana, y con proyectos de restauración jerárquica de nuestra sociedad. Por eso creemos pertinente hablar de una "historiografía del Orden", a pesar de las fricciones intra-familiares y evoluciones posteriores de algunos de estos escritores. Fueron estos historiadores los que consumaron el emergente institucional más duradero de esta corriente: la fundación del Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, el 6 de agosto de 1938.

Adiós a la razón

Es indudable que los contatos de derrumbe que experimentó el capitalismo al adentrarse en el siglo XX, la difusión del imperialismo, el avance de las revoluciones proletarias y la Primera Guerra Mundial, movilizaron perspectivas pesimistas de evolución social, eclipsando las ideas de progreso y cuestionaron severamente el potencial predictivo de la razón. El pensamiento de inspiración irracionalista prosperó en las sistematizaciones filosóficas de la realidad e impregnó la cultura.

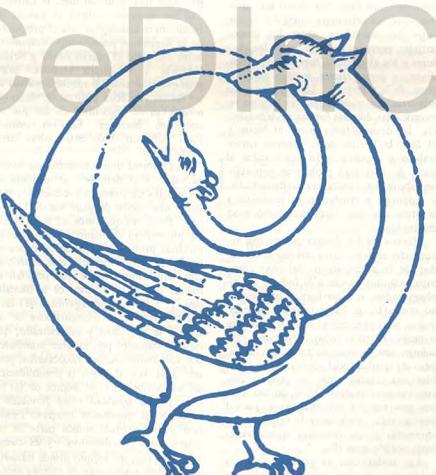
Filosofías tradicionalistas testigos de la Europa restaurada, emanadas de autores como Balmes, de Bonald, Maistre, Donoso Cortés, Maurras, Pégy, Berdjaef, etc., tuvieron notable acogida entre los historiadores nacionalistas argentinos.

Tradicionalismo y culto a una recomposición de las hegemonías aristocráticas fueron temáticas que esta reacción historiográfica mundial agitó desde fines del siglo XIX, tanto frente al curso triunfante de las revoluciones democráticas burguesas, como ante la perspectiva temida de las insurrecciones obreras. En suma, el ejercicio de la historia comenzó

a estar emparentado con una pragmática aristocratizante que debió hacer frente a una dominación social cuestionada. Con el mismo acento de sus inspiradores ultramontanos, los historiadores nacionistas argentinos señalaban al traumático siglo XVIII como la época en que el espíritu rector de las aristocracias había festejado. Más audaces, ciertos ensayistas que hicieron del revisionismo su religión, como Héctor Llambias, atribuían a la Reforma las causas de tan infatuo suceso. Aquella, al reivindicar para el hombre común el derecho de interpretar al inte-

La consolidación democrática reclama para abrirse paso de una modificación sustancial de la relación entre historia y política. Una historiografía "del Orden", fundada en lineamientos filosóficos de base irracionalista y teológica, sostuvo una concepción política autoritaria y fascizante de la sociedad. Dicha historiografía fue, en los hechos, una ideología legitimadora de las restauraciones dictatoriales de este siglo. Erosionaría es un modo de contribuir a crear una nueva cultura política.

Ampliando dos cabezas y bestiario del siglo XII



Exaltación mística de la fuerza y la jerarquía

Quizás el historiador nacionalista que captó con mayor lucidez la orientación de este proceso ideológico, y que se adscribió a su influjo, fue Carlos Ibarguren, en una obra clave que data de 1934.³ El contexto internacional testimoniaba con elocuencia los síntomas de la crisis social global: derrumbe de las instituciones democráticamente burguesas, fracaso del pacifismo, auge de los preparativos bélicos, creciente fascización de las sociedades, amen de la tanta temida alternativa del comunismo.

Los textos promovidos por esta historiografía dan cuenta del clima de inquietud espiritual instado tras el fin de la guerra del catorce. Ni falieron visiones que comparaban el colapso con el colapso de una civilización; más aún, similar al final de una edad histórica,⁴ similar a la etapa en la que los romanos presenciaron la desintegración del paganesmo.⁵

La conciencia histórica nacida detectaba el influjo combinatorio en la generación nacida durante la Gran Contienda. Un rasgo deplorable en sus escritos fue el predominio de la figura de Charles Pégy era considerado un notable precursor y propagandista de este ideal energético, inspirador de Mussolini y suscitador de la admiración de Julio Irazusta, Ramón Doll y Juan Carlos Goyeneche. Estas pulsiones energéticas enseñoradas en la historia eran evaluadas también como un eco poderoso de los escritos de Nietzsche.⁶ Esta ideología de la fuerza fue legitimada por sus portavoces como el afiramiento de sentimientos religiosos y patrióticos. Conllevaría un repudio al inter-

lectualismo decimonónico, el cual, según Carlos Ibarguren, ya no podía presidir los estudios históricos. La razón debía ser desplazada por lo que este autor consideraba una concepción "bergsoniana", encaminada a exaltar una intuición de la vida, que debía ser vivida más que representada, o "actuada más que pensada".⁷

No es una exageración decir que estos historiadores hicieron una lectura obsesiva de los ideales bélicos en la historia, a los que tradujeron como vibraciones heroicas de una juventud instintiva. La guerra estimulaba el sentimiento del honor, en tanto que la paz degradaba y aplotonaba al hombre, según un catédratico clerical premiado por la dictadura de Lonardi con la Secretaría de Prensa y Difusión.⁸

Propaladores de teodiceas

Los textos nacionalistas comenzaron a visualizar al hombre en la historia, no como una entidad abstracta igualitaria, sino inserto en un cuerpo social jerarquizado. La filosofía personalista de W. Stern sirvió de fundamento a Carlos Ibarguren, cuando distinguió entre el parentesco, la familia y la profesión como los pilares de realización del hombre en la historia. Dentro de cada grupo, el valor que adquiría cada hombre era desigual, estableciéndose una natural relación jerárquica en las vinculaciones intrasociedad. Ibarguren se sintió atraído por este "revolucion personalista" agitada en el viejo mundo por intelectuales filosofascistas de la Joven Europa, como Robert Aron y Arnaud Dandieu. Esta convergencia intelectual proclamaba una espiritualización de las masas mediante la conquista religiosa.⁹

Algunos evolucionistas tardíos como Hipólito Ural consideraban, en arias resientes, a las estuplencias teológicas del Episcopado Argentino como los lineamientos interpretativos inseparables para los historiadores. Véase "Nación y cultura masonería", Buenos Aires, Comisión, 1980, p. 48.

¹⁰ La gravitación de los Cursos sobre esta intelectualidad puede apreciarse con la información suministrada por publicaciones como Oriente, núm. 44, del 3.1.1929, p. 14.

¹¹ J. C. Goyeneche, "Clase inaugural...", en op. cit., p. 255.

La historia testimoniaba el derrumbe de los mitos sancionados por la Revolución francesa. La igualdad, la libertad y la fraternidad eran pulverizadas ante el ascenso de regímenes de fuerza corporativos que estos escritores acogieron con fervor beato. No es de extrañar que dieran una significación trascendente a las dictaduras. Representaban a la etapa posterior de la descomposición de la sociedad, o bien, eran el emergente que impedía la disolución final.⁹

Intervención de la Providencia. Para algunos activos promotores de una aprehensión escolástica de la historia, ésta debía ser inculcada con el fin de alcanzar el "destino cósmico y ultracósmico del hombre", según la galáctica prosa de un nacionalista que fuera profesor en la Escuela Superior Técnica del Ejército en 1946.¹²

Discurso nostálgico del pasado, el tradicionalismo católico confirió a esta historiografía todos los clíses de una retórica del orden. La rememoración selectiva del pasado propende al anodamiento absoluto de todo atisbo de pensamiento crítico y a la sustitución de la historia por decretivas teodiceas eurocéntricas. El paradigma histórico ecuménico de estos escritores estaba anclado a la Baja Edad Media con cadenas argumentales enmarañadas. El siglo XIII es evocado como la apoteosis de la humanidad, época en que toda la sociedad cristiana queda estructurada dentro de un perfecto orden jerárquico. Al orden divino, custodiado por el sacerdocio, corresponde y complementa un orden humano y político, guardado por la aristocracia. La apropiación escolástica del pasado comprendida por los nacionalistas sanciona a los tiempos posteriores como épocas de declinación. Sucesivas revoluciones, Renacimiento, Reforma, Revolución Francesa, Revolución Socialista, no eran más que la expresión de la rebelión de lo natural contra lo sobrenatural en la historia. La filosofía religiosa de la historia profesada por estos escritores identificaba la línea descendente de la humanidad como un periplo hacia el caos universal.

El dilema, o caso o reasenso hacia la inviolable jerarquía política y sagrada, era más que la reformulación de una vieja doctrina de clases. En la Argentina se tradujo en un ejercicio legitimador de las sucesivas restauraciones dictatoriales de este siglo.

Notas

¹ Como Remón Doll, uno de los fundadores del IIHMR. Véase *Cómo el liberalismo vehiculizó al comunismo*, en *Obras*, Buenos Aires, Dietio, 1975, p. 127.

² Citado por Federico Ibarguren en *Suplemento dominical de La Nación* del 5.2.1939.

³ Carlos Ibarguren, *La inquietud o la hora*, Buenos Aires, Dietio, 1975, p. 33.

⁴ Ibidem.

⁵ Op. cit., p. 34.

⁶ Op. cit., p. 35.

⁷ Juan C. Goyeneche, *Reflexiones sobre la juventud*, vol. 9 de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista, Buenos Aires, Dietio, 1976, p. 272.

⁸ C. Ibarguren, *La inquietud...* cit., pp. 9 y 20.

⁹ Algunos evolucionistas tardíos como Hipólito Ural consideraban, en arias resientes, a las estuplencias teológicas del Episcopado Argentino como los lineamientos interpretativos inseparables para los historiadores. Véase "Nación y cultura masonería", Buenos Aires, Comisión, 1980, p. 48.

¹⁰ La gravitación de los Cursos sobre esta intelectualidad puede apreciarse con la información suministrada por publicaciones como Oriente, núm. 44, del 3.1.1929, p. 14.

¹¹ J. C. Goyeneche, "Clase inaugural...", en op. cit., p. 255.

Encuéntrese con la cultura en cualquiera de estos organismos

La cultura está en todas partes.

Pero en estos lugares usted es parte de la cultura.

- Teatro Colón
Cerrito 618 - 35-1840
- Teatro Pte. Alvear
Av. Corrientes 1659 - 46-6076
- Teatro Municipal
Gral. San Martín
Av. Corrientes 1530 - 40-0111
- Museo de Artes Plásticas
"Eduardo Sívori"
Av. Corrientes 1530 8º P. - 46-9664
- Museo de Motivos Argentinos
"José Hernández"
Av. del Libertador 2373 - 802-9967
- Museo de Arte Hispanoamericano
"Fernández Blanco"
Suipacha 1422 - 393-6318
- Museo del Cine
"Pablo C. Ducrós Hicken"
Sarmiento 2573 - 48-4861
- Planetario de la Ciudad de Bs. As.
"Galileo Galilei"
Av. Sarmiento y
Belisario Roldán - 771-6629
- Dirección Gral. de Educación
Artística y Especial
Perú 372 3º P. - 30-0559
- Dirección de Turismo
Sarmiento 1551 5º P. - 46-1251
- Centro de Divulgación Musical
Av. Corrientes 1530 7º P. - 45-3981
- Programa Cultural en Barrios
Sarmiento 1551 11º P.
46-1251 Int.171
- Programa Cultural en Universidades
Av. de Mayo 525 4º P.
331-0961/9 Int. 1463
- Programa Cultural en
Sindicatos y Fabricas
Av. de Mayo 525 2º P.
331-0961/9 Int. 1233
- L.S. 1 Radio Municipal de la
Ciudad de Bs. As.
Sarmiento 1551 8º P. - 46-1251

- Museo de la Ciudad
Adolfo Alsina 412 - 331-9855
- Museo de Arte Español
"Enrique Larreta"
Juramento 2291 - 784-4040
- Museo de Arte Moderno
Av. Corrientes 1530 7º P. - 49-4796
- Museo Histórico de la Ciudad
de Buenos Aires "Cornelio Saavedra"
Crisólogo Larralde
(ex Republiquetas) 6307-572-0746
- Instituto Histórico de la Ciudad
de Buenos Aires
Av. Córdoba 1556 - 42-9370
- Centro Cultural General San Martín
Sarmiento 1551 - 46-1251
- Centro Cultural Ciudad
de Buenos Aires
Junín 1930 - 803-1040
- Dirección General de Bibliotecas
Talcahuano 1261 - 44-1840
- Jardín Zoológico
Plaza Italia - 802-2174

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires
Secretaría de Cultura

ciedad que contraponer al capitalismo tardío ni al estalinismo, pero poseen una profunda autoconfianza en su capacidad para diagnosticar los defectos de lo realmente existente sin ofrecer un camino para su superación. El gran rechazo marcusiano sería la manifestación más clara del callejón sin salida a que conduce este idealismo, ciertamente crítico, pero también impotente. Sartre ofrece otro modelo: prosóptico en la política de bloques, para no desesperar a los trabajadores de Billancourt al negarles una utopía en la tierra, se define muy criticamente respecto al PCF, sin embargo, y no sólo no llega a ser militante comunista, sino que parece justificar su prosóptismo por el hecho de mantenerlo desde fuera del partido.

La figura del intelectual crítico, en los años ochenta, ha cristalizado en una peculiar definición: un intelectual es de izquierda si está frente al poder, frente a *cualquier poder*. Se cierra así el círculo vicioso abierto por el estalinismo. Si el intelectual estalinista debía justificarse la política de los partidos comunistas sin permitirle la menor reflexión crítica, ahora toca no defender política alguna para poder mantener la independencia crítica. Pero es fácil ver que son dos caras de la misma moneda, y que ninguno de las dos resiste el menor examen moral.

El intelectual crítico es un intelectual estalinista vuelto del revés, y no es raro que en muchos casos éste sea el

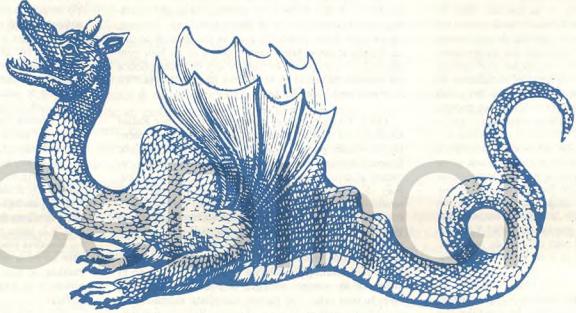
pismo, estar siempre a favor de un partido puede ser simple enajenación. ¿Cómo se concilian el compromiso moral y el talante crítico? A mi juicio la respuesta es rápidamente simple. El compromiso moral se debe definir en torno a una serie de valores: así, por ejemplo, el neocoservador dará propiedad absoluta a las libertades negativas, mientras el socialista democrático buscará la combinación óptima de libertades positivas (el poder hacer cosas como comer y trabajar) y libertades negativas (que nadie pueda violar su intimidad física o moral).

El talante crítico, por su parte, debe inanifestarse ante todo en la toma de distancia respecto de las *ideas dominantes*. Estas no necesariamente tienen que coincidir, contra la frase clásica de Marx, con las de la clase dominante, mucho menos con las de quienes gobernan (incluso a veces muy despectivamente) una sociedad. Deben admitir que en las sociedades evolucionadas las ideas dominantes son las de esa extraña y poco definible capa que son los intelectuales: escritores, profesores, guionistas de radio, cine y televisión. Así, un intelectual crítico sería un intelectual poco conformista, un intelectual capaz de rebelarse contra las ideas dominantes en su medio, capaz de revisarlas, y si es preciso, tratar de desmantelarlas.

Tres ejemplos sencillos, que personalmente me han influido. El primero es el de Fernando Claudín y Jorge

Segundo ejemplo: Adolfo Sánchez Vázquez. En su momento ha aceptado, como militante del PCE en México, la férrea disciplina del partido (trasmitida, para colmo de paradojas, por un Fernando Claudín que en ese momento aún acepta su papel de corredor de transmisión de las decisiones de la dirección del partido, aplicando la concepción estalinista del centralismo democrático frente a las críticas de la base). Los tiempos cambian, y en 1981, frente al consenso de los intelectuales latinoamericanos, proclama públicamente el carácter no socialista de los regímenes de tipo soviético. Es un maestro consagrado, no un jovencito que necesita llamar la atención para abrirse camino hacia el poder académico. Y defiende una posición tal en América Latina, no en una Europa en la que la crítica a la Unión Soviética puede ser en esos años una fuente de dinero y popularidad. Habla en nombre de sus convicciones, no de sus intereses.

Tercer ejemplo, Toluca, noviembre de 1987. Carlos Pereyra sostiene, en una mesa redonda presidida por don Adolfo, que el mero hecho de hablar de tal cosa como el *marxismo* hacia inevitable la codificación de una doctrina, el nacimiento de una ortodoxia, la congelación de la creatividad y la pérdida de lo mejor del pensamiento crítico de Marx. Es mejor asumir la herencia de Marx sin darle un nombre aparte, incorporarla a nuestro equipaje teórico y crítico, integrarla en ese visto



Dragon

caso concreto. Un intelectual que mintió mucho en nombre del ideal socialista desde ahora no afirma nada para de esta forma estar seguro de no mentir. Si sigue siendo socialista lo será sólo en un sentido negativo, denunciando lo que él considera obstáculos para la utopía futura. Pero como esta utopía no tiene forma, como carece de cualquier punto de referencia real, el intelectual no es responsable ante la sociedad presente ni futura, sólo es responsable ante sí mismo. Así, tras un largo rodeo por Moscú (o La Habana, Hanoi o Managua), los intelectuales ya pueden volver a la torre de marfil. A eso se llama posmodernidad a fin de cuentas: *intelectual chickens come home to roost*.

Supongamos ahora que consideramos el problema desde el punto de vista del ciudadano de a pie. El intelectual, independientemente de sus cualificaciones como tales, es un ciudadano como cualquier otro... ¡No tienen entonces la misma obligación que todos nosotros de comprometerse moralmente en un proyecto colectivo de sociedad? ¡No puede ser crítico, como cualquier militante de un partido democrático, ya esté el partido en el gobierno o la oposición! En caso contrario hay que concluir que los intelectuales no pueden militar en ningún partido político o, mejor, sólo en aquellos que estén seguros de no correr el riesgo de llegar nunca al gobierno, pues en caso contrario podrían llegar a mancharse sus preciosas y críticas manos defendiendo una política concreta. Es más sencillo, creo, dejar de pensar en esta rara figura del intelectual como un ser aparte, proponerle que milité, desde la oposición o en el poder, y exigirle que cuando encuentre contradicciones moralmente insalvables entre sus ideas y la práctica del partido abandone a éste; y que si tales contradicciones insalvables no se presentan se limite a discutir políticamente dentro del partido, como lo hacen todas las personas normales que militan en un partido democrático.

Si aceptamos lo anterior, no obstante, llegamos a lo que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre contra el poder puede ser puro esca-

Seprún, que en 1963-1964 encuentran que la línea del PCE está en una tensión contradicción con sus convicciones, en terrenos tan distintos como la estética o la valoración del desarrollo capitalista en una España que el resto de los dirigentes desconoce por no haber viajado nunca al interior desde el fin de la guerra civil. Así, provocan una discusión cuya única conclusión lógica (en un partido estalinista) es la expulsión, y por supuesto son expulsados y calumniados. Son intelectuales comprometidos (militantes), pero ejercen hasta sus últimas consecuencias su derecho a la crítica. Luego siguen su propia evolución ideológica, pero no renuncian a ser intelectuales moralmente comprometidos; si renuncian, en cambio, a la fáil popularidad del intelectual "crítico".

Supongamos ahora que consideramos el problema desde el punto de vista del ciudadano de a pie. El intelectual, independientemente de sus cualificaciones como tales, es un ciudadano como cualquier otro... ¡No tienen entonces la misma obligación que todos nosotros de comprometerse moralmente en un proyecto colectivo de sociedad? ¡No puede ser crítico, como cualquier militante de un partido democrático, ya esté el partido en el gobierno o la oposición! En caso contrario hay que concluir que los intelectuales no pueden militar en ningún partido político o, mejor, sólo en aquellos que estén seguros de no correr el riesgo de llegar nunca al gobierno, pues en caso contrario podrían llegar a mancharse sus preciosas y críticas manos defendiendo una política concreta. Es más sencillo, creo, dejar de pensar en esta rara figura del intelectual como un ser aparte, proponerle que milité, desde la oposición o en el poder, y exigirle que cuando encuentre contradicciones moralmente insalvables entre sus ideas y la práctica del partido abandone a éste; y que si tales contradicciones insalvables no se presentan se limite a discutir políticamente dentro del partido, como lo hacen todas las personas normales que militan en un partido democrático.

Si aceptamos lo anterior, no obstante, llegamos a lo

rio de pensamiento y voluntades colectivas que quieren confluir en una sociedad sin explotadores ni explotados, en una sociedad de hombres y mujeres que, por ser libres, seguirán teniendo conflictos, pero ya no los nacidos de una desigualdad arbitraria.

Don Adolfo se crispa y responde: no es casual, pues él ha comprometido su vida no sólo con un proyecto político (el socialismo) y el desarrollo de una herencia teórica (la de Marx) en su aspecto más vivo y crítico. También se ha comprometido con una étiqueta teórica (*marxismo*) para designar la fusión de ese proyecto y esa teoría, y esa etiqueta es la que ahora parece poner en cuestión Pereyra. Tuti responde, hay otras intervenciones, y don Adolfo ya cierra la mesa diciendo algo como esto: "De todas formas la discusión debe seguir, pues todos somos buenos amigos". Siguió, en efecto, ya en casa de don Adolfo en I.D.F., y podría haber seguido por mucho tiempo si Carlos no hubiera muerto.

Lo que quiero decir es que el verdadero intelectual no es el que se enfrenta con el poder, pues esto se puede hacer apoyándose en ideas dogmáticas necias. El verdadero intelectual es el que no duda en sacar de quicio a sus colegas, incluso a sus mejores amigos y maestros, exponiendo lo que él toma por la verdad, pero no desea cerrar nunca la discusión, sino proseguirla en busca de todos los argumentos, y no considera a quienes disienten enemigos, sino interlocutores. Y el verdadero intelectual comprometido, cuando expone su verdad, caiga quien caiga, se juega la cara en un proyecto colectivo, aunque exista la horrible posibilidad de que ese proyecto pueda llegar o haya llegado de hecho al poder...

De esa madera estaba hecho Carlos Pereyra, y de esa madera estaban hechos los intelectuales que merecen ese nombre y no son sólo su caricatura. Luego hay curas de derecha e izquierda, papagayos autoafustados, obsecuentes cortesanos y medocres funcionarios del Santo Oficio. Pero esa, claro, es otra historia.

Madrid, 20 de junio de 1988

que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre contra el poder puede ser puro esca-

En el *Manifiesto comunista* se dice: "el primer paso de la revolución obrera es la elevación del proletariado a clase dominante, la conquista de la democracia". No son evidentes de siylos las razones en cuya virtud para Marx y Engels "la elevación del proletariado a clase dominante", es decir, la construcción de un nuevo orden social, coincide con "la conquista de la democracia", o sea, el establecimiento de una peculiar forma de gobierno. La interpretación más sencilla de esta tesis donde se identifica la construcción de un nuevo orden social y la conquista de la democracia sería que ella se apoya en el suspenso de que la democracia es incompatible con el mantenimiento de la dominación burguesa. Podría aducirse en favor de esta lectura el hecho de que a mediados del siglo pasado en ninguna parte del planeta la dominación de la burguesía estaba acompañada del ejercicio democrático del poder político. Leída así formula 140 años después de haber sido escrita, se diría que los autores del *Manifiesto* substituyeron la capacidad del movimiento social para conquistar la democracia aún antes de la elevación del proletariado a clase dominante...

Por otra lado, durante el siglo XIX han ocurrido varios procesos de ruptura anticapitalista en diversos lugares del mundo, reconocidos habitualmente con la denominación "revolución obrera" utilizada por los autores del *Manifiesto* y, hasta la fecha, en ninguno de esos casos se puede presumir la conquista de la democracia. La construcción de un nuevo orden social basado en el proyecto de elevar al proletariado a clase dominante tropieza con mayores dificultades de las imaginadas para conquistar la democracia. Se diría, entonces, que Marx y Engels sobreestimaron la capacidad del movimiento revolucionario para concretar formas democráticas de gobierno. Lo anterior no anula la validez de la hipótesis de que la dominación burguesa, es decir, la estructuración del orden social en torno al eje de la propiedad privada, conforma una situación poco favorable para la conquista de la democracia y que, por el contrario, la elevación del proletariado a clase dominante o, sea, la estructuración de la sociedad en torno al eje de la propiedad social, establece circunstancias más propicias para tal conquista. En cualquier caso, la experiencia histórica muestra que la desaparición de la propiedad privada no es condición necesaria y mucho menos suficiente para la conquista de la democracia. Puede extraerse una lección de esta experiencia histórica: resulta inadecuado circunscribir la cuestión de la forma de gobierno al asunto del carácter fundamental adoptado por el orden social.

La tesis del *Manifiesto* arriba mencionada puede entenderse, sin embargo, en un sentido enteramente distinto. Conforme a esta segunda lectura, el primer paso de la revolución obrera no sería la conquista de la *democracia política*, sino de la *democracia social*. La elevación del proletariado a clase dominante no sería, en esta perspectiva, momento indispensable del proceso histórico encamulado a establecer el sufragio universal, el respeto a los derechos políticos y a las libertades individuales, la pluritud de opciones constitutivas a fin de que los ciudadanos tengan la posibilidad de elegir a sus gobernantes, la autonomía de la sociedad civil, etcétera. Es momento imprescindible del proceso orientado a lograr la emancipación de los trabajadores, la abolición de la explotación y circunstancias generales de igualdad y justicia sociales. Cristaliza así en la tradición del pensamiento socialista la idea de que "la primera significación de la palabra 'democracia' corresponde a su sentido burgués, es decir a una concepción de la democracia que ha sido realizada en el curso de la evolución política y económica de la burguesía. El otro significado corresponde al sentido proletario; es la democracia proletaria, que no podrá realizarse más que con la victoria política y económica del proletariado".¹

Ensayo

Democracia política y transformación social

Carlos Pereyra

El texto de Pereyra que publicamos como ensayo es parte del libro coordinado por Rolando Cordera, Raúl Trejo y Juan E. Vega: *Méjico, el reclamo democrático. Homenaje a Carlos Pereyra*, que próximamente publicará Siglo XXI Editores de México. Inédito hasta ahora, fue reproducido por la revista socialista chilena *Convergencia* (núm. 14 de noviembre de 1988) con la que LCF tiene estrecha vinculación intelectual y de intercambio de materiales

car un régimen político democrático. La democracia social no ha operado como fundamento de la democracia política. Esto ha sido así no sólo por las circunstancias históricas en que se produjeron las rupturas anticapitalistas, sino también por la escasa consideración otorgada en la tradición teórica socialista a la cuestión de la democracia política. Ello se debe, en última instancia, a la idea formulada también en el *Manifiesto comunista* de que "el poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra". No se ve en la política una determinada práctica para la configuración del orden social, sino la modalidad específica que esa práctica adquiere en ciertas circunstancias históricas. Ocurre algo semejante con el concepto *Estado*, que designa el hecho general de que la vida social se organiza bajo ciertas formas jurídicas y políticas, pero en el discurso de Marx y Engels parece a designar la modalidad específica que esas formas adoptan en ciertas circunstancias históricas. Despido de Marx, la obra *Estado* tiene un sentido, fijo e bien determinado. Considerado como Estado una organización de la sociedad basada sobre los antagonismos de clase con el dominio de una o varias clases sobre las otras. En tal organización, el orden social se apoya necesariamente en una dominación. Las clases dominantes imponen su voluntad a las otras, en forma de leyes. En este sistema social, basado sobre el antagonismo de clases, no es el interés general el que domina, es el interés de clase de los poderosos y de los ricos.² Por ello, en la visión escatólica de Marx se contempla la desaparición del Estado y la supresión de la política.

Si, a diferencia de esa visión escatólica, Estado y política no se conciben de manera restrictiva, es decir, si se acepta que no se trata de fenómenos exclusivos del orden social basado en la dominación de clase, entonces aparece con todo su vigor la necesidad de garantizar por la democracia política, pues la eventual realización de la democracia social no anula la presencia del Estado y de ciertas relaciones de poder (relaciones políticas). Puede extraerse una segunda lección de la historia contemporánea: resulta inadecuado desentenderse de la democracia política por el simple hecho de que se busca construir una sociedad justa e igualitaria. La llamada democracia social no es sustituto de la democracia política. Se entiende mejor lo anterior si se advierte que no son las clases sociales en tanto tales quienes ejercen el poder del gobierno, sino determinada fuerza política, tanto en societades contemporáneas con base en la propiedad, como en ciertos allí donde ésta ha sido abolida. El desplazamiento de una clase dominante por otra o la desaparición de la dominación de clase no elimina el sentido de la democracia política.

Relación estrecha, aunque no necesaria

Por otra parte, la caracterización de la democracia política como democracia formal pretende indicar el hecho de que el respeto a los derechos políticos y a las libertades individuales, la existencia de varios partidos en competencia, elecciones periódicas y sufragio universal, etcétera, no garantizan la soberanía del pueblo. Así pues, cuando se habla de la democracia política como de una democracia puramente formal, se combinan dos cosas: la idea de que en aquella no desaparece la desigualdad social y la afirmación de que, por tanto, no consigue el autogobierno del pueblo. "Fourier ha expresado la idea esencial de que la política ejercida contra la democracia puramente política, a saber, que los derechos políticos no bastan por si solos para dar plena satisfacción al pueblo. Los derechos políticos por si solos no pueden establecer una verdadera libertad social [...] no son, pues, medios eficaces para liberar al proletariado, ya que no son suficientes para hacer desaparecer la desigualdad social, es decir, la miseria y la servidumbre económica."³

Por lo que se refiere a la primera cuestión, vale la pe-

que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre contra el poder puede ser puro esca-



Sentido de la democracia

En efecto, la democracia política recibe en esa tradición casi siempre los adjetivos de *formal* o *burguesa*, en contraposición a la democracia social calificada las más de las veces como *sustancial* o *proletaria*. Esta sobre-valoración del concepto *democracia* produce equivocos constantes, pues a su utilización tradicional que desde antiguo permite distinguir una peculiar forma de gobierno, añade otra significación para distinguir el orden social social. La confusión se acrecienta cuando se considera la democracia política como algo propio de la concepción burguesa. Si bien ha sido realizada en el curso de la evolución política y económica del capitalismo, ello no ha sido producto de la iniciativa de la burguesía. Basta revisar la historia del sufragio universal, por ejemplo, para advertir que su aparición no fue promovida por la clase dominante en la formación social capitalista, sino precisamente por las clases dominadas. En este sentido, la democracia política nació de la burguesía. Por lo que se refiere al otro adjetivo, *formal*, con su latente connotación peyorativa, a final de cuentas solo significa que la democracia política no garantiza por si sola la igualdad y la justicia sociales, lo que, por supuesto, no la vuelve inútil.

Más allá de las confusiones introducidas por el desplazamiento del sentido originario del concepto *democracia*, quedan por examinar los motivos por los cuales la llamada democracia social, es decir, la constitución de una sociedad justa e igualitaria habría de ser sucedáneo de la democracia política, en vez de su fundamento. En los hechos, la historia del *socialismo real* muestra que las preocupaciones por construir un orden social justo no han ido acompañadas de esfuerzos semejantes para edifi-

que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre contra el poder puede ser puro esca-

que puede ser el dilema moral real del verdadero intelectual. Estar siempre contra el poder puede ser puro esca-

na insistir, contra la tentación recurrente a confundir ambos planos, en la conveniencia de su disociación, pues en realidad se trata de fenómenos distintos y el justificando anhelo de igualdad puede satisfacerse sin democracia, a través de procedimientos autoritarios. "Históricamente la lucha por la democracia es una lucha por la libertad política, esto es, por la participación del pueblo en las funciones legislativa y ejecutiva. La absoluta independencia de la idea de igualdad —fuera de su concepto de igualdad para el uso de la libertad— respecto de la idea de democracia, se manifiesta claramente en el hecho de que la igualdad, no en su acepción política y formal, sino en cuanto equiparación material, esto es, económica, podría ser realizada en una forma que no fuese la democrática, o sea en la autocrática-dictatorial".⁴ La historia del *socialismo real* es prueba palmaria de lo anterior.

Però, en definitiva, garantizar la democracia política la soberanía del pueblo? Esta pregunta remite a dos cuestiones que conviene separar: ¿cuál es la vigencia efectiva de la democracia política en una sociedad mundial? ¿Hasta dónde se puede hablar de soberanía popular en el marco de la democracia política, es decir, de la democracia representativa? No hay duda de que las abrumadoras evidencias observables en sociedades *sobredesarrolladas* representan un obstáculo considerable para su democratización. El examen comparado del sistema político en diferentes países del mundo muestra una relación estrecha —aunque, supuesto, necesaria— entre grado de desarrollo y democratización del régimen político. No se trata de una relación necesaria puesto que no es difícil encontrar países con niveles muy parecidos de desarrollo social donde, sin embargo, la democracia civilizada está ausente. Del mismo modo, hay países con bajo grado de desarrollo en los cuales, no obstante, han logrado abrirse ciertos espacios democráticos. Si no hay conexión necesaria entre los dos fenómenos mencionados, entonces tampoco puede esperarse que el proceso de desarrollo vaya acompañado en forma automática de una progresiva democratización. Así, por ejemplo, la consolidación del capitalismo no implica la consolidación correlativa de la democracia. Quienes creyeron que la presencia de formas precapitalistas de producción en la élite exclusiva de las insuficiencias democráticas y que, en consecuencia, la paulatina eliminación de tales formas garantizaba el avance de la democracia, tendrían que reconocer, ante la evidencia histórica acumulada, la imposibilidad de sostener una causalidad lineal en ese sentido.

Relaciones más rígidas

No obstante todas las consideraciones justas que puedan formularse para rechazar la idea del vínculo necesario entre desarrollo y democracia, parece innegable, sin embargo, que se trata de fenómenos más bien complementarios que excluyentes; es decir, resulta más fácil pensar la presencia simultánea de ambos que democracia política sin desarrollo social. En otras palabras, el desarrollo no es condición suficiente de la democracia y tal vez ni siquiera condición necesaria, pero sin duda alguna es condición altamente propiciatoria. No es por casualidad que en los países de capitalismo tardío y dependiente, la democracia política encuentra obstáculos mucho más difíciles de vencer si se compara con la situación de los países de avanzado desarrollo capitalista. Allí donde el precario desarrollo determina un reducido excedente social o el círculo de la dependencia impone la transferencia de recursos al exterior, son menos favorables las circunstancias para la implantación de regímenes políticos democráticos. Clases dominantes y grupos gobernantes tienen menos elementos para negociar con las clases dominadas y ello tiene a generar un marco rígido de relaciones sociales y políticas, donde se procura disminuir la autoridad de las organizaciones sociales y la presencia de la oposición política.

Ahora bien, en los países dependientes del Tercer Mundo hay diferencias significativas en el grado específico de democracia política alcanzada en cada caso. No puede pretenderse que tales diferencias obedezcan a variaciones en su desarrollo. Responden más bien a la forma peculiar como se ha reformado el poder político en cada caso y a la fuerza relativa lograda por los grupos políticos (tanto el que ejerce el poder del Estado como los que se desenvuelven en la oposición). Son resultado también de las características propias de la cultura política construida en cada país.

La construcción del estado nacional en países con pasado colonial y cuya historia independiente se inicia en la época de dominación imperialista en escala mundial, enfrenta dificultades desencadenadas allí donde el desarrollo político tuvo carácter endógeno desde el principio. Ello se debe en parte a la presencia más o menos avasalladora de factores externos que impiden la ruptura de

la dependencia. En el Tercer Mundo se forman estados nacionales en sociedades dependientes, lo que en algún sentido es una contradicción en los términos que se resuelve en los hechos en forma conflictiva: las expresiones de la dependencia aígancon recortes en la soberanía que se puede ejercer en el gobierno del estado nacional. Uno de los resultados de esa tensión es que en esos Estados se tornan más rígidas las relaciones de gobierno y sociedad, así como de gobierno y oposición.

Todo esto ocurre como si las dificultades del gobierno para ejercer en plenitud la soberanía propia de un estado nacional frente a las presiones de la metrópoli, dieran lugar a una suerte de compensación por la vía de anular la soberanía popular, de modo que la soberanía perdida de esta envergadura ocurrida en cualquier lugar del mundo han sido producto de revoluciones sociales o de *revoluciones pasivas*, es decir, transformaciones profundas realizadas desde la cúspide del poder, sin apelar a los mecanismos de la democracia.

Por ello se habla en la tradición socialista de *dictadura de clase*, no obstante la presencia de un régimen político democrático. "Que tal es el verdadero carácter que presenta toda legislación 'democrática', cuando se toca a los fundamentos del orden burgués y simplemente a la posición privilegiada de los grupos dominantes, aparece con claridad en los momentos en que la democracia pasa por una situación crítica o chocá con una fuerte resistencia por parte del proletariado o, simplemente, con el descontento de las masas".⁵ La idea de fondo es que en las sociedades capitalistas se toleran formas democráticas de gobierno sólo mientras éstas no ponen en cuestión la subsistencia misma del dominio capitalista. El convencimiento de que la democracia política no sirve para transformar el orden social condujo al monepeñismo de la democracia, al punto de que ni siquiera después de transformado dicho orden, ha creído conveniente el movimiento revolucionario avanzar hacia la constitución de un régimen democrático. De esta manera, a finales del siglo XX, después de 150 años de movimiento socialista, se está en una situación desalentadora: no se han producido transformaciones radicales del orden social por medio de la democracia y las revoluciones que fueron capaces de trastornar a fondo el orden social no han construido sociedades democráticas. La experiencia histórica muestra que una vanguardia decidida puede tomar el poder político allí donde el aparato estatal se encuentra gravemente desarticulado, pero no está en posibilidad de edificar un nuevo y sólido sistema de relaciones sociales sin los recursos de la democracia.

Esfuerzo colectivo de restructuración

Se pone de relieve una verdad elemental: el socialismo no es posible de otra forma más que como obra de la inmensa mayoría del pueblo, es decir, como resultado de una amplia hegemonía popular. En circunstancias de desarticulación del Estado capitalista, una fuerza política con ideología socialista puede asumir el poder del Estado aun sin tener hegemonía propia, de todos modos, este fenómeno sólo se traducirá en la consolidación de una sociedad socialista si en el desarrollo posterior se logra esa hegemonía. En sociedades donde no se da la desarticulación del aparato estatal capitalista, la *voluntad revolucionaria* de una minoría jamás logrará la transformación del orden social por vías no democráticas y esa transformación sólo ocurrirá si a través de los espacios políticos abiertos por la democracia se forja una nueva hegemonía capaz de aglutinar a la inmensa mayoría del pueblo. Hay quienes creen que mientras funcione el sistema capitalista de relaciones sociales es impensable la formación de una hegemonía alternativa de carácter socialista y la transformación democrática del orden social. Por ello suponen imprescindible un acto de fuerza. La ambigüedad del término *revolución* permite confundir el esfuerzo colectivo orientado a la restructuración del orden social y el acto de fuerza donde una minoría impone su manera de concebir dicha reestructuración. Frente al uso restrictivo que muchos hacen de dicho término, vale la pena insistir en que el compromiso revolucionario no indica, en última instancia, el afán de ejercer un acto de fuerza sino, precisamente, la voluntad de lograr en forma colectiva la mencionada reestructuración del orden social.

Acontecimientos como los de Chile y la militarización del Estado, en casi todos los países de la región latinoamericana durante los años sesenta y setenta, dieron nuevo vigor a teorías del poder político de corte instrumental y tecnocrática. Si los órganos de gobierno son instrumentos de clase, como como y queridas versiones simplistas haría difundirse en el pensamiento sociopolítico de la izquierda la idea de que no cabe tarea que la planificada destrucción de estos instrumentos y la fabricación de otros alternativos como orientación clásica. Difícilmente, con esta conceptualización del poder, el espacio de la política prácticamente desaparece y el engrudo entero de la organización social queda constituido por la idea obsesiva y monótona de la revolución: Rousseau estaba basado en supuestos por completo alejados a la realidad de las sociedades contemporáneas.

desde ya, sin embargo, las penumbras de la intransigencia criminal sino que ofrece un anticipo de lo que serían los nuevos instrumentos de poder si llegaran a constituirse en gobierno.

Sólo el juego plural

La aproximación al conocimiento de la realidad social a partir de una teoría de la hegemonía introduce nuevas vertientes de reflexión y análisis. En efecto, concebida la sociedad como sistema hegemónico, es decir, como sistema donde lo que está en disputa es la hegemonía, queda abierta la posibilidad de pensar que no sólo se reduce a sus dimensiones económicas y sociales. A diferencia de la teoría tradicional de Gramsci, tal vez resulta particularmente fructífera la consideración de la hegemonía en términos sociales y en términos políticos como dos dimensiones irreductibles. Si esto es así, las sociedades son un sistema hegemónico no porque de manera necesaria alguna clase lo sea, sino porque alguna fuerza política lo es o puede serlo. La disputa por la hegemonía no es, en su forma inmediata, el enfrentamiento de intereses sociales particulares, sino el enfrentamiento de proyectos específicos de ordenamiento social. No son tanto las clases sociales como tales sino las fuerzas políticas quienes cuentan con la posibilidad de articular sectores heterogéneos de la sociedad y concertar voluntades en torno a proyectos definidos.

Los valores ideológicos y cultura en cuya función se da la articulación social no pertenecen de manera exclusiva a determinada clase aun si cada proyecto encuentra su lugar de mayor pertinencia en alguna zona del espacio social. En cualquier caso, la sociedad puede operar como sistema de competencia hegemónica o de pugna por la hegemonía allí donde valores democráticos fundamentales sustituyen la lucha política entendida como forma de amputación o aniquilamiento del otro.

Durante largo tiempo el análisis político elaborado a partir del esquema conceptual de la izquierda socialista, incorporó sólo de manera secundaria la cuestión democrática. El interés exento de las asumtuas de la igualdad social y la solidaridad socialificó la desestimación de los problemas de la democracia política. Con base en discusiones confusas (*democracia formal-democracia sustancial*) se tendió a dejar de lado el asunto central de los derechos políticos y las libertades individuales, así como el tema de manos fundamental del plurismo. Todo ocurría como si el respeto a la diversidad de partidos políticos fuera característica de la *democracia burguesa* con el cual no hubiera necesidad de compromisos definidos. En nombre de la llamada *democracia social*, es decir, de la preocupación por la asimetría producida por las relaciones de explotación, se generaron una práctica y una teoría políticas con escasa sensibilidad para la democracia en sentido estricto, como si lograr la supresión del régimen de propiedad fuera condición suficiente para democratizar el conjunto de la vida social.

Fueron necesarias las experiencias históricas del mal llamado *socialismo real* para que empezaran a incorporarse los valores democráticos, a partir de la convicción de que no importa cuál partido gobierne, en ningún caso puede garantizar la inclusión de todos los intereses, aspiraciones y proyectos sociales. Más aún, por cuanto el sentido de la actividad política partidaria nunca está predeterminado por consideraciones ideológico-programáticas, sólo el juego plural impide que el partidismo predominio de la autorcracia desaparta sea inevitable. Si parte de lo que está en juego en el mundo contemporáneo es la socialización del poder, entonces la democracia funciona como condición de posibilidad de tal socialización, pues sin ella no hay constitución de sujetos políticos capaces de intervenir productivamente en la vida política.

Una forma de vincular

Se planteó antes la pregunta de hasta dónde se puede hablar de soberanía popular en el marco de la democracia política, es decir, de la democracia representativa. La formulación plástica de la pregunta supone la existencia de algún otro mecanismo democrático distinto al de la representación, a través del cual pueda ejercerse el pueblo de mejor manera la soberanía. Hay una larga tradición, es sabido, que crea encontrar dicho mecanismo en la democracia directa. Sin embargo, la magnitud y complejidad del estado moderno vuelven impensable la operación de la democracia directa. El planteamiento clásico de la política prácticamente desaparece y el engrudo entero de la organización social queda constituido por la idea obsesiva y monótona de la revolución: Rousseau estaba basado en supuestos por completo alejados a la realidad de las sociedades contemporáneas.

La inviabilidad de la democracia directa no obedece sólo al tamaño y densidad de las sociedades masas, sino que deriva de una cuestión de principio. Incluso si las decisiones pudieran ser adoptadas en cada caso por el conjunto de la sociedad, su realización tendría que ser encargada a determinado nítido representante del conjunto.

El conjunto de las instituciones

El pueblo concebido como la totalidad de los gobernados no tiene presencia política real y no ejerce influencia alguna en la formación de la voluntad colectiva. "La democracia sólo es posible cuando los individuos, a fin de lograr una actuación sobre la voluntad colectiva, se reúnen en organizaciones definidas por diversos fines políticos, de manera tal que entre el individuo y el Estado se interpongan aquellas colectividades que agrupan en forma de partidos políticos las voluntades políticas coincidentes de los individuos... ¡Sólo por ofuscación o doble oportuna el pueblo es simple abstracción vacía si no se concrетa en participación orgánica."

No se trata, por supuesto, de afirmar que el partido es la única modalidad para intervenir activamente en la formación de la voluntad colectiva, pero "parece muy difícil pensar una situación democrática de equilibrio entre actores sociales e instituciones que no tenga como centro a los partidos políticos. Centro de un sistema institucional plural, en el que otras formas asociativas deberán tener su rol legítimo como articuladoras de intereses, pero en el que tendrán que ser los partidos políticos quienes operen como agregadores de intereses".⁶

La referencia al sistema institucional plural permite señalar el sentido preciso que puede tener el concepto *democracia social*, entendido no como asunto de igualdad y justicia social, es decir, entendido no como forma alternativa sino complementaria de la democracia política. En el proceso de democratización de las sociedades, la democracia no aparece sólo como mecanismo de legitimación y control de las élites políticas gobernantes. Es más, la democracia socialifica ese proceso mediante la democratización de las instituciones que conforman la sociedad civil. "Una vez conquistada la democracia política nos damos cuenta de que la esfera política está comprendida a través de una esfera mucho más amplia que es la esfera de la sociedad en su conjunto, y que no hay decisión política que no esté condicionada o incluso determinada por lo que sucede en la sociedad civil. Entonces nos percatamos de que una cosa es la democratización del Estado [...] y otra cosa es la democratización de la sociedad civil".⁷ Una política no se agota en el ámbito estatal; recorre el conjunto de las instituciones sociales. Hay relaciones de poder y sistemas de autoridad en todo el entrampado institucional constitutivo de la sociedad; hay otros centros de poder además del condensado en el gobierno del Estado y ello exige la ampliación de los espacios democráticos del plano donde los agentes sociales intervienen en calidad de ciudadanos (democracia política) a otros planes donde intervienen en función de la diversidad de sus funciones y papeles específicos (democracia social).

Homero acuático (16)



1. Marx Adler: *Democracia política y democracia social*; Rocsa, México, 1975, p. 36.

2. *Ibid.*, p. 69.

3. *Ibid.*, p. 50.

4. Hans Kelsen: *Esenzia y valor de la democracia*; Labor Barcelona, 1934, p. 127.

5. Norberto Bobbio: *El futuro de la democracia*; Fondo de Cultura Económica, México, 1986, p. 29.

6. Marx Adler, op. cit., p. 102.

7. Hans Kelsen, op. cit., p. 32.

8. *Ibid.*, p. 34.

9. *Ibid.*, p. 37.

10. Juan Carlos Portentario: "Sociedad civil, partidos y grupos de presión"; en *Caminos de la democracia en América Latina*, Fundación Pablo Iglesias, Madrid, 1984, p. 272.

11. Norberto Bobbio, op. cit., p. 43.

B

DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1202
42 9358
(1061) BUENOS AIRES



Sienna, Ur, Mesopotamia, siglo III a.C.



mismo que cuando se habla del pueblo como totalidad de los gobernados. El pueblo que interviene en la formación de la voluntad colectiva no es idéntico al pueblo constituido por el conjunto de los gobernados. "Es tan necesario que no todos los que pertenecen al pueblo como sujetos de la voluntad social a poder participar en el ejercicio del poder... no pudiendo, por consiguiente, ser titular del mismo el pueblo, que los ideólogos demócratas no aprecian en la mayoría de los casos el abismo que salvan al identificar el 'pueblo' en ambas acepciones".⁸ En efecto, como lo vio Kelsen con claridad, en la formación de la voluntad colectiva sólo interviene un segmento del pueblo gobernado, a saber, los titulares de los derechos políticos, es decir, los ciudadanos. La soberanía popular la ejerce el pueblo participante en la construcción de la voluntad pública, no el pueblo gobernado, por lo que "no basta conformarse con reemplazar el conjunto de todos los sujetos al poder por el sector mucho más limitado de los titulares de derechos políticos, sino que es preciso dar un paso más y tomar en cuenta la diferencia existente entre el número de estos últimos y el de los que, en realidad, ejercen sus derechos políticos: esta diferencia varía según la

B

DE BENEDICTIS
GALERIA DE ARTE

ARENALES 1202
42 9358
(1061) BUENOS AIRES

que se ha hecho en el mundo, con la excepción de las guerras entre Estados, que han sido causadas por intereses económicos o geopolíticos. La violencia es un instrumento de control social que se aplica tanto en el interior como en el exterior de los Estados.

En el caso de Italia, la violencia se ha utilizado para controlar las élites y las masas, así como para mantener el orden social. La violencia es un instrumento de control social que se aplica tanto en el interior como en el exterior de los Estados.

Es más que natural que los grupos revolucionarios justifiquen la propia violencia considerándola como una respuesta, la única respuesta posible, a la violencia del estado. Cualquier que haya podido hacer alguna reflexión sobre la continua presencia de la violencia en la historia a pesar de la milenaria y recurrente condena de todas las religiones y morales, sabe que el modo más común de justificar la violencia propia es afirmar que ésta es una respuesta, la única posible en circunstancias dadas, a la violencia de los otros (por eso la máxima válida en los ordenamientos, aun en los menos dispuestos a tolerar la violencia, es *vim vi repellere licet*).

Por otra parte, este mismo argumento fue usado por el estado para justificar el uso de la violencia propia de la violencia llamada institucionalizada, respecto de la violencia revolucionaria. Cae de su peso que la justificación de la violencia con la violencia presupone que las dos violencias contrapuestas una es originaria y, por lo tanto, injustificada. No creo hacer una observación peregrina si digo que la violencia originaria, y por lo tanto injustificada, es siempre, para cada uno de los contendientes, del otro: cualquiera que haya asistido a una disputa sabe que cada uno se defiende usando el otro de haber empleado. Con esta consecuencia: que todo acto de violencia al mismo tiempo justificado (por el que lo realiza) y condonado (por el que lo sufre).

Es menos natural que algunos intelectuales, que no querían un dedo para derrocar el estado que repudian, no ejeran su mente para darse cuenta de la diferencia entre varias formas o gradaciones de institucionalización de la violencia, propia de los diversos tipos de régimen, y haciendo una montaña de un grano de arena terminan por asumir la responsabilidad de alejar actos de violencia políticamente insensatos, además de moralmente abyectos.

Que el estado, cualquier estado, sea un instrumento de represión, nadie lo cuestiona. Aun aquellos que creen en el fin del estado, consideran que mientras sea necesaria alguna forma de represión, existirá el estado. Para una ética de la no violencia, el estado, cualquier estado, es moralmente condenable: justamente en esta necesidad del uso de la violencia resiste la imposible, aunque varias veces intentada, resolución de la política en la moral. A pesar de lo cual, todas las grandes corrientes de pensamiento político (exceptuando las diversas formas de anarquismo) están de acuerdo en afirmar que el único modo hasta ahora elegido por los hombres para limitar la violencia es el de concentrarla, distinguiendo una violencia lícita de una violencia ilícita, y considerando ilícita toda forma de violencia privada y, por lo tanto, imposible la guerra de todos contra todos.

Con otras palabras: es verdad que el estado, como dicen los adversarios del régimen que quieren derrocar, es la violencia institucionalizada; pero hasta ahora ninguno ha logrado demostrar que es verdad que hay menor violencia allí

El fin y los medios

Si cede la ley

Norberto Bobbio

Los artículos que reproducimos se publicó originalmente en el periódico turínés *La Stampa* el 17 de julio de 1977, Italia vivía, por esos años, la furia destructiva lanzada por el terrorismo de ultraderecha y ultrizaquierda. Fue el primero de una serie de reflexiones reagrupadas luego como tercera parte de su libro *Le ideologie e il potere in crisi* (Florence, Le monnier, 1981) que acaba de traducirse al español por la Editorial Ariel de Barcelona. Bobbio tituló a esa tercera parte, dedicada específicamente a la violencia como metodología política, "El fin y los medios". En estas horas difíciles que vivimos los argentinos, la lectura de las reflexiones de Bobbio deberían servir a las corrientes democráticas y socialistas para iniciar ese debate aún no entablado sobre el verdadero significado de la violencia.



Tintoretto

donde aún no existe un estado o ha dejado de existir. Además, todos saben que el único medio que tienen varios estados soberanos para eliminar la guerra recíproca es la unión en un estado superior.

No hago el elogio del estado (y mucho menos de cualquier estado): ya tuve ocasión de decir y de reafirmar que el poder político se sostiene en última instancia en la fuerza; el problema consiste en si el estado es o no una fuerza concentrada (y a quien por lo general pertenece esta fuerza concentrada); el problema se centra en si desaparece el reinado de la fuerza allí donde desaparece el estado. Cualquiera que sea la solución dada a este problema por los revolucionarios de todas las épocas y también de la nuestra, para mí caben dudas: combaten un estado no para destruir el aparato de fuerza sino para apoderarse de él o crear el uno nuevo (como todas las revoluciones realizadas lo han demostrado hasta ahora). La guerra civil es para un revolucionario un mal necesario; pero también para el revolucionario el estado, el nuevo estado, es respecto de la guerra civil un mal menor, justamente porque representa el fin de la violencia "sin leyes ni frenos".

Que cada estado sea en cuanto tal un instrumento de represión, no quiere decir

que todos los estados sean igualmente represivos. Este es un punto sobre el que quienes crean en la despotización deben dejar zonas oscuras y permitir interminables confusiones (como la que se produce entre marxistas y en especial entre marxistas-leninistas, según la cual todos los estados son dictaduras). La diferencia entre dos tipos extremos de régimen político que solemos designar con los nombres de democracia y dictadura es enorme, justamente respecto del uso de la fuerza y por lo tanto del ejercicio de la función represiva.

John Locke, el primer gran teórico del estado liberal, ya sostuvo repetidas veces que sólo a través del gobierno civil basado en el consenso, los individuos salen realmente del estado natural (o sea del estado de guerra civil permanente) mencionando que el estado despotico, cuyo poder reposa en una fuerza sin consenso, no es más que la continuación, casi la cristalización, del estado natural.

Tan grande es la diferencia, que toda la tradición del pensamiento, primero liberal y luego democrático, siempre consideró como verdadero saldo cualitativo no el paso del estado natural al estado en cuanto tal, sino el paso del estado natural al estado basado en el consenso, y vice

versa. De modo similar, el pensamiento del socialismo, que en su etapa más avanzada (el comunismo) consideraba que el paso del estado natural al socialismo era el resultado de la aplicación de la fuerza.

En cambio, el pensamiento del capitalismo, que en su etapa más avanzada (el capitalismo de Estado) consideraba que el paso del estado natural al capitalismo era el resultado de la aplicación de la fuerza.

La diferencia fundamental entre las dos fórmulas antitéticas de régimen político, entre la democracia y la dictadura, reside en que sólo en un régimen democrático las relaciones de mera fuerza, que subsisten y que no pueden dejar de subsistir donde no hay estado o hay estado despotico (o sea basado en el derecho del más fuerte), se transforman en relaciones de derecho, o bien en relaciones reguladas por normas generales, seguras y constantes y, lo más importante, preestablecidas (tanto que nunca pueden ser válidas retrospectivamente). La consecuencia principal de esta transformación es que en las relaciones entre los ciudadanos y el estado, o entre los ciudadanos entre ellos, el derecho de guerra basado en la autoridad y en la máxima "tiene razón el que vence" es reemplazado por el derecho de paz basado en la heterotutela y en la máxima "vence el que tiene razón", y el derecho público externo que se rige por la supremacía de la fuerza es reemplazado por el derecho público interno inspirado en el principio de la "supremacía de la ley".

La prueba de fuego de este tipo de ordenamiento se produce en el caso, tan frecuente en nuestro país desde hace algún tiempo, en que personas o grupos declaran estar en guerra contra el estado. No dudo en creer que muchos se sientan tentados a razonar de este modo: la guerra es una relación reciproca y, por lo tanto, como no se puede hacer la guerra solo, el que declara la guerra a otro obliga a ese otro aunque no quiera a estar en guerra con él. Estos, aterrados y horroizados por la difusión de verdaderos actos de guerra, como son las agresiones a personas tomadas como objetivos no por culpas individuales sino sólo en cuanto representan al "enemigo", apoyan (y cada vez lo apoyarán más) que a actos de guerra el estado responda con actos de guerra. El fin de la guerra, ya sabemos, no es identificar a un eventual culpable y condenarlo, sino poner fuera de combate al enemigo, matándolo o haciéndolo prisionero.

Y no de manera contraria. La prueba de fuego, repito, del estado democrático es no dejarse envolver en un estado de guerra con ninguno de sus ciudadanos, y por lo tanto reside en la capacidad de responder a las declaraciones de guerra reformando una vez más, solemnemente, las tablas de la ley (que son nuestra Constitución). La fidelidad obstinada y coherente a estas tablas de la ley es el único y último baluarte contra los dos males extremos del despotismo y de la guerra civil.